

El regreso del rebelde

Gina Wilkins

El regreso del rebelde

¿Los separarían para siempre los escándalos del pasado?

Quince años después de abandonar la ciudad, acusado de asesinato, Lucas McBride regresó a casa. Allí se reencontró con el recuerdo de su juventud, de su familia… y de la única mujer a la que había amado.

Lucas volvió para asegurarse de que su hermana no corría ningún peligro… pero no esperaba encontrarse con Rachel Jennings, la mujer que le robó el corazón hacía tantos años. ¿Habría una segunda oportunidad para los dos?

Capítulo 1

Lucas McBride había pasado solo las últimas catorce navidades. Y tenía intención de pasar la siguiente de la misma manera. Pero eso había sido antes de que un artículo aparecido en la Gaceta de Honoria lo impulsara a regresar a Honoria, Georgia, ciudad que había jurado que no volvería a pisar.

Alumbrada por las luces navideñas, toda Honoria tenía ambiente festivo. Largas tiras de espumillón colgaban de farola en farola. Mientras bajaba por Main Street, desierta a falta tan sólo de cinco días para el día de Navidad, Lucas notó que muchos de los edificios construidos durante los años veinte estaban sin ocupar, y daba la impresión de que los pocos comercios existentes estaban sufriendo por salir adelante.

Dejó atrás la esquina de las calles Main y Oak, en la que tantos cigarrillos había fumado con sus amigos durante su adolescencia. Al pasar por un viejo almacén, Lucas se acordó de una pelea en la que sus amigos y él se habían visto envueltos. El sargento Packer había intervenido y los había metido a todos en la cárcel de la ciudad.

Lucas había sido el único que había pasado la noche en su celda; el único cuyo padre no había pagado la fianza para sacarlo.

Y, desde entonces, el agente Packer le había tomado gusto a detenerlo y a mandarlo a la cárcel.

Junto al almacén, al final del edificio, aparecía la tienda de refrescos en la que Lucas había conocido a Rachel Jennings cuando él tenía diecinueve años y ella diecisiete.

Durante diez meses, habían compartido un amor como el de Romeo y Julieta, debido a una antigua disputa que mantenía enfrentadas a sus familias desde hacía generaciones. Se habían reunido siempre en secreto, sin dejar que nadie se enterara de lo que el uno sentía por el otro... hasta que el hermano de Rachel, Roger, los había descubierto.

Muy pocos habían imaginado que el temperamental Lucas McBride tuviera una oculta vena romántica; pero los acontecimientos que lo habían acabado expulsando de la ciudad habían destruido cualquier posible idealismo que Lucas hubiera podido poseer.

Tras dejar atrás el casco viejo de Honoria, empobrecido con el paso del tiempo, Lucas condujo hacia la parte oeste de la ciudad, convertida en un área comercial, con numerosas tiendas y restaurantes de comida rápida.

«El progreso», pensó con tristeza al recordar que, de pequeño, su tío Caleb lo había llevado a cazar ciervos por los bosques que

entonces había allí.

Al ver lo mucho que había cambiado la ciudad en su ausencia, pensó en todos los demás cambios: su padre había muerto, sus primos se habían diseminado, su hermana pequeña se había convertido en una mujer adulta, y Rachel...

Como de costumbre, prefirió no adentrarse en la parte más oscura y dolorosa de su memoria. Al menos no se la encontraría durante esa visita obligada, pues sabía que también ella se había marchado de Honoria poco después de que él lo hiciese.

Giró a la derecha hacia Maple Street y en seguida vio una luz azul por el espejo retrovisor.

Maldición. Llevaba menos de dos horas en Honoria y ya lo estaba incordiando la policía. Al parecer, algunas cosas no cambiarían nunca.

Avanzó hasta un aparcamiento desierto y se detuvo junto a una farola decorada con un ángel de Navidad. Luego bajó la ventanilla del coche y sacó de su cartera el carné de conducir.

El agente, de treinta y pico años, iba vestido de civil, y llevaba una placa que lo identificaba.

-El permiso de conducir, por favor -le pidió con acento sureño.

¿Qué es lo que he hecho? -le preguntó, enseñándole el carné por la ventana.

-Ha torcido en sentido contrario por una calle de sentido único -replicó el agente mientras examinaba el carné de conducir.

-¿La calle Maple es de un solo sentido ahora? Vaya, no me he dado cuenta -reconoció Lucas.

El agente seguía mirando el carné y, de pronto, se quedó paralizado:

-¿Eres Lucas McBride? -le preguntó.

-Sí, ¿pasa algo? -contestó éste. ¿Acaso habían alertado a todos los policías para que lo detuvieran en el improbable caso de que regresara?

-Entonces no puedo multarte.

-¿Por qué no? -preguntó Lucas, receloso.

-Me caso con tu hermana dentro de dos semanas -el agente le devolvió el carné.

Lucas respiró profundamente cuando se halló frente a la casa en la que había pasado los primeros veinte años de su vida. A pesar de la decoración navideña, la oscuridad de la noche envolvía la casa como una pesada manta.

-Sigue tal y como la recordaba -comentó Lucas.

-Sí, aunque necesita un par arreglos - repuso Wade Davenport.

Ya me ocuparé cuando me mude.

-¿Emily y tú viviréis aquí cuando estéis casados?

-Sí.

-¿Estás seguro de que es una buena idea? -advirtió Lucas-. No hay matrimonio que haya aguantado mucho en esa casa.

-Nosotros acabaremos con el maleficio -aseguró Wade.

De repente, Lucas sintió un deseo tremendo de salir corriendo y escapar, como lo había hecho quince años atrás. No debía haber vuelto. Estaba claro que a Emily le iban bien las cosas; se iba a casar con un policía y, seguramente, apenas habría pensado en su hermanastro durante todos esos años.

Por mucho que hubiese tenido la corazonada de que Emily se encontraba en apuros, era obvio que se había equivocado.

-Es demasiado tarde para una visita imprevista -dijo Lucas-. Dile a Emily que ya la llamaré, ¿de acuerdo?

-Si dejo que te vayas ahora, no me lo perdonará nunca -replicó Wade con firmeza-. Será mejor que entremos.

-¿Por qué estás tan empeñado en que la vea esta misma noche? -quiso saber Lucas.

-Porque quiero estar delante cuando hables con ella -dijo Wade, mirando fijamente a los marrones ojos de Lucas.

-¿No confías en mí? -enarcó una ceja y Wade se encogió de hombros-. Supongo que te habrán hablado de mí -añadió.

-Un poco.

-Y nada especialmente bueno, ¿verdad?

-Digamos que nadie ha pensado en ponerle tu nombre a ninguna calle.

-No creo que eso suceda nunca por aquí -dijo Lucas, con una sonrisa amarga.

-Vamos, después de ti -Wade lo instó a que fuera hacia la casa.

-Nunca me han gustado los policías - murmuró Lucas.

-Tengo entendido que el sentimiento es mutuo.

Pulsar el timbre de Emily fue una de las cosas más duras de aquellos últimos quince años.

Se había marchado de allí cuando Emily tenía once años y él veinte. Lo más probable fuera que no reconociese a un hombre de treinta y cinco años, y no tenía por qué alegrarse de que éste volviera a irrumpir en su vida.

Ni siquiera se había despedido de ella.

La puerta se abrió y apareció una mujer de pelo rubio y rizado, con grandes ojos azules y unas pecas pequeñas por la nariz. Se había convertido en una mujer guapísima... A Lucas le dolió no

haber estado a su lado durante todos esos años.

-¿Wade? -preguntó ella, desconcertada, al ver a su prometido acompañado-. ¿Es un amigo tuyo?

-Hola, Emily -saludó Lucas, colocándose de modo que la luz de la entrada lo alumbrara.

-¡Dios! -exclamó ella-. ¿Lucas?

Éste asintió, sorprendido por lo rápidamente que lo había reconocido su hermanastra. Lucas, preparado para una reacción furiosa o indiferente, se quedó asombrado al ver que Emily se lanzaba a darle un cariñoso abrazo.

-No puedo creerme que estés aquí -le susurró al oído, emocionada.

Lucas le devolvió el abrazo con fuerza y sintió un nudo en la garganta. Hacía tiempo que nadie se mostraba tan afectuoso con él. Era una experiencia extraña... y muy agradable.

-Entonces te alegras de verlo, ¿verdad? -intervino Wade. Emily soltó a Lucas y abrazó a su prometido.

-Gracias por encontrar a mi hermano, Wade -le dijo, llena de alegría-. No podía imaginarme un regalo de Navidad más estupendo.

-Me alegro de que estés tan contenta - comentó él-; pero me temo que no tengo nada que ver con que tu hermano haya vuelto.

-Ah -Emily miró a Lucas y, luego, de nuevo a Wade-, supongo que di por sentado que...

-Entremos -dijo él-. Hablaremos más a gusto dentro.

-Sí, claro. Pasad, pasad -Emily tomó una mano de Lucas y tiró de él hacia adentro-. ¡Me alegro tanto de que estés en casa!

«En casa», pensó Lucas. Hacía mucho tiempo que aquélla no era su casa y, sin embargo, era curioso lo poco que había cambiado, advirtió tras echar un vistazo al salón. El sofá y las sillas eran nuevas, pero las mesas de madera y el viejo contrachapado repleto de fotografías llevaban ahí toda la vida. Un abeto recién podado, medio doblado de tantos adornos navideños, había sido colocado junto a la ventana, justo donde siempre habían puesto los árboles de Navidad.

-Entonces, ¿es que ha dado la casualidad de que habéis venido al mismo tiempo? -le preguntó Emily a Wade.

-En realidad nos encontramos en Maple Street -contestó éste-. Creía que podía meterse en sentido contrario y librarse de una multa -añadió. Emily rió.

-La hicieron de sentido único hace cinco o , seis años, Lucas.

-Sí, ahora ya lo sé -luego se- giró para ver cómo había cambiado

su hermana-. Estás estupenda -afirmó.

-Gracias -respondió ella, visiblemente emocionada por aquella inesperada visita-. Tú sigues tal como te recordaba.

Era evidente que el paso del tiempo le había jugado una mala pasada a Emily, pues Lucas era consciente de que se parecía poco al joven delgaducho de veinte años que había salido de Honoria hacía tres lustros.

-¡Papá! -exclamó de pronto la voz de un niño-. Em... mamá y yo hemos tomado helado de postre. ¡Con nata y fresas por arriba! Y hemos visto dos películas en el vídeo. ¿Y quién es ese señor? -preguntó, agarrado a la cintura de Wade.

-Es mi hermano, Lucas McBride -respondió Emily-. Lucas, te presento a Clay Davenport.

De modo que Emily se iba a convertir en madrastra. A Lucas le estaba costando asimilar tantos cambios.

-Encantado de conocerte, Clay.

-¿Eres su hermano? -preguntó el niño, tras mirar a Lucas detenidamente.

-Sí -contestó éste, que no vio necesario explicarle que Emily y él compartían padre, pero habían nacido de mujeres diferentes.

-Me había dicho que tenía un hermano, pero que no te veía desde hace mucho tiempo. ¿Dónde has estado? -le preguntó Clay sin rodeos, con la sencillez de los niños.

-Aquí y allá -contestó Lucas, tras esbozar una ligera sonrisa.

-¿Entonces tú eres mi tío?

-Supongo que lo seré -respondió tras considerarlo-, cuando mi hermana y tu papá se casen.

-¡Guay! Papá Noel me va a regalar una bicicleta por Navidad.

Y, sin más, el niño había aceptado su presencia.

-Te precipitas un poco, ¿no te parece? - dijo Wade, acariciándole su rojizo pelo-. De momento sólo le has pedido que te traiga la bici. Pero todavía no es seguro que te la vaya a traer -añadió. Pero Clay no le dio especial importancia.

-¿En qué estaré pensando? -intervino Emily, al verlos aún de pie-. Por favor, sentaos. ¿Queréis algo?, ¿un café?, ¿té helado?

-Un té helado, gracias -contestó Lucas. No es que le apeteciese demasiado, pero necesitaba un par de segundos para recuperarse de esa reunión, inesperadamente acogedora.

-Siéntate -dijo Wade, después de pedir también té y tomar asiento en un sofá.

Había sonado como una orden, más que como una invitación. Era evidente que Wade Davenport no se alegraba mucho de su

vuelta a casa de Lucas... lo que no era de extrañar.

Lo más probable era que hubiera oído hablar sobre el indeseable Lucas McBride, del que solía decirse que había cometido un asesinato y se había escapado impunemente.

Como no se le daba bien charlar de forma distendida con policías ni futuros cuñados, Lucas no supo qué decir para romper el tenso silencio que se apoderó del salón.

-Yo... me sorprende que Emily me haya reconocido tan rápidamente. Después de tantos años, casi esperaba que me hubiera olvidado por completo.

-Ella nunca te ha olvidado. Nunca ha dejado de preguntarse por qué te marchaste sin despedirte de ella.

-Tenía mis razones -contestó con serenidad, consciente de que el pequeño Clay los estaba observando con atención.

-Seguro que las tenías. Y seguro que hay alguna razón para que hayas vuelto.

Lucas se limitó a encogerse de hombros, pues no estaba dispuesto a mostrar todas sus cartas todavía.

Emily regresó al salón, portando con cuidado una bandeja con las tazas de té. Wade se levantó para tomarla y la puso sobre la mesa, con cuidado de no derramar ni una gota. Luego, ella distribuyó las tazas y le ofreció a Lucas una rebana de pan con crema de cacahuete.

-Pensé que te gustaría tomarte una - comentó Emily-. La tía Bobbie me trajo un bote de crema esta mañana y recuerdo que a ti siempre te ha encantado.

-¿Te acuerdas de eso? -preguntó Lucas, asombrado.

-Sí. Y tía Bobbie también. Lo comentó cuando pasó antes por aquí. Los dos dijimos que sería estupendo que estuvieras aquí para compartir la crema con nosotras. Y ahora resulta que has venido -dijo Emily, pestañeando varias veces para no llorar de alegría.

¿Qué tal está Bobbie? -preguntó Lucas.

-Tanto ella como el tío Caleb están bien -respondió, sonriente, mientras se sentaba entre Wade y Clay-. Su familia está creciendo. Tara y Trevor se han casado y Trevor tiene un hijo de dos años. Trent está estudiando en la Academia Militar, en el Ejército del Aire.

Todos esos primos eran más jóvenes que él, de la edad de Emily. Apenas los recordaba, pero fingió estar interesado. Tragó un trozo de pan con crema de cacahuete y le supo tan rica como siempre.

-Parece que las cosas les van bien -comentó.

-Sí. Y Savannah también se ha casado. Tuvo gemelos hace casi

catorce años.

-¿Catorce? -repitió Lucas, extrañado-. Pero Savannah es más o menos de tu edad, ¿no?

-Los tuvo con diecisiete años. Es una historia muy larga. Ya te la contaré más adelante. Su familia y ella viven en Campbellville, con la tía Ernestine.

Lucas recordaba a Ernestine. La cuñada de su padre siempre había sido una mujer difícil y le había dado varios charlas sobre la importancia de no manchar el apellido de la familia, como si los McBride hubieran sido unos hombres de reputación impecable hasta la aparición de él.

-No has preguntado por papá -comentó Emily, de pronto con expresión seria-. ¿Sabes que murió el año pasado?

-Sí -asintió Lucas.

-Estuvo enfermo mucho tiempo. Los dos últimos años estuvo totalmente atado a la cama. Ni siquiera podía hablar.

-Emily cuidó de tu padre durante su enfermedad -intervino Wade-, sin que nadie la ayudara apenas. Y sin que se lo agradecieran, que yo sepa.

-No puedo imaginar a mi padre dándole las gracias a nadie por nada .-dijo Lucas-, a no ser que cambiara mucho después de que yo me fuera.

-Nunca cambió -replicó Emily, con cierta melancolía.

-¿Tú...? -Lucas no sabía cómo preguntarle una duda que llevaba años asaltándole-. ¿Te ha ido bien aquí? Después de que me marchara, quiero decir.

-Nunca me trataron mal, si es a eso a lo que te refieres. Papá se aseguró de que no me faltara comida y de que estuviera sana; de que hiciera los deberes y me cepillara los dientes. Y tía Bobbie se preocupó de que llevara ropa adecuada para mi edad, y de que conociera a gente joven. Tía Bobbie ha sido como una madre para mi.

-Entonces has sido feliz -concluyó Lucas. Quizá pudiera librarse de parte de la culpa que lo había perseguido siempre por haber dejado sola a su hermana pequeña.

-Supongo -respondió Emily, con emoción contenida, en un tono poco convincente. Luego sonrió y apretó la mano de Wade-. Aunque ahora sí que lo soy.

Lucas pensó en el artículo que había leído, el que lo había llevado de vuelta a Honoria. Unos ladrones habían atacado a Emily en su casa, al sorprenderlos ella mientras robaban. Lo único que le habían robado era una cosa que Lucas pensaba que llevaba mucho

tiempo enterrada.

Pero todavía no se sentía capaz de hablar de eso. Y menos delante de Wade Davenport y su hijo. Al parecer, Emily se había recuperado de la agresión por completo; parecía sana y feliz.

-Me alegro mucho por ti -dijo por fin.

-Papá no dejó casi herencia -comentó Emily, de pronto, de nuevo con aire pensativo-. Las facturas de los médicos se llevaron casi todo su dinero. Y su seguro de vida tampoco era grande. Me dejó la casa, y yo se la he vendido a Wade -añadió.

-¿Has comprado esta casa? -le preguntó Lucas a Wade, que escuchaba con una expresión neutra.

-Sí. Fue antes de que decidiéramos casarnos. Ahora aprovecharemos el dinero de la hipoteca para las reparaciones que se necesitan hacer con urgencia.

Lucas comenzó a comprender adónde se dirigía la conversación:

-No he venido a reclamar nada, Emily. Sólo he venido para verte; para asegurarme de que estás bien.

-Y no sabes cuánto me alegro -afirmó Emily con una sonrisa radiante-. De todos modos, hay varias cosas que pertenecieron a tu madre, Lucas; y algunas de papá también. Si alguna tiene un valor sentimental especial para ti, no dejes de decírmelo.

Su generosidad lo conmovió. Ella no le debía nada. Y tenía mil razones para estar enfadada con él.

-No quiero nada -respondió Lucas, con calma-. Me basta con saber que estás bien y contenta.

-Soy feliz -volvió a asegurarle Emily.

-Bueno -Lucas decidió cambiar de conversación, pues no le gustaba hablar de las herencias-, ¿cuándo decís que os vais a casar?

-Queríamos estar casados antes de Navidad, pero Wade ha estado tan ocupado como jefe de policía, que hemos tenido que posponerlo hasta la víspera de Año Nuevo. Creo que el destino quería que te esperásemos. Por favor, dime que te quedarás para mi boda.

Lucas frunció el ceño al descubrir que Wade era el jefe de policía de Honoria. Había supuesto que era un simple agente.

-En realidad no tenía intención de quedarme tanto tiempo.

Notó la decepción en los ojos de Emily, pero ésta logró mantener su sonrisa.

-Está bien, no te presionaré -dijo ella-. Pero si decides no marcharte, a Wade y a mí nos encantaría que fueras a la boda.

Lucas pensó que quizá se arrepintiera de aquel ofrecimiento después de pensárselo unos segundos. ¿Por qué iba a querer que

asistiese a su boda, cuando la mayoría de los invitados lo mirarían más a él que a la novia? No se había olvidado de cómo lo habían despedido todos los habitantes de la ciudad; de cómo lo habían condenado, murmurando a sus espaldas.

Y él no había vuelto para arruinar la boda de su hermana. Se quedaría por allí uno o dos días, lo justo para asegurarse de que todo iba bien, y luego se marcharía de nuevo.

-Al menos pasarás la Navidad con nosotros, ¿verdad?-le preguntó Emily con expresión implorante-. Para mí sería muy importante, Lucas. Te he echado tanto de menos...

-No te culparía si me odiases -dijo él, con un tono más brusco del pretendido-. Te dejé que cargaras con todo...

-He estado enfadada contigo a veces - reconoció Emily, mirándolo a los ojos fijamente-. Y puede que todavía lo siga, un poco... pero nunca te he odiado, Lucas. Aunque sólo tenía once años, comprendí por qué tuviste que marcharte. No te eché la culpa entonces y no lo hago ahora. Pero no quiero volver a perderte de nuevo tan pronto, ahora que has vuelto. Por favor, prométeme que pasarás la Navidad conmigo. Sólo quedan unos días.

En fin, si tanto significaba para ella, no le quedaba más remedio que permanecer allí hasta entonces. Se lo debía.

-Me quedaré para Navidad -dijo-. Si estás segura de que de verdad quieres.

-¡Qué bien!, ¡es maravilloso! -la cara se le iluminó, victoriosa-. Mi hermano va a pasar el día de Navidad conmigo y faltan sólo dos semanas para casarme con el hombre al que amo. Nunca he sido más feliz.

Los dos hombres responsables de su alegría se escudriñaron mutuamente con la mirada.

-Se está haciendo tarde -comentó Wade, tras consultar la hora-. Clay y yo tenemos que irnos. Eh... ¿dónde tenías pensado dormir, Lucas?

-Lo más probable es que me meta en alguna habitación de uno de esos nuevos hoteles de la ciudad.

-De eso nada -intervino Emily con firmeza-. Te quedarás aquí, en la casa en la que creciste. Ésta sigue siendo tu casa, Lucas.

-Bueno -Wade se aclaró la garganta-, técnicamente...

-No se te ocurra poner el menor pero a mi invitación. Es mi hermano, Wade -Emily se encaró a su prometido-. ¿Acaso permitirías que tu hermana se fuera, a dormir a un hotel?

-No ves a tu hermano desde que eras una niña -repuso Wade-. Sólo digo que creo que sería mejor si...

-Por si no te has dado cuenta, no te pedido tu opinión en este tema -lo interrumpió ella.

-Me iré a un hotel. De verdad, no me importa.

-Pero a mí sí me importa -Emily lo miró-. ¿Qué hospitalidad es ésta en la que un familiar tiene que alojarse en un hotel? Además, tía Bobbie y tío Caleb insistirían en que fueses a su casa si se enteraran de que tu propia hermana te había dejado tirado en la calle. Con lo grande que es esta casa, con la de habitaciones vacías que hay, esperando a ser utilizadas, ¿por qué demonios voy a mandar a mi hermano a la habitación de un hotel?

Tanto Lucas como Wade estaban sonriendo cuando Emily finalizó, casi sin aliento. Clay la miraba asombrado, con ojos de fascinación.

-Creo que tengo que quedarme aquí - dijo Lucas, mirando a Wade, antes de que Emily prosiguiese.

-Creo que tienes razón -asintió él, con seriedad. Luego se dirigió a su hijo-. ¿Nos vamos, Clay?

-Seguro que yo también estaré contento cuando viva aquí -comentó el niño, levantándose del sofá a regañadientes.

-Yo también, hijo -murmuró Wade-. Yo también -repitió, lanzándole una mirada fogosa a Emily. Ésta se sonrojó de inmediato.

-Os acompaño al coche -dijo ella.

-Adiós, tío Lucas -se despidió Clay mientras los tres avanzaban hacia la salida.

-Sí... hasta la vista, Clay.

Se pasó los siguientes quince minutos, mientras Emily seguía fuera despidiéndose de Wade, mirando las figuritas de Papá Noel que había sobre una mesa, algunas de las cuales le resultaban familiares. También se fijó en las fotos del corcho; en una sobre todo. Aparecía él, con trece años, de la mano de su hermana pequeña, que entonces tenía cuatro. Llevaba un vestidito con lazos y una cesta para recoger caramelos.

Recordó aquel día. La familia entera se había reunido en casa de la abuela McBride para pasar la Pascua. Los niños habían comido muchas golosinas y los adultos habían conversado, alegres y relajados. Hasta Joshia McBride, el padre de Lucas, siempre hosco, había estado de buen humor aquel día. Y la pequeña Emily, tan dulce y guapa con su vestidito, estaba resplandeciente por el cariño y la atención que había recibido de la abuela, las tías, los tíos y los primos.

Una mano lo agarró de un brazo y tiró de Lucas hacia el

presente. Emily, cuyo pelo se había despeinado un poco, miró la fotografía y luego la cara de su hermano.

-Estoy encantada de que estés aquí, Lucas. Tenemos que hablar hasta ponernos al día, después de tantos años.

-¿Por qué no lo dejamos para mañana? –propuso Lucas-. Es tarde y supongo que estarás cansada.

-De acuerdo. Pediré que mañana me den la tarde libre en el trabajo –convino Emily-. Pasaremos el tiempo que haga falta hasta que nos conozcamos de nuevo.

-Muy bien -aceptó él-. Voy a salir un momento al coche a recoger mi maleta.

-Te pondré sábanas nuevas. Yo sigo durmiendo en mi habitación de siempre. ¿Quieres el dormitorio principal? Es el único con cama grande.

-Prefiero mi habitación antigua, si está disponible -Lucas no tenía el menor deseo de dormir en la cama de su padre. Seguro que su fantasma le impediría dormir allí.

Una vez fuera, permaneció varios segundos quieto, junto a su coche.

Lucas había pasado allí los años más felices de su vida, siguiendo la pista de algún animal por el bosque, pescando en el río, o sentado en las ramas de un gran roble.

Por mucho que quisiera reprimirlos, los recuerdos se le agolpaban en la cabeza. Algunos, buenos; pero la mayoría eran malos.

No debería haber vuelto. ¿Qué le había hecho pensar que Emily lo necesitaba? Estaba deseando entrar en el coche y huir a toda velocidad de Honoria y de sus recuerdos... Pero advirtió que Emily lo estaba observando desde la puerta, como temerosa de que, en efecto, Lucas decidiera escaparse sin despedirse, de nuevo.

No podía hacerle algo así. Ya le había hecho mucho daño la primera vez y no le arruinaría el día de Navidad ni los prolegómenos de su boda, por el mero hecho de que los recuerdos lo acobardaran.

Al menos, pensó, no tendría que ver a Rachel Jennings mientras estuviera en la ciudad.

Para eso sí que no estaba preparado.

Capítulo 2

Rachel Jennings no habría podido explicar por qué se había visto impulsada a dirigirse hacia la cabaña el lunes por la mañana. Estaba situada en terreno de los McBride y era un lugar fabuloso, en el que las familias habían comido y paseado, y los adolescentes se habían iniciado en el amor.

Un lugar fabuloso que había sido cerrado quince años atrás, justo después de que su hermano muriera en los alrededores.

Sin detenerse ante la señal de «prohibido el paso», Rachel avanzó con el coche, adentrándose aún más en el bosque. Años atrás, había sido su lugar favorito, al que acudía siempre que quería esconderse del mundo; se había resguardado allí y había imaginado historias románticas, sabiendo que, al final del camino, él la estaría esperando.

Pero no en esa ocasión. Lucas McBride había desaparecido por la noche quince años atrás y nadie había vuelto a tener noticia de él desde entonces. Ni siquiera su familia. En cualquier caso, tampoco lo habría podido saber, pues también ella se había marchado de Honoria, incapaz de aguantar todos los cotilleos acerca de Lucas.

Por eso no había regresado allí en tantos años, resuelta a no dejar que los incesantes rumores acabaran influyéndola.

Se había acostumbrado a pasar sola las navidades, en su piso de Atlanta, a excepción de las breves visitas a su madre a Carrollton todas las vísperas de Navidad. Le habría gustado pasar esas navidades de la misma manera, pero su abuela, por parte de madre, estaba cada vez más débil, demasiado para vivir sola, y tenía intención de mudarse a una residencia de ancianos. Como se sentía culpable por haber estado lejos de su abuela tantos años, se había ofrecido a ayudar en el traslado a la residencia.

Pisó el freno a fondo al encontrarse frente a una puerta que bloqueaba la carretera, la cual no había estado allí quince años antes. Al parecer, los McBride se habían tomado en serio lo de impedir que la gente entrara en sus tierras.

Rachel apagó el motor y bajó del coche. Recordó las innumerables mañanas invernales en que se había encontrado ahí con Lucas, durante el último año del instituto, abrazándose para darse calor, mezclándose sus alientos en el aire mientras planeaban proyectos en común.

Lucas tenía dos años más que ella, y lo había adorado. Era atractivo y estimulante, rudo y complejo. Y, a pesar de su temperamento, siempre se había mostrado atento y dulce con ella.

De hecho, Rachel había admirado su espíritu rebelde, su libertad

y su coraje. Por su parte, ella siempre había sido una chica modélica, responsable y estudiosa, siendo sus citas con Lucas el único acto de rebeldía que había realizado.

Se acercó a la puerta y, aunque sabía que ésta estaba allí para algo, trepó por ella y saltó al otro lado, como si se sintiera forzada a completar su peregrinaje por el pasado.

Quizá si se enfrentaba a sus recuerdos, éstos dejaran de perseguirla. Quince años tenía que ser tiempo suficiente para pagar por los estúpidos errores de su juventud. Ahora tenía treinta y tres años y era una contable muy bien considerada.

En vez de correr hacia la cabaña, como en el pasado, se tomó tiempo para contemplar el paisaje. Hacía, ciertamente, una mañana espléndida. Los pájaros cantaban desde sus ramas y quizá algún ciervo correteara libre por los alrededores.

Recordó que Lucas le había dicho que quería construir una casa allí, con un ático con vistas a un precipicio a cuyos pies corría un riachuelo. Los dos podrían vivir en paz, en medio de la naturaleza, le había susurrado él.

Rachel se preguntó si Lucas habría logrado encontrar la paz que tanto había buscado. Avanzó por el camino, pisando rocas y ramitas caídas de los árboles, y se preguntó si realmente seguiría en pie la pequeña cabaña en la que Lucas y ella habían pasado tantas horas. ¿O la habrían tirado los McBride para que ninguna pareja tuviera la tentación de entrar en ella?

Entonces, tras sortear una encina que bloqueaba el camino, vio la cabaña, aún intacta, aunque más desgastada de lo que la recordaba.

Levantada en los años cincuenta por el abuelo de Lucas, la cabaña era una construcción de piedra, como un pequeño pabellón, al que Lucas y Rachel siempre llamaron «la casa de piedra». Unas pequeñas aperturas en las paredes permitían el paso del aire. En los extremos, había bancos de piedra para descansar, un refugio ideal para huir de la tensión diaria de la vida.

Rachel contuvo la respiración al trasponer el umbral de la entrada. Inexplicablemente, el corazón se le aceleró, como en aquellos tiempos felices del pasado. Tal como esperaba, estaba totalmente vacío, a excepción de algunos montones de hojas y excrementos de animales.

Lucas siempre había mantenido la cabaña barrida y se había asegurado de que los bancos estuviesen limpios, para que ella no se manchara la ropa. La última vez que habían estado juntos había sido un sábado tormentoso, una semana después de que Rachel

finalizara el instituto. La lluvia había caído sin parar en el exterior, pero ellos habían estado secos y calentitos, refugiados.

Lucas había llevado unos sandwiches y ambos se habían pasado horas hablando, riéndose, besándose… y recitando en voz alta un libro de poesía que Rachel había llevado consigo.

Esbozó una sonrisa al recordar la expresión de escepticismo de Lucas acerca de la poesía. Al principio la había escuchado para complacerla, y había leído para ella cuando se lo había pedido. Pero, al finalizar el día, daba la impresión de que Lucas había acabado apreciando aquellos versos que tanto le gustaban a ella.

Había sido un día tan romántico e inocente, tan perfecto, que todavía se le formaba un nudo en la garganta al rememorarlo. Al caer de la tarde, Lucas le había dicho que quería casarse con ella… tan pronto como se licenciara y pudiese ganar dinero suficiente para mantener a los dos.

Rachel se apoyó sobre una piedra fría y miró por una de las aberturas. Apenas se fijaba en el exterior, pues su cerebro estaba repleto de recuerdos… que esperaba exorcizar con aquella visita.

Una piedra cayó por el precipicio, unos metros más allá de la cabaña. Entonces lo revivió: su hermano mayor, Roger, se había muerto tras precipitarse desde ese mismo sitio, poco después de aquella tarde de ensueño.

Ella nunca se había sentido muy unida a Roger, un joven de veintiún años muy hosco y problemático; pero su muerte había destrozado su mundo. Se había convertido en hija única y su madre, amargada ya después de que su padre los abandonara, se fue haciendo más reservada e inaccesible. Y Lucas, el hombre a quien ella amaba, era el principal sospechoso de la muerte de Roger.

Nunca había vuelto a estar a solas con él. Apenas ocho semanas después del fatal accidente, Lucas había desaparecido sin darle ninguna explicación. Ese mismo otoño, se había marchado a la universidad y, antes de que acabara el año, su madre y ella se habían ido de Honoria, dando por cerrada aquella trágica historia.

De pronto se dio cuenta de que, si pretendía dejar el pasado atrás visitando aquel lugar, estaba perdiendo el tiempo. Los recuerdos eran tan nítidos y dolorosos como nunca. No le costó imaginarse a Lucas apostado en la puerta, lanzándole esa mirada apasionada que tanto la había estremecido…

Suspiró, se puso recta, se pasó una mano por su largo y negro cabello y se giró hacia la puerta.

Casi se le paró el corazón al ver al hombre que estaba entrando, que la miraba con ojos perplejos y desorbitados.

Esa mirada afilada y peligrosa no era la del joven rebelde apasionado del que Rachel se había enamorado, pensó ésta mientras trataba de serenarse.

Pero no cabía duda de que era Lucas McBride.

Pensó que estaba sufriendo alucinaciones. O soñando.

Estaba viendo a Rachel junto a una de las aberturas de la cabaña, iluminada por los débiles rayos de una mañana de diciembre, abrigándose con una chaqueta que no ocultaba su esbelta constitución. El pelo le relucía bajo el sol y Lucas recordó lo mucho que le había gustado acariciar ese cabello cariñosamente.

Estaba igual que la recordaba, como si no hubiera pasado ni un segundo de aquellos quince años.

Luego se había girado y Lucas había visto que ya no se trataba de una niña tímida y confiada de diecisiete años. Era una mujer que conocía el duelo, el dolor, la traición y la decepción. La inocencia se había esfumado de sus ojos azules... Pero seguía siendo preciosa.

Sus ojos se habían abierto, asombrados, como si se hubiera asustado al verlo. Y, al igual que Emily, supo que Rachel también lo había reconocido al instante.

Parecía que tendría que ser él el primero en hablar, dado que Rachel se había quedado muda de la sorpresa.

-Hola, Rachel -logró decir. Ella abrió la boca, pero no consiguió que saliera ningún sonido-. Eres la última persona que esperaba encontrarme -añadió, dando un paso hacia ella.

-¿Lucas? -acertó a preguntar Rachel, con un hilillo de voz.

-Sí -asintió éste-. ¡Cuánto tiempo! - agregó. Sabía que era un comentario estúpido, pero no se le había ocurrido otro distinto.

-Sí -replicó llevándose una mano a la garganta, como para fortalecer su trémula voz.

¿Acaso tenía miedo dé él?

-No sabía que estuvieses en Honoria - dijo Lucas, tras introducir las manos en su chaqueta de cuero-. Tenía entendido que te habías mudado.

-Es la primera vez que vengo en mucho tiempo -contestó ella-. Tengo que ocuparme de unos asuntos familiares. Y te aseguro que yo sí que estoy sorprendida de encontrarte.

Se había marchado en mitad de la noche, sin una sola palabra de despedida. Lucas podía ver la acusación en los ojos de Rachel, y se sintió culpable. Pero, ¿cómo debía haberse comportado? La única vez que había intentado ponerse en contacto con ella después de la muerte de su hermano, Rachel le había colgado el teléfono.

-Yo he vuelto para ver a mi hermana - dijo Lucas.

-He oído que se va a casar dentro de poco.

-En la víspera de Año Nuevo. Se casa con el nuevo jefe de policía -comentó, sin poder evitar que su boca esbozara una sonrisa irónica.

-¿Has venido para felicitarla, o para convencerla de que no se case con un poli? - Rachel dibujó una fugaz sonrisa.

-He venido a asegurarme de que está bien -era la verdad... pero no toda la verdad.

-¿Y lo está?

-Eso parece.

-¿Se alegró de verte?

-Creo que sí -respondió, de nuevo emocionado al recordar la afectuosa bienvenida que Emily le había dispensado.

-¿Y cómo ha reaccionado el resto de la gente al verte?

-No he visto a nadie más -Lucas se encogió de hombros-. Aparte de a ti. Y no diría que tu reacción sea de mucho entusiasmo.

-Es que no sé cómo me siento en estos momentos -reconoció con serenidad.

Lucas lo comprendió, pues él mismo no habría sabido describir sus sentimientos. Algo lo impulsó a dar un paso más hacia ella.

-Rachel... -pero ésta retrocedió, como temerosa-. ¿Me tienes miedo? -preguntó Lucas.

-Sí -respondió ella tras una larga pausa, abrumada.

Era curioso: Lucas creía que en los anteriores quince años se había endurecido tanto, que no pensaba que nadie fuese ya capaz de herirlo. Pero se había equivocado.

-Sólo ha habido dos personas por las que habría dado mi vida -dijo en tono sombrío-. Mi hermana es una. Y tú la otra.

No esperó a que Rachel respondiera. Se dio media vuelta y salió de la cabaña hacia la casa de Emily.

Apenas llevaba media hora en casa de Emily cuando oyó el coche de su hermana. Ésta le había prometido que llegaría a tiempo para comer juntos y a las doce ya estaba de vuelta en casa.

-He traído algo de comida -dijo Emily, sonriente-. Pollo, patatas, unos melocotones para el postre... Recuerdo que eran cosas que te gustaban. Espero que siga siendo así.

-¿Cómo es posible que te acuerdes de estas cosas? -preguntó Lucas, conmovido. Sólo eras una niña pequeña cuando me marché.

-Lo recuerdo todo sobre ti, Lucas -respondió, con una sonrisa agridulce-. ¿Es que no sabías que te adoraba?

Lucas no supo qué decir, de modo que decidió levantarse para ayudarla a colocar las bolsas de la compra.

-¿Dónde pongo esto?, ¿en el comedor o en la cocina?

-En la cocina. Allí estaremos más cómodos. Estoy contigo en cuanto deje el bolso y me lave las manos.

Lucas había puesto la mesa y preparado la comida cuando Emily se reunió con él en la cocina.

-¡Qué rápido! --dijo ella, mientras abría la puerta del frigorífico-. ¿Qué quieres beber?

-¿Tienes té?

-Siempre tengo té. Estoy enganchada desde hace un año -comentó, tras sacar una tetera.

-Eso está bien -dijo Lucas-. Da gusto disfrutar de una auténtica comida sureña de nuevo -añadió.

-Sería mejor todavía en verano, para tener una buena ensalada con tomate fresco; pero supongo que con esto nos arreglaremos.

-Tiene una pinta estupenda -aseguró Lucas al tiempo que llenaba su plato.

-Dices que da gusto disfrutar de una comida sureña de nuevo. ¿Dónde has vivido todos estos años, Lucas?

-En California, sobre todo.

-California -repitió mientras pinchaba una patata-. ¿Te gusta?

-No está mal -se encogió de hombros.

-¿Y a qué te dedicas? Para ganarte la vida, quiero decir.

-A la informática.

-¿De veras?, ¿eres programador?

-Ya ves -contestó Lucas.

-¡Qué interesante! Recuerdo que te encantaban los videojuegos. Tu vieja consola Atari sigue por aquí en alguna parte, en el desván, supongo. ¿Te acuerdas de cuando me enseñaste a jugar al Pac-Man y al Space Invaders?

-Sí -contestó Lucas.

-¿Me has echado de menos, Lucas? -le preguntó, con un tono entre inocente e infantil.

-Muchísimo -respondió él, con una brevedad que no le parecía adecuada para reflejar cuánto se había acordado de Emily; pero ésta se dio por satisfecha, muy sonriente.

-Me alegro... ¿Te has casado? -siguió preguntándole.

-No.

-¿Y tienes novia?

-Tampoco.

-¿Eres homosexual?

-No, mujer -respondió Lucas, estupefacto.

-Vaya, parece que he conseguido hacerte reaccionar -Emily rió. Se asemejaba tanto a la chiquilla que Lucas recordaba, que el pecho

se le encogió.

-Mocosa -dijo él. Los azules ojos de Emily se iluminaron, enternecidos.

-Solías llamarme eso para hacerme rabiar -comentó-. ¡Me alegra tanto que estés en casa, Lucas!

No podía soportar tanta emoción, de modo que pasó a ser él quien le formuló una pregunta:

-¿Le has contado a alguien que estoy aquí?

-¿Querías que lo mantuviese en secreto?

-No lo sé -respondió tras meditar unos segundos.

-No se lo he dicho a nadie. Sólo he dicho que tenía que ocuparme de unas cosas. En el banco han dado por sentado que tendría que ver con mi boda.

-¿Y por qué no se lo has dicho a nadie? -le preguntó entonces. ¿Habría sido por el bien de él o por el de ella?

-Supongo que quería tenerte para mí sola durante un tiempo. Pero creo que deberíamos llamar a tía Bobbie y tío Caleb luego. Sé que se alegrarán de verte.

-¿De verdad? -replicó con escepticismo.

-Claro que sí. Lucas, es tu familia.

Quince años de soledad habían hecho que casi olvidara lo que era formar parte de una familia.

-Puede que Caleb y Bobbie quieran verme; pero no creo que haya nadie más que vaya a darme la bienvenida. Recuerda que no era la persona más querida de la ciudad, que se diga.

-Martha Godwin no tardaría un segundo en presentarse aquí si se enterase de que has vuelto -replicó Emily.

¿Sigue esa vieja cotilla por aquí? Era la mujer más entrometida que jamás he conocido.

-Sigue aquí -dijo Emily-. Pero no es tan mala, Lucas. Simplemente, es cotilla.

-¿Cómo te ha tratado la gente de Honoria, Emily? ¿Alguna vez te han echado en cara que seas mi hermana?

-En general, todo el mundo ha sido agradable conmigo. He colaborado con la iglesia, participo mucho en mi trabajo y en las reuniones de vecinos, y tengo muchos amigos. Honoria ha crecido desde que te fuiste. Hay mucha gente que no sabe casi nada de la historia de los McBride. Salvo Sam Jennings y April Penny, todos me han tratado con tanto respeto como a cualquier otra persona.

-¿Sam Jennings? -repitió Lucas, escupiendo casi al pronunciar el nombre-. ¿Ese imbécil te ha molestado?

-Nada que no haya podido solucionar. Es un estúpido, pero no

dejo que me afecte.

-¿Y quién es April Penny?

-Puede que la recuerdes como April Hankins, su nombre de soltera. Es unos años mayor que yo; tendría catorce años cuando te marchaste.

-No la recuerdo. Sé que había una familia Hankins que vivía en Culpepper Road.

-Exacto. Vince, el hermano de April, era el novio de Savannah en el instituto. Era el capitán del equipo de fútbol y el delegado de clase. Vamos, don Perfecto -Emily hizo una pausa-. Para mí siempre fue un engreído -añadió.

Lucas probó un bocado de melocotón y casi gimió del placer que le produjo su sabor.

-Entonces hacía buena pareja con nuestra prima Savannah. Ernestine la tenía tan mimada, que Savannah creía que todo el mundo tenía que atenderla y servirla en lo que quisiera, como si fuese una princesa.

-Savannah ha cambiado mucho desde entonces, Lucas -lo informó Emily, sonriente-. Tuvo que madurar rápidamente cuando se enteró de que estaba embarazada de gemelos a los diecisiete años. Criarlos con la única ayuda de su madre la ayudó a poner los pies en la tierra.

-¿Era Vince el padre de los niños?

-Sí, pero Vince lo negó. Toda su familia se escandalizó cuando se sugirió que su hijo había dejado embarazada a Savannah. Dijeron que era una jovencita ligera de cascos, que estaba deseando atrapar a Vince para casarse con él... Como si fuera un gran partido -añadió con sarcasmo.

-¿Ella estaba segura de que el padre era Vince?

-Totalmente. Savannah lo pasó muy mal cuando Vince y sus amigos empezaron a decir que ella se iba acostando con todo el mundo. Juró que Vince había sido el único... y su familia la creyó.

-¿Y por qué no le obligó a hacerse la prueba de paternidad para que ese tipejo se hiciera cargo de sus responsabilidades? - dijo Lucas, el cual no sentía el menor respeto por un hombre capaz de renegar de sus propios hijos.

-Porque era tan orgullosa y temeraria como casi todos los McBride. No quería nada de Vince. Y no quería obligarlo a ser el padre de sus hijos -explicó Emily-. Es una buena madre, Lucas. Los gemelos son buenos chicos, y ahora está casada con un hombre que los quiere a los tres; con Christopher Pace, el escritor.

-Parece que todo salió bien al final - comentó.

-Sí. Lo que hizo que April me odiara aún más; a todos los McBride, en realidad. No soporta que Savannah se haya casado con un hombre rico y famoso mientras que su querido hermano es sólo un vendedor de coches de segunda mano.

-¿Y por qué la ha tomado contigo?

-¿Quién sabe? Simplemente, no le gustan los McBride. Siempre pareció irritarla que yo tenga más amigos que ella. No se da cuenta de que la culpa es suya, por ser tan engreída.

Lucas había perdido interés en April Hankins. Daba la impresión de que Emily podía manejárselas con aquella mujer. De hecho, parecía que llevaba una vida muy agradable, a pesar de la nada favorable reputación de su familia.

Era evidente que su vuelta a Honoria había sido innecesaria. Podía haberse evitado volver a ver a Rachel... oír que ésta tenía miedo de él.

-¿Qué dice la gente de mi?

-Ya sabes - Emily se dispuso a recoger los restos de la comida-. Se preguntan qué habrá sido de ti; por qué te fuiste de repente.

-Emily -insistió Lucas-, ¿qué dicen de mí y Roger Jennings?

-Algunos -se aclaró la garganta-, sobre todo Sam Jennings y sus amigos dicen que te largaste después de... de...

-¿De asesinarlo? -completó Lucas.

-Sí.

-Yo no maté a Roger -le aseguró. Miró a Emily fijamente y lo alivió observar que sus ojos no atisbaban la menor duda al respecto.

-Jamás pensé que lo hicieras. Ni lo ha pensado nadie con dos dedos de frente. Si hubiera habido alguna prueba que te relacionara con la muerte de Roger, el jefe de policía Packer la habría encontrado. Hizo todo lo posible por encontrar algún motivo para arrestarte; pero no había prueba alguna, y tú tenías una coartada.

Lucas se sintió incómodo al oír mencionar lo de aquella coartada.

-¿Qué fue de Lizzie Carpenter? -preguntó él entre dientes.

-Se casó con un señor unos diez años mayor que ella y se marchó de Honoria. Nunca habló de ti después de que te fueras. Solía romper a llorar cada vez que oía tu nombre, así que la gente acabó por no preguntarle más por ti.

-Genial -se lamentó Lucas, con sarcasmo-. Así que todo el mundo piensa que me acosté con ella, que arruiné su virtud y que me fui de la ciudad rompiéndole el corazón, ¿no es eso?

-He oído comentarios de ese estilo - admitió Emily, casi disculpándose. Entonces sonó el teléfono. A juzgar por su radiante

sonrisa, debía de tratarse de su prometido-. Lucas y yo acabamos de terminar de comer. Estamos pasando un rato muy agradable - le dijo a Wade.

A fin de que pudiera hablar en privado, Lucas salió de la cocina. Tenía que pensar en muchas cosas y necesitaba estar solo unos minutos para hacerlo.

Estaba siendo un día agotador… y apenas eran las doce y media de la mañana.

Capítulo 3

El viejo roble debía de tener más de cien años. Lucas no recordaba la primera vez que se había subido a ese árbol, pero supuso que con siete u ocho años. A veinte metros de altura, en la juntura de varias ramas, había un hueco lo suficientemente grande para ocultar a un niño.

Pero sí recordaba con claridad la última vez que se había sentado en ese hueco, con veinte años. Había subido llevado por el impulso de un joven enamorado, frustrado, confundido, furioso e inseguro.

Había discutido por la mañana con Roger Jennings, el cual había descubierto la relación clandestina que Lucas mantenía con Rachel. Lo había enfurecido descubrir que su hermana estuviera saliendo con el hijastro de la mujer que había seducido a su padre y lo había separado de la familia Jennings.

Se habían insultado y empujado un poco. Recordaba perfectamente la amenaza de Roger, el cual le había dicho que se alejara de Rachel... o que lo mataría.

Lucas había respondido que antes lo mataría.

-¿Igual que tu padre mató al mío y a la esposa del tuyo? -había replicado éste último.

-¿Se puede saber de qué hablas?

Nueve años antes, Nadine McBride y Al Jennings se habían fugado juntos. Desde entonces, nadie había oído hablar de ellos; pero Roger estaba convencido de que su padre, Al, jamás se habría separado de sus hijos voluntariamente:

-Si mi padre estuviera vivo, nos habría llamado. Habría intentado vernos. Creo que tu padre sorprendió al mío con la zorra de tu madrastra y los mató a los dos.

-Y yo creo que estás loco.

-Te juro que lo demostraré. Y, cuando lo haga, tu padre irá a la cárcel. Y mi hermana no volverá a dejar que te acerques a ella.

Se habían separado después de esa discusión y, para serenarse antes de volver a casa, se había encaramado a ese roble en el que tantas horas había pasado de pequeño.

A la media hora, tras pensar en las ridículas acusaciones de Roger, había visto a su hermana y a sus primas, Savannah y Tara, entrar en el bosque. Las había visto reír y charlar. Llevaban unas palas para cavar algo.

Escuchándolas a hurtadillas, había oído que estaban enterrando una cosa que habrían de desenterrar quince años más tarde, en el cumpleaños de Savannah. Se trataba de un cofre con los «tesoros

particulares de cada una de las niñas, envuelto en una bolsa de plástico para proteger el contenido.

Lucas se había preguntado si las niñas se acordarían de desenterrar el cofre cuando hubieran transcurrido los quince años y, ahora, tras leer en la Gaceta de Honoria que habían robado un brazalete de oro en casa de Emily, supo que, en efecto, el cofre había sido desenterrado.

Porque se trataba del mismo brazalete que Lucas había añadido al cofre de las niñas, dos semanas después de que éstas enterraran sus tesoros... justo al día siguiente de muerte de Roger y menos de dos meses antes de que Lucas saliera de la ciudad, jurándose no regresar nunca.

-¿Lucas? -pero éste necesitó unos segundos para volver al presente. Emily se acercó a él con su chaqueta descuero-. ¿No te estás quedando frío?

Y sí que hacía frío en el bosque; pero había estado tan absorto en sus pensamientos que no se había dado cuenta de ello.

-Gracias -dijo por fin.

-¿Recordando viejos tiempos?

-Sí, esto sigue como siempre.

-Cierto. No ha cambiado mucho - Emily miró hacia el lugar en el que habían enterrado el cofre de pequeñas.

-¿Qué te dijo el viejo de mí, Emily? -le preguntó Lucas, de repente.

-¿Papá? -Lucas asintió-. Nada. Nunca habló de ti. ¿Os peleasteis antes de que te marcharas?

Más bien, pensó Lucas, se había tratado de una discusión... en la que Josiah había acabado diciendo que no quería volver a ver a su hijo en la vida.

-Papá y yo no congeniábamos. Nada más -respondió Lucas.

-Parece que no era capaz de congeniar con nadie; supongo que el único motivo por el que nunca discutió conmigo es porque no me enfrenté a él jamás. Aprendí a no llevarle la contraria para evitar problemas.

-No tuviste una buena infancia -comentó Lucas, apenado-. Lo siento, Emily.

-Tú no tuviste la culpa. Hiciste lo que debías hacer. Aunque nunca dejé de echarte de menos, seguí teniendo gente alrededor que me quería. Tía Bobbie y tío Caleb estuvieron a mi lado siempre que los necesité, y eso significó mucho para mí.

-Quiero darles las gracias por eso antes de volver a marcharme.

-No me gusta pensar en tu marcha - Emily suspiró-. Pero sí

quiero llamar a tía Bobbie y tío Caleb para anunciarles que estás aquí. Heriría sus sentimientos si se enteraran por otra persona.

-Hazlo mañana -dijo Lucas. Aunque aquella reunión no le apetecía, sabía que a Emily le hacía ilusión que la familia se juntara por Navidad. Se lo debía.

-He oído algo que creo que deberías saber -empezó a decir Emily, con tacto-. Rachel Jennings ha venido a pasar las vacaciones a Honoria.

Necesitó realizar un gran esfuerzo para no emocionarse al oír ese nombre. Que él supiera, Roger había sido el único en enterarse de su relación con Rachel. ¿Acaso lo había descubierto Emily también?

-Y... ¿por qué crees que debería saberlo? -preguntó con tono neutro.

-Es sobrina de Sam Jennings. Estoy seguro de que Sam habrá intentado envenenar a Rachel para que piense mal se nosotros, igual que ha intentado influir a otras personas. Si ella cree que tienes la culpa de lo que ocurrió a su hermano, podría resultar incómodo que te la encontraras de improviso. Sólo quería que estuvieras preparado.

Pero el aviso había llegado demasiado tarde y Lucas no podía olvidar la expresión de miedo de Rachel cuando éste se había acercado a ella.

-No sería la única en cargarme con la muerte de su hermano -replicó Lucas, con amargura-. Créeme, Emily. Ya sé lo que me espera.

-Siento que las cosas te hayan ido tan mal por aquí, Lucas -Emily suspiró-. No es justo que algunas personas que ni siquiera te conocían te juzgaran tan duramente.

Pero Rachel sí lo había llegado a conocer y no por ello había dejado de juzgarlo... y de condenarlo.

-Será mejor que volvamos a casa. Supongo que tu «polinovio» no tardará en llegar.

-Mi «poliprometido» -corrigió Emily, sonriente Espero que os hagáis buenos amigos, Lucas.

-¿Amigo yo de un policía? Sería la primera vez que... Pero lo intentaré, por ti.

-Gracias.

-Tienes la nariz roja -le dijo entonces Lucas-. Venga, vamos a casa.

Emily introdujo una mano bajo el brazo que Lucas le ofrecía y se adaptó al ritmo de sus pasos. Era evidente que su hermana no tenía

miedo de él, pensó Lucas.

¿Pero por qué lo tenía Rachel?

Sentada en el balancín del porche de su abuela, Rachel observaba las luces navideñas de las casas de los vecinos. Le resultaba deprimente.

Por suerte, no había ningún motivo navideño en la casa de su abuela. Jenny Holder tenía intención de mudarse en menos de un mes y no se había molestado en decorar la casa. Se había acostado a las nueve de la noche, cansada, dejando a Rachel a solas, totalmente despierta.

Sabía que no podría dormir mientras siguiera oyendo las palabras de Lucas en su cabeza: sólo ha habido dos personas por las que habría dado mi vida: mi hermana es una. Y tú la otra.

Y tampoco podía olvidar la expresión de su cara cuando Lucas le había preguntado si tenía miedo de él y ella había respondido que sí.

Lo había herido. A pesar de lo intimidatoria que hubiera parecido su presencia, lo había herido con una sola palabra. Y ahora se sentía culpable.

Pero no le debía ninguna disculpa ni explicación, se recordó. Sino todo lo contrario. Tenía todo el derecho del mundo a recriminarle su forma de marcharse quince años atrás; para que supiera el daño que le había hecho.

¿Cuántas noches se había imaginado el reencuentro, insomne, antes de decidir finalmente que debía romper con el pasado y construirse una nueva vida?

Rachel no podía saber que Lucas volvería a la cabaña el martes por la mañana. Incluso mientras saltaba sobre la puerta y avanzaba por el sendero, se sorprendió deseando no encontrárselo de nuevo.

Pero lo que quiera que la hubiese impulsado a ir allí esa mañana debía de haber surtido el mismo efecto en Lucas, el cual había llegado apenas un minuto antes que ella.

No pudo evitar estudiar su cara, tratando de buscar al Lucas que había conocido años atrás, de pelo largo y revuelto, y reputación de indomable. Ahora llevaba un peinado más conservador, aunque parecía preservar parte de la antigua rebeldía. A diferencia de ella, no tenía ni una sola cana en todo el cabello.

El tiempo había grabado algunas líneas alrededor de sus ojos y de su boca, lo cual no hacía sino remarcar sus angulosas facciones, con un aire más fascinante que nunca...No tenía la menor idea de qué podía decirle.

El día anterior había sido él quien había tomado la iniciativa de

hablar primero, de modo que esa vez le tocaba a ella.

-Necesito decirte una cosa -arrancó por fin.

-¿El qué? -preguntó Lucas en tono poco animoso.

-Lo que dije ayer... sobre que tenía miedo de ti... no me refería a lo que sonó.

-¿Y a qué sonó, según tú?

No le estaba poniendo las cosas fáciles.

Tal como se estaba comportando, se tendría merecido que se marchara sin dirigirle ni una palabra más.

-Sabías que iba a venir, ¿verdad? -prosiguió Rachel a pesar de todo-. Me estabas esperando.

-¿Cómo iba a saberlo? Cuando ayer me fui, estabas aterrada.

-¡No estaba aterrada! Pero no esperaba verte y me sobresalté, nada más.

-¿Por qué has venido esta mañana aquí? De verdad.

-Ya te lo he dicho -respondió Rachel-. Para disculparme por lo de ayer.

-No me debes ninguna disculpa. Lo que dijiste era verdad, ¿no?

Lo había sido. No era que hubiera temido que Lucas la hiriese físicamente; pero sí había tenido miedo de cómo saldrían parados sus sentimientos. Había necesitado mucho tiempo para superar a Lucas McBride y sentirse contenta con su vida sin él.

Ya no era la joven inocente que se había enamorado perdidamente de ese hombre; pero el hecho de que su corazón le estuviera palpitando a toda velocidad debía advertirla de lo vulnerable que seguía siendo respecto a Lucas.

-Tengo que irme -se atrevió a decir Rachel.

-Todavía tienes miedo de mí -dijo con frialdad.

-Me voy -insistió ella.

-De acuerdo. Huye de mí, Rachel Jennings. Ya lo hiciste una vez, y entonces sí me importó.

La amargura de su tono la dejó atónita. ¿Acaso la culpaba a ella de lo que había sucedido quince años atrás?

-Fuiste tú quien se marchó de la ciudad sin decir una palabra -replicó furiosa-. Y fuiste tú quien me rompió el corazón. No se te ocurra fingir que yo te importaba. Ya me mentiste demasiado entonces y yo me creí todo lo que me dijiste porque estaba enamorada de ti... Ya no soy tan confiada como antes. Y es demasiado tarde para disculparse.

Lucas abrió los ojos. Por primera vez durante ese encuentro, Rachel observó un atisbo de emoción en ellos.

-Al menos en eso sí estamos de acuerdo -espetó-. Ya es

demasiado tarde para que te disculpes.

¿Sería posible? Sin duda, era el hombre más soberbio que jamás había conocido.

-¿Cómo puedes decir que...?

Pero Lucas no parecía dispuesto a prolongar esa discusión. Se limitó a salir de la cabaña y desapareció entre los bosques sin siquiera mirar una vez atrás.

Rachel lo había acusado de haberle mentido.

Le había abierto su corazón, le había entregado su alma, le había confesado intimidades que no había compartido ni con su querida hermana pequeña...

Y Rachel lo acusaba de haberle mentido.

¿Cómo podía haberse equivocado tanto acerca de lo que ambos habían compartido?. ¿De veras había llegado a creer que el amor de Rachel sería lo suficientemente poderoso como para superar un escándalo?

No le había extrañado apenas que más de la mitad de los ciudadanos de Honoria lo hubieran creído capaz de asesinar a Roger. Se había acostumbrado a que la gente sospechara de él y, de hecho, era posible que se hubiera ganado a pulso su mala fama, debido a su espíritu rebelde.

Pero con Rachel había sido distinto. No había sentido la necesidad de interponer ningún muro entre los dos. Ella nunca lo había menospreciado porque su padre fuera un hombre muy desagradable y su madrastra, Nadine, hubiese sido la prostituta de la ciudad. Ni siquiera lo había acusado porque ésta le hubiera hecho daño a su propia familia marchándose con el padre de ella.

Ella había sido comprensiva y había descubierto a la persona que se ocultaba detrás de la máscara indomable con que Lucas se presentaba. O eso había creído él. Porque si de veras creía que le había mentido y que había tenido algo que ver con la muerte de su hermano, entonces era obvio que no había llegado a conocerlo en absoluto.

-Estás muy serio. ¿Te pasa algo? -le preguntó Emily, la cual había entrado en la cocina sin que Lucas lo advirtiera.

-¿Te apetece un café? -replicó él-. Acabo de hacerlo.

-Sí, por favor.

-¿Qué tal el día? -se interesó Lucas, mientras le servía el café.

-Bien. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Estás disgustado por algo?

-Estaba dándole vueltas a unos cuantos malos recuerdos -Lucas se encogió de hombros-. ¿Has hablado con Caleb y Bobbie?

-Hablé con tía Bobbie. Dice que vendrán a verte esta tarde. Se puso contentísima al enterarse de que habías vuelto, y le ha extrañado que nadie más lo supiera en la ciudad.

-Supongo que pronto se correrá la voz. Espero que no te cause ninguna molestia.

-Como alguien diga algo malo sobre ti -aseguró Emily-, más vale que se vaya preparando para afrontar las consecuencias.

-No recordaba que fueras tan temperamental hace quince años -comentó Lucas, esbozando una sonrisa divertida.

-No lo era. Pero en el último año he aprendido a defenderme por mí sola. ¿Y sabes qué? Me siento de maravilla.

-Me alegro.

-Hasta me enfrenté a Sam Jennings hace unas cuantas semanas. Trató de acusarme de haber robado no sé cuánto dinero y luego empezó a decir cosas desagradables sobre toda nuestra familia; así que, cuando ya no pude seguir aguantándolo, le dije que...

-Un momento. ¿Sam Jennings te ha acusado de robar?

-Sí. Uno de sus empleados desvió varios miles de dólares a su propia cuenta y, como yo trabajo en el mismo banco, Sam dice que soy yo quien se ha quedado con su dinero. Quería que la policía me detuviera de inmediato, pero Wade insistió en realizar una investigación. Al final se descubrió la verdad, por supuesto. Pero parece que a Sam le habría gustado que yo hubiese sido la culpable. Realmente es irracional el odio que nos tiene.

-Hablaré con él antes de marcharme. Te aseguro que no volverá a causarte el menor problema después de decirle un par de cosas.

-No. Ya lo tengo yo controlado. Y Wade lo ha amenazado con denunciarlo por difamador, si sigue calumniándonos.

-¿Hace cuánto que conoces a Wade?

-Lo conocí en septiembre, justo antes de que Sam me acusara de haberlo robado.

-¿Septiembre de este año? -Lucas enarcó una ceja.

-Sí, hace tres meses.

-¿Y cuándo decidisteis casaron?

-Justo antes del día de Acción de Gracias.

-Bastante rápido, ¿no te parece?

-Sí -reconoció-. Pero no me cupo la menor duda, ¿sabes? Iba a vender la casa y a marcharme de Honoria. Después de que papá muriese, no quería ocuparme de nadie más y decidí que necesitaba viajar, ver el mundo, ser egoísta.

-Y vas a acabar casándote con un padre soltero.

-¿Verdad que es contradictorio? -Emily rió, consciente de que su

decisión tenía muy poco que ver con lo que había planeado.

-Sí, pero pareces muy contenta de tu elección.

-Y lo estoy. Me iba a marchar para realizarme, pero descubrí a tiempo que lo que quería estaba aquí mismo.

-Me alegra de que lo que tú quieres esté aquí -bromeó Lucas.

Emily le apretó la mano con afecto.

-Honoria no te trae muy buenos recuerdos, ¿verdad? Primero murió tu madre, y luego tu madrastra, mi madre, humilló a la familia marchándose con otro hombre. Papá nunca te apoyó demasiado. Y luego murió Roger Jennings... No me extraña que quisieras irte de la ciudad.

-No todos los recuerdos son malos. Tengo muy buenos recuerdos de ti.

-Muchas gracias -dijo Emily, sonriente-. Muy dulce por tu parte.

-Sí, bueno. Es que yo soy un chico muy dulce.

-¿Es posible que hayas hecho una broma?, ¿o son imaginaciones mías? -Emily rió. Sonó el timbre de la puerta-. Debe de ser Wade o Clay. O tía Bobbie y tío Caleb. Voy a abrir.

Lucas retiró las tazas de café mientras Emily se dirigía a la puerta. Sabía que le iba a tocar ser sociable durante unas horas; pero lo que realmente quería era pensar en lo que Rachel le había dicho esa mañana: «fuiste tú quien me rompió el corazón... Yo me creí todo lo que me dijiste porque estaba enamorada de ti».

¿Cuándo, entonces, había dejado de creer en él? ¿Y por qué?

Capítulo 4

Wade se quedó sorprendido cuando Lucas entró en su despacho el miércoles por la mañana.

-Hola, Lucas. ¿Cómo has conseguido convencer a la señora Mosler? Nunca deja pasar a nadie sin cita previa.

-No he necesitado cita -respondió, sin más, encogiéndose de hombros.

-Lo siento, jefe -dijo la secretaria, que acababa de aparecer por la puerta-. Estaba atendiendo una llamada y este hombre pasó sin detenerse a preguntar siquiera.

-Tranquila, señora Mosler. Éste es mi futuro cuñado, Lucas McBride. Probablemente quiera comentarme algún asunto de familia.

-¿Lucas McBride? -repitió la mujer, pálida. Lucas asintió con frialdad-. Está bien... ¿Le paso las llamadas, jefe?

-Sólo si es importante -respondió Wade-. Bueno, siéntate. ¿Quieres café? -le ofreció cuando la secretaria los hubo dejado a solas.

-No, gracias -Lucas tomó asiento en una de las tres sillas que rodeaban el antiguo escritorio de Packer. Había algún cambio que otro, pero, en general, todo tenía el mismo aspecto que antes.

-¿Quieres hablar de algo en concreto conmigo, o sólo querías recordar como era la comisaría? -preguntó Wade.

-Muy gracioso.

-Como mi secretaria no ha necesitado acompañarte para llegar a mi despacho...

-Es probable que conozca este sitio tan bien como tú. Tenía la impresión de que Packer me estaba aguardando detrás de cada rincón de la comisaría.

-Según tu ficha, sólo te detuvieron dos veces oficialmente. Parece que tenías la costumbre de meterte en peleas.

-Nunca eran por mi culpa.

-Te sorprendería las veces que he oído eso -afirmó Wade-. ¿Qué puedo hacer por ti, Lucas? -le preguntó sin rodeos.

-Cuéntame: ¿qué le pasó a Emily en octubre? --quiso saber Lucas-. He oído que la atacaron.

-¿Te ha hablado de eso? -jade enarcó una ceja.

-No. Pero me enteré. Quiero que me cuentes los detalles.

-Emily entró en casa y la golpearon en la cabeza por detrás. Se cayó y se dio contra una mesa. La encontré inconsciente un rato después.

-¿Llegó a estar grave?

-Fue una conmoción pequeña. La atendieron en el hospital y le dieron el alta la misma noche -Wade se mesó el pelo-. Se me paró el corazón cuando la vi tirada en el suelo. Cuando vi la sangre, yo...

Se detuvo para tragar saliva. De pronto, Lucas sintió un poco más de simpatía por Wade, el cual, era evidente, quería muchísimo a Emily. Y eso bastaba para ganar puntos en la estima de Lucas.

-Tengo entendido que hubo varios robos en esa época.

-Sí. Había unos cuantos adolescentes aburridos que decidieron divertirse iniciándose en el robo. El hijo de O'Brien, Kevin, era el jefecillo. Los atrapamos a todos y confesaron la mayoría de los robos. -¿La mayoría?

-Nunca llegaron a aceptar la responsabilidad del robo de la casa de Emily. Hablaron de todos los demás, pero juraron que no habían tenido nada que ver con el de Emily.

-¿Los creíste?

-Tenían motivos para negarlo, por supuesto. El de Emily fue el único robo con agresión. En el resto de las casas no había gente. Fue mala suerte que Emily se tropezara con ellos... aunque sigo teniendo ciertas dudas. En el resto de los robos, los chicos entraron en las casas, agarraron lo primero que vieron y se largaron. En casa de Emily, buscaron sus joyas, vaciaron los cajones... Quienquiera que fuera se tomó su tiempo para examinarla a fondo.

-¿Cómo si estuviera buscando algo en concreto?

-Sí, eso supongo.

-¿Llegaron a llevarse algo?

-Dinero. Un par de anillos, un collar de oro... y el brazalete de oro que Emily llevaba cuando entró.

-¿Alguien la atacó y luego le quitó el brazalete de su brazo? -preguntó Lucas, alarmado.

-Y la dejó tirada en el suelo, inconsciente -recordó Wade, indignado-. Si tuviera pruebas de quién le hizo eso, le habría roto los dientes, aunque me costase el puesto.

Lucas también le habría dado una buena paliza a aquel indeseable. Paro no debía perder el tono sereno con el que había manejado la conversación hasta ese momento.

-Me he fijado en que Emily va siempre con un brazalete de oro.

-Le compré ése después del robó. El que le robaron era realmente una antigüedad. Y tenía mucho valor sentimental. Había pertenecido a su madre.

Wade acababa de referirse al brazalete que Lucas había enterrado con los tesoros de las niñas... lo cual confirmaba que Emily lo había descubierto y desenterrado.

-Ahora que te he contado todo lo que sé sobre el robo, ¿por qué no me cuentas tú por qué estás tan interesado?

-Es mi hermana -se encogió de hombros-. ¿No te parece normal que me interese por ella?

-¿Crees que fueron a por Emily en concreto?

-Eso es lo que te estoy preguntando yo a ti.

-Te callas algo -Wade miró a Lucas a los ojos-. ¿Cómo te enteraste de lo del robo, si Emily no te lo contó? Anoche les dijiste a tus tíos que sólo la habías visto a ella desde que llegaste a la ciudad... Y sabías que tu padre había muerto. No parecías especialmente sorprendido por que Emily siguiera viviendo en la misma casa. ¿La has estado vigilando desde que te marchaste?

-Me he asegurado de que estaba bien. Si en algún momento me hubiese necesitado de verdad, habría vuelto para estar con ella.

-Pero nunca regresaste, ni de visita. Ni siquiera para el funeral de tu padre. ¿Qué te alarmó tanto de ese robo para que te hiciera volver?

-¿Cuándo has decidido que no he venido para reclamar una parte de las tierras de mi padre? -contraatacó Lucas.

-Cuando descubrí que podías comprar la mitad de Honoria si quisieras -respondió Wade, sin rodeos.

-¿Me has investigado? -Lucas frunció el ceño.

-Sí. Parece que no te ha ido nada mal, ¿eh?

-La típica intromisión de un policía - murmuró Lucas, disgustado.

-La típica intromisión de un prometido -corrigió Wade-. Tú no eres el único que quiere estar seguro de que Emily está bien.

Lucas no sabía si a Emily le gustaría que los dos fueran tan sobreprotectores con ella, pero supuso que, en esa ocasión, debía perdonar a Wade por su entrometimiento, pues lo había hecho por el bien de su prometida. Pero, ¿hasta qué punto podía confiar en ese hombre?

Sólo había una manera de averiguarlo.

-Necesito que me hagas un favor, Wade.

-¿Qué tipo de favor?

-Quiero ver todos los informes sobre la muerte de Roger Jennings. Todo lo que el jefe Packer encontrara.

Después de una larga pausa en silencio, Wade se sentó, miró a Lucas de frente y habló con tranquilidad:

-¿Qué relación puede haber entre la muerte de Roger Jennings y el robo en casa de Emily?

Al menos, su hermana no se iba a casar con un hombre estúpido,

pensó Lucas.

-Es probable que ninguna. Pero, aun así, me gustaría ver esos informes.

-Por lo que he leído, el jefe Packer nunca terminó de convencerse de que tú no hubieras tenido nada que ver con la muerte de Roger. De no haber sido por tu coartada, te habría acusado de asesinarlo -dijo Wade-. Había un par de incoherencias en la declaración de la chica que afirmó haber pasado toda la noche contigo; pero Packer nunca logró que se desdijera.

-Nunca le pedí que me defendiese - murmuró Lucas.

-¿Eres consciente de que el delito de asesinato no prescribe?

-Yo no maté a Roger Jennings.

-Eso es lo que dice tu hermana. Nunca ha dudado de tu inocencia - dijo Wade-. Le he recordado que ella sólo era una niña cuando te marchaste, y que quizá no te conocía tan bien como ella creía; pero casi me arranca la cabeza. Eras su héroe hace quince años... y, me guste o no, tengo la sensación de que sigues siéndolo.

Lucas sintió una tremenda satisfacción. Aunque él sabía que no era un héroe, era agradable que alguien lo considerara como tal.

-Bueno, McBride -prosiguió Wade-, ¿me vas a decir qué esperas encontrar en esos informes?

¿-Me vas a dejar que los vea? -replicó Lucas.

Entonces, sonó el reloj de cuco y Wade se levantó.

-He quedado con Emily para comer en Cora llegaré tarde si no salgo ya. ¿Por qué no vienes con nosotros?

-Todavía no me has contestado -dijo Lucas mientras se ponía en pie.

-Me lo pensaré. ¿Vienes a comer?

-No creo que Emily disfrutara de la comida mucho si os acompaño. Todo el mundo me estaría mirando y susurrando.

-Si crees que a Emily le va a importar eso, es que no la conoces tan bien como pensaba. ¿Te vas a esconder de las murmuraciones todo el tiempo?

-Yo no me oculto de nadie -respondió Lucas, desafiante.

-Vaya, me recuerdas a Emily cuando se pone temperamental -bromeó Wade-. Vamos, Lucas, ven a comer con nosotros. Seguro que tu hermana se alegrará. Ya le echaremos un vistazo a esos informes luego.

Lucas no supo cómo declinar su invitación.

-Después de ti -dijo por fin, con caballerosidad e ironía.

El Café de Cora estaba a unas pocas manzanas de la comisaría de policía y, como hacía un día muy agradable, decidieron ir a pie.

Lucas se cerró la cazadora de cuero y metió las manos en los bolsillos. Prefirió no fijarse en si alguien lo miraba o no, aunque prefería que nadie lo reconociese.

Era un café pequeño, y dos tercios del local estaban ocupados. Emily estaba esperando justo en la puerta. La cara se le iluminó al verlos.

-¡Lucas!, ¡qué sorpresa! -saludó Emily-. Me alegro de veros.

-Menos mal que has añadido eso - Wade sonrió-. Empezaba a sentirme muy poca cosa.

-¿Con el ego que tienes? Imposible - bromeó Emily.

Lucas advirtió que varios clientes se habían girado hacia ellos, sonriendo al ver a Emily y Wade, frunciendo el ceño al reparar en él.

-¿Os queréis sentar ya? -preguntó una camarera, sonriendo a Emily.

Lucas reconoció a la mujer. Se trataba de Mindy Hooper. Había ido un par de cursos por delante en el instituto. No había cambiado mucho, aunque había añadido unos quince kilos a su constitución, sobre todo, por debajo de la cintura.

-Hola, jefe Mindy saludó a Wade. Luego se giró-. ¿,Lucas McBride?

-Hola, Mindy. Cuánto tiempo...

-Y tanto. ¿Dónde te has metido, chaval?

-En California.

-Me alegro de verte -afirmó Mindy-. Nunca me he creído nada de todos esos cotilleos. Sólo recuerdo que tú fuiste agradable conmigo cuando otros chicos se burlaban de mí porque yo no tenía mucho dinero.

Lucas no supo bien qué decir. Las palabras de Mindy lo habían conmovido y a él nunca se le había dado bien expresar ese tipo de emociones.

-Eh... gracias -contestó por fin.

-Seguidme -dijo Mindy, dirigiéndose hacia una de las mesas.

Y justo cuando empezaba a pensar que no había sido mala idea lo de comer juntos, la situación dio un giro radical.

Porque, después de sentarse, al levantar la vista del menú, se encontró con Rachel Jennings, de pie a escasos metros de él, mirándolo consternada.

No era que la hubiera entusiasmado la idea de comer con su tío, pero no había sabido negarse cuando éste la había invitado. Además, no veía por qué había de evitarlo. Después de que internaran a su abuela en la residencia, Rachel no volvería a

Honoria y no tendría ocasión de verlo con facilidad.

Y habían quedado en el Café de Cora. Estaba profusamente decorado para las navidades, con luces de colores, tiras, bolitas de cristal y árboles adornados. Al entrar, Rachel deseó poder sentir un poco de todo ese espíritu navideño.

Sam no había llegado aún. Una camarera le ofreció acompañarla a una mesa para dos, para que esperara cómodamente, y Rachel aceptó.

A mitad de camino había divisado a Lucas, sentado junto a otro hombre y a una mujer rubia muy bonita. Estuvo a punto de desmayarse.

Lucas la miró justo cuando Rachel lo observaba a él. Era evidente que los dos estaban intentando enmascarar sus sentimientos. Rachel tendría que pasar justo por delante de ellos para llegar a su mesa.

La mujer que había junto a Lucas pareció notar la repentina tensión. Giró la cabeza y se fijó en la cara de Rachel.

Ésta, tras unos segundos de vacilación, reconoció a Emily.

-Por aquí, señorita -dijo la camarera, al notar que Rachel se había quedado parada.

Rachel suspiró. Le hizo un gesto a la camarera, para indicarle que en seguida iría a su mesa; pero antes se detuvo en la de Lucas.

-Hola -lo saludó

Los dos hombres hicieron ademán de incorporarse, pero Rachel les dijo que no hacía falta que se levantasen.

-Hola, Rachel -dijo Lucas-. ¿Te acuerdas de mi hermana, Emily?

-Nunca nos presentaron formalmente, pero sí te recuerdo -dijo Rachel, dirigiéndose a ella-. ¿Cómo estás, Emily?

-Bien, gracias. Éste es mi prometido, Wade Davenport. Wade, Rachel Jennings. Es la nieta de Jenny Holder -dijo Emily, haciendo las presentaciones.

-He hablado con la señora Holder en varias ocasiones -comentó Wade.

-Es usted el jefe de policía, tengo entendido -Rachel extendió la mano hacia Wade-. Encantada de conocerlo.

-Igualmente, señorita Jennings. ¿Cómo está su abuela? Creo que ha estado enferma.

-Sí, cada vez está peor. No va a poder seguir viviendo sola mucho tiempo. He venido a organizar su ingreso en el asilo de Carrollton.

-La echarán de menos en Honoria. Sé que tiene muchos amigos en la ciudad --comentó Wade.

-Lleva muchos años viviendo aquí.

Entonces, tras una breve e incómoda pausa, habló Emily:

-¿Quieres comer con nosotros, Rachel?

-Gracias, pero he quedado con mi tío.

La sonrisa de Emily se apagó, al igual que la mirada de Lucas. Hasta la expresión de Wade Davenport pareció ensombrecerse de repente. A Rachel no le cupo duda alguna de que Sam Jennings no era exactamente un gran amigo del grupo.

-He oído que os vais a casar pronto - prosiguió Rachel-. ¡Enhorabuena a los dos!

-Gracias -Emily pareció agradecer el cambio de conversación que Rachel había ofrecido-. Nos casaremos en la víspera de Año Nuevo.

-¿Has venido para la boda de tu hermana? -le preguntó Rachel a Lucas.

-Sólo estaré hasta el día de Navidad - respondió Lucas tras un nuevo silencio-. No quiero que el regreso de la oveja negra de la familia estropee su boda.

Emily frunció el ceño, disgustada con la decisión de Lucas.

Rachel se preguntó por qué no aguantaría hasta la boda. Si de algo estaba segura, era de lo mucho que Lucas quería a su hermana. La había adorado antes e intuía que seguía adorándola..

-¿Qué demonios...?

El grito atronó en el pequeño café y muchas personas se giraron sobresaltadas. También Rachel: su tío estaba allí, mirándolos furiosamente, con la cara roja de ira.

-¡Apártate de esa mesa, Rachel! -le ordenó Sam-. ¿Tan joven eres que no recuerdas al hombre que mató a tu hermano?

-¿Has olvidado lo que te dije que haría si seguías calumniando a mi hermano? -intervino Emily-. Si no quieres que te ponga una denuncia, más vale que te calles.

Wade y Lucas miraron a Emily con tanto cariño, que Rachel casi sintió envidia de ella.

-Vámonos de aquí, Rachel -insistió Sam-. Será mejor que comamos en algún sitio que esté menos contaminado.

Rachel se resistió. Su tío la estaba haciendo sentirse mal con su grosero comportamiento.

-Ya tenemos una mesa aquí, Sam -dijo ella, señalando hacia la mesa que la camarera les había reservado-. No hace falta que vayamos a ningún otro sitio.

-No pienso quedarme. Estar en el mismo restaurante con un asesino me quita el apetito.

-Ya basta -Emily fue a levantarse, pero Wade la detuvo, sujetándola por el brazo.

-Quizá sí sea buena idea que salga de aquí, señor Jennings. Está a punto de que lo detenga por alteración del orden público.

—Claro que sí, amenáceme a mí y deje que McBride se salga con la suya -espetó Sam-. Tenemos un jefe de policía estupendo en Honoria, vecinos... Vámonos, Rachel -añadió, tratándola como si fuera una niña.

Pero ella no tenía la menor intención de someterse a las órdenes de Sam.

-Vete tú -dijo con frialdad-. He decidido que tengo que hacer otras cosas esta tarde.

Sam murmuró algo desagradable y salió del café. Muchos de los clientes estaban mirando a Rachel con descaro, esperando su reacción. La expresión de Lucas era totalmente indescifrable para ella.

-Lo siento -se disculpó Rachel, tras suspirar-. Mi tío se ha pasado de la raya. No debería haberse comportado así. Espero no haberos estropeado la comida.

-Todavía puedes unirte a nosotros, Rachel -dijo Emily, después de mirar con desprecio la marcha de Sam.

-Gracias, pero ya no tengo hambre... Iré a ver a mi abuela.

Volvió a mirar a Lucas, el cual seguía impávido. Sin embargo, en el fondo, Rachel intuyó que no estaba tan calmado como aparentaba. Las palabras de su tío tenían que haberlo enojado e incomodado... por mucho que Lucas fuera un maestro escondiendo sus emociones.

-Lo siento -repitió, mirándolo sólo a él en esta ocasión. Luego, se dio media vuelta y se marchó con tanta dignidad como pudo.

-En definitiva -dijo Wade, más adelante, aquella misma tarde-, no había suficientes pruebas para detenerte.

-Eso es porque no maté a Roger Jennings -Lucas dejó caer sobre la mesa de Wade una carpeta con los informes del caso-. Que yo sepa, Roger se cayó por el precipicio sin ayuda de nadie.

Wade se sentó en su silla y entrelazó los dedos de las manos:

-Estaba en tierras de los McBride. Y no era ningún secreto que tú y él os llevabais mal. Mucha gente oyó cómo os insultabais.

-Nunca tratamos de disimular nuestro mutuo desagrado. Era un idiota... y se creyó toda la basura que su familia le contó sobre los McBride.

-Debió de sentarle fatal que su hermana estuviera enamorada de ti.

Durante varios segundos, no se oyó ningún ruido en el despacho de Wade, salvo el reloj de cuco de la pared.

-Eso no lo has leído en los informes de Packer -dijo Lucas, por fin.

-No.

-¿Te lo dijo Emily?

-No, no creo que lo sepa.

-Entonces, ¿qué demonios te hace pensar que estaba enamorada de mi?

-Sólo fue la impresión que me dio al veros juntos en el café.

¡Vaya! ¿Qué hacía un policía tan bueno en una ciudad tan insignificante como Honoria?

-Estoy seguro de que Roger se opuso a vuestra relación -prosiguió Wade-. Imagino que habría hecho cualquier cosa para que os separarais.

-¿Buscas un móvil? Porque si estás intentando cerrar el viejo caso de Packer, echándome la culpa...

-Ya te he dicho que no tengo ningún motivo para creer que tú mataras a Roger Jennings. Sólo intento comprender qué pasó aquí hace quince años.

-Yo no lo empujé. Ni siquiera lo vi caerse. Que yo sepa, fue un accidente. Estaría oscuro, daría un mal paso... quizá había bebido.

-La autopsia descartó esa posibilidad.

-Pero era de noche. Aquella noche no hubo luna. Roger estaba hecho una furia. Puede que se descuidara y se cayera al vacío.

Era la única explicación que se le ocurría a Lucas acerca de lo que podía haber sucedido quince años atrás. Nada de cuanto había leído en los informes de Packer hacía pensar que pudiera haber otra persona involucrada. Claro que Packer no había buscado otros sospechosos.

-Así que estaba hecho una furia. ¿Por algo que le dijiste? -preguntó Wade, sin obtener respuesta alguna-. ¿Te prohibió Roger que volvieras a verte con Rachel?

-Él no tenía ningún derecho a prohibirnos nada ni a Rachel ni a mí —contestó Lucas.

-Cosa que le dirías, ¿no es cierto?

-Sí.

-¿Y Rachel?, ¿le dijo Rachel lo mismo?

-Supongo.

-Es probable que Roger se considerara el cabeza de familia. Su padre los había abandonado años atrás, su madre solía estar deprimida y su hermana era varios años menor que él. Cuando

descubrió que su hermana se estaba viendo con un hombre al que él odiaba, intentaría impedir que esa relación prosperara. Y estoy seguro de que tú no te resignaste a perderla, así por las buenas.

-Yo no lo empujé -insistió Lucas-. Y dijera lo que dijera, no habría evitado que siguiera viendo a Rachel.

-¿Cómo reaccionó Rachel a la intromisión de su hermano?, ¿estaba tan convencida como tú de que Roger no os separaría? Puede que Rachel pensara que su hermano era el único obstáculo entre vosotros...

Lucas se levantó tan bruscamente que estuvo a punto de tirar su silla al suelo.

-¿Estás sugiriendo que fue Rachel la que...?

-Yo no sugiero nada -lo atajó Wade-. Sólo estoy haciendo un par de preguntas que Packer no hizo.

-Packer no sabía que Rachel y yo nos veíamos. No lo sabía nadie. Y si piensas que Rachel tuvo algo que ver con la muerte de Roger, no eres ni la mitad de buen policía de lo que empezaba a pensar.

-Has sido tú el que quería reabrir el caso -apuntó Wade-. Yo sólo te estoy preguntando lo que habría preguntado si hubiese estado al cargo entonces.

-Alégrate de no haberlo estado. Porque si hubieras intentado culpar a Rachel de esto...

-¿Qué habrías hecho, Lucas?, ¿Me habrías tirado por el precipicio para protegerla?

Lucas golpeó la mesa de Wade con furia y miró a su futuro cuñado a los ojos:

-Yo no maté a Roger Jennjngs. Y tampoco lo mató Rachel.

-Entonces, ¿quién lo mató?

-No lo sé.

-¿Fue sólo un accidente?

-No sé -respondió, ya más calmado.

-Has vuelto a Honoria porque te habías enterado de que habían robado en casa de Emily... y piensas que tiene alguna relación con la muerte de Roger -afirmó Wade.

-No sé de qué estás hablando.

-Me preguntaste muy concretamente qué fue lo que le robaron. Y pareciste muy interesado en el brazalete que Emily llevaba. ¿Por qué?

-Tengo que irme -dijo Lucas tras mirar el reloj-. Gracias por dejarme mirar esos informes.

Wade se levantó despacio y su habitual expresión afable se

endureció como el acero:

-Si Emily corre algún peligre, tengo tanto derecho como tú a protegerla. Quiero saber qué está ocurriendo, Lucas.

-Si pensara que hay algo que debieras saber, te lo diría. De momento, sólo creo que Roger se tropezó y se mató, y que Emily ha sido víctima de un robo organizado por una pandilla de adolescentes aburridos.

-¡Maldita sea, Lucas!

-Lamento interrumpirlo -se oyó por el interfono de Wade-; Martha Godwin está por la línea dos e insiste en hablar con usted. Dice que el cartero le subió la falda mientras estaba regando el jardín y quiere que lo detengas.

Lucas pensó en la Martha Godwin que él había conocido quince años atrás. Ahora debía de rondar los setenta años.

-Está claro que tienes un grave problema que resolver -comentó Lucas, con ironía-. Será mejor que me marche para que puedas solucionarlo cuanto antes. Y ten cuidado ahí afuera. Es una verdadera jungla - añadió.

Luego se dirigió a la salida y cerró la puerta del despacho de Wade.

Rachel tembló al salir al patio por la puerta de la cocina de su abuela. No hacía un frío intenso, pero las nubes grises que poblaban el cielo contribuían a crear un ambiente desapacible. No tardaría en llover... como la noche en que Lucas se había marchado de Honoria.

-¿Quieres tu cena? -le preguntó a su perro.

-No, gracias, ya he cenado -respondió de pronto Lucas.

Rachel se sobresaltó y tiró el plato con la comida del perro.

-¿Intentas que me dé un infarto antes del día de Navidad -le preguntó a Lucas, enojada-. ¿Es que no puedes avisar por teléfono que vas a venir, como todas las personas?

-Nunca he sido como todas las personas.

Rachel no pudo evitar sonreír ante aquella respuesta.

-¿Qué haces aquí?

-Creo que tu abuela no ha escogido al perro más protector del mundo -comentó Lucas, mirando al animal.

-Bueno, lo que pasa es que se olvidó de decirle que ladre a las personas desconocidas, en vez de a los gatos y a los pájaros -bromeó Rachel. Luego, se aclaró la garganta e insistió-. ¿A qué has venido, Lucas? Después del número que montó mi tío en el café, pensé que no querrías volver a saber nada de los Jennings.

-Siempre me costó mucho separarme de un miembro concreto de la familia -replicó.

Rachel no supo qué contestar. No le gustaba cómo le trepidaba el corazón, ni cómo sus mejillas se habían sonrojado como si fuese una adolescente-. ¿Está tu abuela en la cama?

-Sí, se ha acostado pronto.

-¿Me acompañas a dar una vuelta?

-¿Quieres que demos una vuelta? -Rachel no estaba segura de haber oído bien-. ¿Ahora?

-Sí.

-¿Adónde?

-Da igual. A algún sitio donde podamos hablar.

-No sé...

-¿Necesita tu abuela que estés aquí?

-No. Ya te digo que está durmiendo; pero...

-Dijiste que no me tenías miedo -le recordó Lucas.

-¿De qué quieres que hablemos?

-Mira -Lucas suspiró exasperado y dio un paso hacia atrás-, si no quieres venir, basta con que lo digas.

Había sonado tan parecido al joven impaciente y temperamental de la adolescencia que el corazón le dolió.

-Lucas -lo llamó, antes de que éste se marchara.

-¿Qué?

-¿Esperas a que vaya por mi bolso?

-Sí -y se detuvo.

-En seguida vuelvo –dijo Rachel.

-No hay prisa -replicó éste.

Tardó menos de diez minutos. Un rato más y quizá se hubiera arrepentido de seguir aquel impulso.

Quince años atrás, Lucas había conducido una vieja camioneta. Ahora llevaba un vehículo con un salpicadero de ciencia ficción y un equipo estéreo mejor que la cadena de música que ella tenía en su casa de Atlanta.

-Buen coche -comentó Rachel mientras tomaba asiento.

-Lo alquilé en el aeropuerto de Atlanta. Se parece mucho al que tengo en California -respondió mientras arrancaba.

-¿A qué te dedicas? -preguntó Rachel después de abrocharse el cinturón de seguridad, por iniciar una conversación.

-Juego con los ordenadores.

-¿Y vives en California?

-Casi todo el tiempo.

Para alguien que quería hablar, no parecía muy comunicativo.

-¿Tú... estás casado?

-No, ¿y tú?

-Tampoco.

Lucas pasó los límites de Honoria y siguió adelante. Rachel apoyó la cabeza sobre el respaldo y se relajó.

Todavía no se creía lo que estaba haciendo. Hacía unos días, al llegar a Honoria, ni siquiera había esperado encontrarse con él. De hecho, había hecho averiguaciones para asegurarse de que Lucas no había regresado.

Si alguien le hubiera dicho que no sólo iba a encontrárselo, sino que acabaría montándose en su coche a la luz de la luna, como cuando eran adolescentes, se habría reído en su cara. Durante todos esos años se había repetido que no quería volver a ver a Lucas jamás; que no lo perdonaría por el daño que le había hecho. Y, sin embargo, allí estaba, a su lado, sólo porque él se lo había pedido.

¿Qué tenía ese hombre para que la hechizara de esa manera?, ¿por qué no se olvidaba de él de una vez por todas?

-¿Has agotado ya las preguntas superficiales? -murmuró Lucas, después de varios kilómetros en silencio-. Siempre podemos hablar del tiempo.

-¿Para eso querías que viniera? -le preguntó Rachel-. ¿Para ser despectivo conmigo? -¿Soy despectivo?

-Sí.

-Lo siento.

-No, no lo sientes.

Lucas la miró y la luz de las. farolas alumbró su rostro.

-No pensé que fueras a venir conmigo.

-Entonces, ¿por qué me lo pediste?

-Porque quería que lo hicieras -respondió tras una pausa.

-Probablemente no debería haber venido -desvió la mirada hacia la ventanilla-. Con lo que me he esforzado por olvidar el pasado...

-Yo no he olvidado nada de nuestro pasado..

-El prometido de Emily parece agradable -comentó Rachel, para evitar el cariz personal de la conversación... aunque fuera a costa de sacar otro tema superficial-. Háblame de él.

-Es un poli. Viudo. Tiene un niño... se llama Clay. Los dos están locos por Emily.

-¿Y por qué no te quedas a su boda? - prosiguió Rachel-. ¿Tienes que volver al trabajo?

-No. Simplemente, creo que, será mejor para Emily si yo no estoy allí.

-Pues no me pareció que Emily estuviera de acuerdo.

-Emily está pensando con el corazón, en vez de con la cabeza. Lo comprenderá más adelante.

-¿No quieres asistir a su boda?

-Se casará, asista o no a la boda -contestó, apretando con fuerza el volante.

-No has contestado a mi pregunta. ¿No te gustaría estar presente?

-Si pensara que puedo acudir sin provocar un escándalo, probablemente iría -respondió.

Rachel se sintió satisfecha por haber logrado arrancar, por fin, una respuesta sincera.

Casi se derritió cuando en la radio empezó a sonar la canción de Neil Diamond que tantas veces habían oído juntos en la cabaña. Todavía se le secaba la garganta al oírla.

Deseó que Lucas sintonizara una emisora que evocara menos el pasado; cualquier cosa menos Neil Diamond.

-¿Te apetece un café? -preguntó Lucas, al llegar a un-restaurante nocturno.

-Sí.

En realidad no le apetecía, pero podía ser que estando en un sitio iluminado, rodeada de otras personas, se rompiera el hechizo de la perturbadora intimidad que flotaba en el coche, a solas con él, escuchando baladas de amor... Al menos, eso esperaba.

Lucas, sentado frente a Rachel, se preguntó qué estaría haciendo ella allí, con él. Había pedido un pastel de manzana y jugueteaba con los cubiertos nerviosa, esquivando su mirada. Parecía como si prefiriese estar en cualquier lugar antes que allí.

Entonces, ¿por qué había ido?

Claro que tampoco él estaba seguro de por qué le había pedido que lo acompañara.

-¿Te gusta tu trabajo de contable? -le preguntó, para romper el silencio-. Supongo que al final del año estarás siempre muy liada.

-Está bien -contestó Rachel con aire ausente-. Y sí, al final del año... ¿Cómo sabías que soy contable? -le preguntó extrañada de repente.

-Tú... lo habrás mencionado en algún momento.

-No.

-Pues se lo habré oído a otra persona.

Lo miró con recelo. Lucas no tenía la menor intención de confesar que había estado siguiéndole la pista, al igual que a su hermana durante esos largos quince años. Rachel se habría sorprendido si hubiera sabido de lo que uno era capaz de enterarse mediante Internet.

-¿Queréis algo más? -les preguntó entonces la camarera,

llegando en auxilio de Lucas.

-La cuenta -respondió ésta.

La camarera dejó una nota con el precio en la mesa y se despidió deseándoles felices fiestas.

-Emily debe de estar contentísima por que vayas a pasar el día de Navidad con ella -comentó Rachel, tras acercarse la taza de café-. Aunque no te quedes a su boda.

-Sí, supongo que sí -respondió Lucas.

-¿Has visto a alguien más de la familia desde que has llegado a la ciudad?

-Bobbie y Caleb nos hicieron una pequeña visita el lunes por la tarde. Los primos llegarán mañana.

-Supongo que irán todos a la boda.

Lucas no entendía por qué no paraba de hablar de la boda de Emily. Parecía recriminarle que fuera a perdérsela; pero tenía que comprender que era lo mejor para todos.

Había dicho que se había esforzado por olvidar el pasado; pero no creía que hubiesen desaparecido todas las murmuraciones de los vecinos sobre él.

Desde bien pequeño, Lucas había dado muchos motivos para el cotilleo, y aquellos encuentros clandestinos con Rachel los habrían dejado boquiabiertos, motivo por el cual debía de seguir manteniéndolos en secreto.

-¿Tienes ganas de ver a tus primos de nuevo?

-No muchas -reconoció Lucas-. La verdad es que para mí son unos desconocidos. Todos son más pequeños que yo... y ni siquiera los conocía casi antes de que me fuera.

-Los pocos primos que yo tengo están desperdigados por el país. Apenas los veo -comentó Rachel, melancólica.

-Al menos no tienes que pasarte el día de Navidad obligándote a darles conversación -replicó Lucas.

-¿Has terminado de comprar los regalos de Navidad? -preguntó Rachel, sonriente, obligándose a no ponerse triste.

-Yo... -frunció el ceño.

-¿No has empezado?

-No se me dan muy bien esas cosas -se defendió.

-Seguro que te gustaría comprar algo para Emily. Y también querrás regalarle algo especial para la boda.

-Ah... un regalo de bodas -dijo, desconcertado. ¿Se referiría a una tostadora? Emily ya tenía tostadora.

-Y querrás tener un detalle con el hijo de Wade; está a punto de ser tu sobrino. Y puede que algo para tu tío y tu tía de pronto,

Rachel se calló y se puso roja-. Perdona. No es asunto mío a quién le compres regalos o no. Soy poco experta en pasar navidades en familia. Suelo cenar con mi madre en Nochebuena y paso el día de Navidad viendo la tele y comiendo hasta hartarme. ¿Tú cómo pasas las navidades?

-Normalmente trabajando -Lucas se encogió de. hombros-. Es casi el único día en el que sé seguro que no me van a interrumpir.

-No sé qué plan es más patético; si el tuyo o el mío -murmuró Rachel.

-Vámonos -dijo Lucas, poniéndose en pie de repente.

-Bueno, al fin y al cabo ya había terminado -dijo Rachel, sorprendida por aquel arranque.

Lucas no se molestó en responder y la sacó del restaurante para respirar el frío y húmedo aire de la noche.

Capítulo 5

Empezó a llover justo en cuanto Lucas salió del aparcamiento del restaurante, y el sonido de las gotas hizo que Rachel rememorara aquella tarde del sábado en la cabaña en la que se había sentido tan feliz quince años atrás.

Miró de reojo a Lucas y se preguntó si también éste se acordaría de aquel día. Parecía un hombre muy diferente al joven temerario, apasionado y temperamental de entonces. Ahora era más serio y tranquilo. Tan enigmático, que su expresión resultaba inescrutable.

Pero, de alguna manera, Rachel tenía la sensación de que seguía conociéndolo muy bien.

Frunció el ceño al ver que Lucas se desviaba de la carretera principal y entraba en un sendero que conducía a las tierras de los McBride. ¿Por qué iba en dirección a la cabaña?

Si se pensaba que iba a permitirle que la llevara a ese antiguo escondite, estaba muy equivocado. Porque le iba a dejar bien claro que aquello no volvería a suceder jamás... aunque no estaba segura de encontrar la suficiente fuerza de voluntad para negarse, emocionada con el recuerdo de aquellos encuentros tan mágicos.

Lucas detuvo el coche ante la puerta que impedía el paso hasta el final del sendero.

-No sabía que estuviese esta puerta aquí -dijo.

-Yo ya la he saltado dos veces -confesó Rachel.

-La pondría mi padre. Nunca le gustó que la gente entrara en su territorio.

-Por alguna razón, hubo un montón de curiosos que fueron en manada hacia el precipicio, después de que tú te fueras. Te sorprendería saber cuánta gente quiso ver desde dónde se había matado mi hermano -murmuró Rachel, resentida.

-¿Es que la gente no tiene mejores cosas que hacer con su tiempo? -preguntó Lucas, -retóricamente.

-No parece -se lamentó ella.

-Quiero preguntarte un par de cosas, Rachel. No sé muy bien cómo empezar.

-Pregunta simplemente -lo animó Rachel.

-¿Hablaste mucho con Roger en los días previos a su muerte?

-Roger y yo nunca nos hablamos demasiado -comenzó a responder, tras pensárselo dos veces-. Ya sabes que no estábamos muy unidos.

-¿Te dijo algo sobre la desaparición de tu padre?

-De ese tema no se habló nunca en casa -respondió Rachel, intrigada por descubrir adónde quería llegar Lucas-. Mi madre se

ponía histérica cada vez que oía el nombre de mi padre, así que tanto Roger como yo nos acostumbramos a no hablar de él.

-¿Y nunca te dijo nada de un brazalete de oro?

-No, ¿por qué? -el desconcierto de Rachel iba en aumento.

-¿Te dijo Roger algo sobre tu relación conmigo? -prosiguió Lucas, haciendo caso omiso de la pregunta de Rachel.

-Roger no sabía que me veía contigo. Me aseguré de que nunca lo descubriera. Se habría puesto muy furioso de haberse enterado. Él te odiaba.

-Lo dejó muy claro cuando me amenazó con matarme si volvía a verte.

-¿Roger descubrió lo nuestro? -preguntó Rachel, estupefacta.

-Sí.

-¿Cuándo?

-Me vino a ver al día siguiente de que tú y yo nos viéramos por última vez. Me dijo que me alejara de ti.

-A mí no me dijo nada. Lo noté más raro que de costumbre, pero... ¿por qué no me diría nada?

-Probablemente pensaría que insistirías en verme aún más si él trataba de prohibírtelo. Así que vino a mí, con la esperanza de amedrentarme.

-Se nota que no te conocía mucho.

-No me conocía nada. Sólo sabía que yo era un McBride. Y con eso le bastaba.

-Yo... siempre me he preguntado qué hacía aquí Roger aquella noche. ¿Crees que me estaba espiando?

-Hubo quien dijo que lo cité aquí para poder empujarlo al precipicio.

-Ya sé lo que dijo la gente.

-¿Nunca los creíste? -Lucas apretó el volante.

-Si hubiera habido la menor prueba en contra, Packer la habría encontrado. Además, ni siquiera estabas aquí aquella noche.

Lucas no pareció demasiado satisfecho con la respuesta de Rachel.

-¿Nunca le hablaste a tu madre de lo nuestro?

-Jamás -aseguró Rachel, que había guardado su relación con Lucas en absoluto secreto.

De hecho, la clandestinidad de sus citas hacía que la relación fuera más intensa, mágica y romántica.

Solía sentarse en clase, aburrida de las charlas de los profesores, soñando con el día en que Lucas y ella sorprenderían a todo el mundo al anunciar su amor. O tal vez se irían a vivir juntos,

fantaseaba, y volverían a Honoria convertidos en el señor y la señora McBride, y todas las niñas de la ciudad tendrían envidia de la callada y tímida Rachel Jennings, que habría atrapado al chico más excitante y peligroso de la ciudad.

¿De veras había sido tan tonta e ingenua?

En cualquier caso, había madurado de golpe el día en que se había enterado de la muerte de su hermano... y de que el único motivo por el que no se había acusado a Lucas de ser el asesino era porque éste había pasado aquella fatídica noche en la cama de Lizzie Carpenter.

Luego, se había marchado de la ciudad, sin decirle una sola palabra. La había abandonado en el peor momento, dejándola con una madre devastada por el dolor y con un secreto que ya era más trágico que romántico.

Podía perdonarlo por casi todo lo que le había hecho, quizá hasta por lo de Lizzie; pero todavía no podía recordar la forma en que Lucas había desaparecido sin experimentar una sensación de traición.

Y aunque, después de tanto tiempo, se suponía que ya debería haberlo superado, no tenía nada claro que así fuera en realidad. Porque, si Lucas ya le daba igual, ¿qué hacía sentada junto a él?

-Se está haciendo tarde -comentó éste entonces-. Te llevo a casa.

A casa... ¿Dónde estaría su casa?, se preguntó Rachel. Sin duda, su hogar no era el mismo que el de su abuela, aunque hubiese vivido allí desde que su padre la abandonara, a los nueve años, y hasta marcharse a la universidad, con dieciocho. Y el piso en el que habitaba en Atlanta nunca había llegado a ser, tampoco, un verdadero hogar para ella.

-¿Cómo te va la vida por Atlanta? -le preguntó Lucas, al hilo de los pensamientos de Rachel.

-Tranquila -respondió-. Apacible: tengo un buen trabajo, un piso agradable y unos cuantos amigos.

-¿Eso es todo lo que quieres?

Algo en el tono de aquella pregunta la puso a la defensiva. Puede que su vida, a los treinta y tres años, no fuera tan excitante; pero tampoco estaba tan mal.

-De momento no busco nada más - contestó Rachel.

Seguía lloviendo cuando Lucas aparcó junto a la casa de la abuela de Rachel.

-Espera un momento -dijo Lucas, mientras sacaba un paraguas del asiento trasero-. Ahora te abro la puerta.

-Puedo ir corriendo -protestó Rachel-. No hace falta que salgas.

-Quédate -insistió él.

No le gustaba que la tratasen como a una mascota amaestrada, pero no se movió hasta que Lucas le abrió la puerta y le ofreció el refugio de su paraguas.

La rodeó por los hombros con el brazo izquierdo y sujetó el paraguas con el derecho.

Rachel. se estremeció y trató de convencerse de que Lucas sólo la había atraído hacia él para que no se mojase.

Todavía no sabía por qué la había invitado a salir esa noche; pero no había habido nada seductor en el comportamiento de Lucas, el cual la había tratado como a una vieja amiga a la que se había encontrado por casualidad.

Lucas bajó el paraguas cuando llegaron al porche de la abuela y Rachel buscó las llaves en el bolso.

-Gracias por el café -se despidió Rachel.

-Mañana es Nochebuena --dijo a modo de respuesta.

-¿Y?

-Si voy a comprar regalos, supongo que tendré que hacerlo por la mañana.

-Probablemente.

-Y me vendría bien algo de ayuda. ¿Por qué no me acompañas?

-Esto... -la había pillado desprevenida-. ¿De verdad crees que es buena idea que la gente nos vea juntos comprando regalos de Navidad? ¿Puedes imaginarte los cotilleos de todo el mundo? Claro que tampoco hay tanta gente que se haya enterado de que hemos vuelto...

-¿Después del numerito de hoy en el café? No te engañes. Ahora mismo toda Honoria sabe que estamos aquí. Y que hablaste conmigo y con mi hermana antes de que tu tío apareciera.

-Supongo que sí --concedió Rachel-. Seguro que la noticia se habrá extendido esta tarde.

-En cualquier caso -prosiguió Lucas-, había pensado en que nos acercásemos a otra ciudad. Así será más difícil que nos crucemos con alguien conocido.

-Podríamos ir cada uno en su coche - sugirió Rachel-. Y encontrarnos en el centro comercial de Logan -añadió, en referencia a unos grandes almacenes de la ciudad vecina.

-Perfecto. ¿A las diez en la entrada principal?

-Sí -asintió Rachel-. Hasta mañana, entonces.

También ella tenía que hacer algunas compras, se justificó. Aunque nada que no hubiese podido solucionar hasta después del día de Navidad.

Entonces, cuando ya estaba abriendo la puerta de casa, Lucas la obligó a que lo mirara:

-Hay algo que he querido hacer desde que te vi en la cabaña el lunes -murmuró.

Y antes de que ella pudiera preguntarle a qué se refería, Lucas cubrió su boca con un beso feroz que aflojó las rodillas de Rachel.

El pasado se evaporó con la fogosidad del presente. Rachel ya no era una chica tímida e inexperta, ni Lucas era un joven ansioso e impulsivo. Los años los habían cambiado a los dos.

Pero la química entre ambos seguía allí; aún tan potente, que amenazaba con explotar.

Seguía aferrándose a la chaqueta de Lucas cuando éste se separó. Rachel lo miró a la cara, sin poder hablar.

-Hasta mañana-se despidió Lucas, cuando él mismo encontró un hilillo de voz.

Se dio media vuelta y se marchó sin molestarse en abrir de nuevo el paraguas.

Acompañar a Lucas a hacer sus compras navideñas no era una buena idea, se dijo Rachel mientras se revolvía en la cama, el miércoles por la noche. Seguía intentando convencerse mientras se duchaba al día siguiente y se vestía con unos vaqueros negros y un jersey alegre. Incluso al despedirse de su abuela siguió pensando que se estaba equivocando.

Y mientras daba vueltas junto al centro comercial de Logan en busca de un sitio donde aparcar, buscaba también una excusa para volverse a casa.

Al final encontró aparcamiento en una esquina, para disgusto de un hombre que había intentado arrebatárselo.

-Vaya con el espíritu navideño -musitó Rachel cuando el otro conductor sacó el dedo corazón por la ventanilla.

Al menos había dejado de llover. El sol brillaba en un cielo sin nubes y ni siquiera necesitaba llevar nada sobre el jersey. Se apresuró para llegar a la entrada principal, preguntándose si Lucas estaría ya esperándola, o si también él habría llegado a la conclusión de que era una idea estúpida.

Al principio, se sintió desorientada ante aquel estrépito de sonidos, luces brillantes y cuerpos comprimidos. ¿Cómo podría encontrar...?

-Gracias por venir -dijo Lucas, tocándole un hombro. Llevaba su chaqueta negra, una camisa y unos pantalones también negros, en contraste con el colorido circundante.

-He estado a punto de no venir -confesó ella.

-Ya supongo.

-¿Pretendes hacerme creer que sabes lo que pienso?

-Te conozco, Rachel.

Había conocido a la niña. No a la mujer. Pero no era ése el momento de decírselo, pensó tras encajar un empujón.

-Vamos -propuso Rachel, agarrando con fuerza su bolso.

-Sí, cuanto antes me quite esto de en medio, mejor -replicó Lucas, cuya idea de ir de compras, observó Rachel, consistía en entrar en un establecimiento, señalar un artículo y decir que se lo llevaba.

En una tienda de informática, le compró al hijo de Davenport la consola de videojuegos más cara del mercado.

-¿No crees que es mucho para un niño de nueve años? -preguntó Rachel.

-Tiene juegos para todas las edades - Lucas se encogió de hombros-. Le servirá durante varios años.

-Es muy caro.

-Pero sólo tengo un sobrino -observó Lucas. Luego la condujo a una tienda de deportes-. Emily dijo que a Wade le gustaba pescar... ¿Tiene algo nuevo para pesca con mosca? -le preguntó a un dependiente.

Éste lo llevó a un estante con diversos accesorios de pesca, todos carísimos.

-Y ahora, Emily -dijo Lucas, tras salir de la anterior tienda.

-Tú diriges -replicó Rachel con acidez.

Entró en una joyera y señaló unos pendientes de diamantes.

-Me gustaría ver esos pendientes, por favor -le dijo a una empleada. Pero no terminaron de satisfacerlo-. Éstos están bien. Me los envuelve para regalar? -preguntó, iras mirar un segundo par.

Así, poco después de una hora, Lucas había finalizado casi todas sus compras.

-He pensado en comprar una buena botella de vino para Bobbie y Caleb -comentó mientras metía los pendientes en la bolsa grande en la que llevaba los otros regalos-. El regalo de boda ya se lo mandaré más adelante.

-¿Hay algo para lo que necesites mi ayuda? -le preguntó Rachel, situando las manos en las caderas.

-¿Algún problema? -preguntó Lucas, extrañado.

-Sabías de sobra lo que querías comprar a todo el mundo. No necesitabas mi ayuda. ¿Por qué querías que te acompañase?

-No me gusta comprar solo -respondió sin más.

-Entiendo -murmuró Rachel-. Entonces, ¿ya has terminado?

-Sí. Creo que ya he cumplido con mis obligaciones navideñas.

-Entonces vamos a comer. Me he saltado el desayuno y tengo hambre. Por cierto - añadió, tras caer en la cantidad de dinero que Lucas se había gastado en tan poco tiempo-, invitas tú.

-Trato hecho -respondió Lucas, sonriente.

Se negó a comer en uno de los abarrotados restaurantes de comida rápida cercanos; de manera que montaron en el coche y la llevó a un restaurante italiano de los alrededores. A juzgar por el número de vehículos estacionados en el aparcamiento, no era Lucas el único que lo conocía.

-Tendrán que esperar veinte minutos - les informó un joven camarero.

-De acuerdo -dijo Lucas-. Esperaremos en el bar.

Se sentaron a una mesa y, a sugerencia del hombre que atendía en la barra, optaron por pedir una sidra.

-Está deliciosa -exclamó Rachel.

-Sí está rica, sí.

-Tu familia dará una gran cena esta noche, ¿no?

-Emily ya estaba cocinando cuando he salido de casa. Si todos hacen tanta comida como ella, habrá cena para casi toda Honoria.

-¿Y qué planes tienes para mañana?

-Wade y Clay se quedan esta noche a dormir en casa de Emily. Los dos quieren ver la cara del niño al abrir los regalos de Papá Noel. Y luego desayunaremos juntos. Yo le había dicho que podía marcharme esta misma noche, pero Emily se ha negado.

-Después de tanto tiempo sin verte, es normal que quiera estar contigo lo máximo posible antes de que te marches de nuevo.

-Eso dice ella.

-¿Por qué te sorprende tanto?

-Tiene muchísimos motivos para estar resentida conmigo, por marcharme como lo hice. Nuestro padre era un indeseable, incapaz de dar nada de cariño. Todos los fisgones de la ciudad hablaron de la posibilidad de que yo hubiera tenido que ver con la muerte de Roger. Y Emily tuvo que soportarlo todo a solas.

-Por lo que he oído, la mayoría de la gente le tiene mucho cariño a Emily... a pesar de ser una McBride.

-Sí, parece que ha conseguido un hogar para ella -dijo Lucas-. Me temo que habrá tenido que tragarse su orgullo más de una vez para seguir aquí, pero no parece arrepentirse de sus decisiones. Y dice que está aprendiendo a defenderse por sí sola cuando hace falta.

-¿Cuándo volverás a California? -preguntó entonces Rachel, tras

dar un sorbo de sidra.

-Le prometí quedarme hasta el día de Navidad. Supongo que me iré el veintiséis. Emily tiene que preparar muchas cosas para su boda y no quiero ser un estorbo.

-Pues no creo que ella te vea como un estorbo -afirmó Rachel.

-¿Y tú?, ¿cuánto tiempo te vas a quedar?

-Creo que tardaré todavía una semana en arreglar todos los papeles para el traslado de mi abuela.

-¿Señores? Su mesa está lista.

Ambos se levantaron y siguieron al camarero que los había interrumpido. Después de tomar asiento en el comedor, miraron los menús, pidieron y se quedaron mirándose unos segundos.

-Todavía no me has dicho qué vais a hacer tu abuela y tú -dijo Lucas.

-Cocinaré para las dos y, después de cenar, mi abuela quiere que la lleve a la iglesia. No se ha perdido la misa del gallo en cincuenta años. Y sabe que ésta será la última vez que asista a la de la parroquia de aquí.

-¿No vas a ver a tu madre?

-No quiere volver a Honoria. Decidimos posponer nuestra cena especial para el día de Año Nuevo. Supongo que pasará esta noche con algunas amigas de su grupo de mujeres viudas -dijo. Luego, aunque Lucas no dijo nada, añadió una explicación-. Le cuenta a todo el mundo que su marido murió hace veinticuatro años. Y por lo que a ella respecta, es como si estuviera muerto.

-¿No habéis vuelto a saber nada de tu padre desde que se marchó con mi madrastra? -preguntó Lucas, extrañado.

-Nunca. Ni siquiera intentó recuperar los ahorros que tenía en sus cartillas. Si alguna vez se enteró de que su hijo se había muerto, no hizo nada por ponerse en contacto con nosotras. Mamá tiene derecho a considerarse viuda, si eso la, hace sentirse más a gusto.

-Sí, lo tiene -afirmó Lucas-. Eh... tu hermano tenía una teoría sobre la desaparición de tu padre -añadió vacilante.

-¿A qué te refieres?

-Decidió que mi padre mató a Al y a Nadine, que escondió los cuerpos y que luego le contó a todo el mundo que se habían marchado juntos.

-Eso es absurdo -exclamó Rachel, boquiabierta-. ¿Qué te hace pensar que Roger creía algo así?

-Me lo dijo él. La noche en que me ordenó que dejara de verte. Me dijo que no permitiría que su hermana se relacionara con el hijastro de una zorra y el hijo de un asesino. Cuando le pregunté

que de qué demonios estaba hablando, me contó su descabellada teoría. Y luego sacó lo que él consideraba la prueba que le daba razón.

-¿Qué tipo de prueba? -preguntó ella, estupefacta.

-Un brazalete de oro. Estaba muy sucio, pero lo reconocí de inmediato. Había pertenecido a Nadine. Nunca se lo quitaba.

-¿Dónde lo encontró?

-Dijo que había estado andando por el bosque, cerca de la cabaña, donde, según él, solían encontrarse tu padre y mi madrastra. Que su perro había desenterrado el brazalete y que, por tanto, alguien había enterrado a Nadine y a Al en el bosque.

-Es de locos -murmuró Rachel, atónita-. Sabía que a Roger le costó mucho aceptar la desaparición de nuestro padre, pero, ¿cómo pudo llegar a inventarse una teoría tan ridícula?

-Se negaba a aceptar que Al os había abandonado para marcharse con Nadine. Le resultaba más sencillo creer que tu padre estaba muerto, que admitir que os quería tan poco como para desaparecer para siempre de vuestras vidas.

-A mí también me costó aceptarlo -dijo Rachel-. Y dudo que a Emily le guste que su madre se marchara cuando ella era sólo un bebé. Pero esto...

-Estás reaccionando igual que yo, cuando Roger me vino con esta historia -comentó Lucas-. Creía que había perdido el juicio. Le dije que mi padre era un canalla, pero no un asesino. A mi padre nunca le importó nadie tanto como para llegar a matarlo.

-Nadine debió de perder el brazalete por accidente. Encontrarlo en el bosque no demuestra nada.

-Eso mismo le dije yo a Roger.

-¿Y qué contestó?

-Que tenía más pruebas.

-¿El qué?

-No me lo quiso decir. Dijo que ya lo creería cuando descubriera... los cuerpos.

Rachel apartó su plato, dejando la comida por la mitad.

-¿Por eso estaba en vuestras tierras esa noche?, ¿para encontrar el cuerpo de mi padre?

-Para eso, o para sorprendernos a ti y a mí y provocar una pelea. No lo sé.

-¿Por qué me has contado todo esto? - quiso saber Rachel, tras suspirar.

-Porque pienso que tenías derecho a saberlo. Y porque...

-¿Por qué? -lo presionó Rachel.

-Hace un par de meses, alguien entró en casa de Emily. Ella entró, la golpearon en la cabeza y la dejaron inconsciente. Cuando recobró la consciencia, vio que le habían robado el brazalete que llevaba puesto al entrar en casa.

Rachel estaba espantada. Había oído hablar de una ola de robos en Honoria, pero nada sobre la agresión a Emily.

-¿Por eso has vuelto? ¿Porque te enteraste del robo y querías asegurarte de que Emily estaba bien?

-El brazalete que le quitaron de la muñeca era el mismo que Roger había encontrado en el bosque y me había tirado a la cara como prueba de su acusación. Emily había descubierto el lugar en el que yo lo enterré, y no supe que lo había desenterrado hasta que leí en un artículo que le habían robado un brazalete que había pertenecido a su madre... Pero, sobre todo, lo que más me extrañó es que no se llevaran nada de importancia; así que no puede evitar preguntarme si no habría alguna relación directa entre el brazalete y el ataque a Emily.

-¿Qué relación podría haber?

-De momento no he encontrado ninguna razón para no creer que, simplemente, Emily estaba en el sitio incorrecto en el momento incorrecto -reconoció Lucas.

-Aunque el brazalete pudiera probar que alguien había matado a Nadine -dijo Rachel-, la única persona interesada en ocultar la prueba, es decir, tu padre, ya estaba muerto cuando atacaron a Emily... A no ser, claro, que alguien más estuviera interesado en que ese brazalete permaneciese escondido. Alguien que, aprovechando la ola de robos, fuera a propósito a por Emily, para quitarle el brazalete -añadió, pensativa.

-No suena muy probable, ¿verdad? -preguntó Lucas.

-¿Eso fue lo que pensaste? ¿Que habían atacado a Emily adrede para quitarle el brazalete de su madre?

-No sé lo que pensé. Pero me pareció un buen momento para volver y asegurarme de cómo estaba. Yo... no sabía que tú hubieras vuelto.

-¿Te arrepientes de haber regresado? - Rachel apretó su servilleta.

-No -contestó tras pensárselo un segundo-. ¿Y tú?, ¿preferirías tú que yo no hubiese vuelto?

-Pues... -Rachel no supo qué responder.

-No importa -atajó Lucas-. ¿Quieres algo de postre?

-No, gracias. Será mejor que vaya a ver qué tal está mi abuela.

-Gracias por ayudarme con las compras de Navidad -dijo él.

-No creo que te haya servido de mucho; pero de nada de todos modos.

-Te acompaño al coche -dijo él.

El aparcamiento estaba más lleno incluso que antes, y había mucha gente por la calle. Pero Rachel sólo era consciente del hombre alto y moreno que caminaba a su lado.

-La comida ha sido muy... instructiva. Gracias por contarme lo que Roger te dijo. Supongo que has contestado a algunas preguntas que tenía.

-Y te habré planteado otras nuevas.

-Sí.

-Hay mucho tráfico -dijo Lucas, tras mirar hacia la carretera-. Conduce con cuidado.

-Lo haré -abrió la puerta del coche-. ¿Volveré a verte antes de que te marches?

-Ya sabes dónde encontrarme si me quieres ver.

-Me hiciste mucho daño, Lucas -dijo Rachel, mirándolo a los ojos-. Me costó mucho tiempo superarlo.

-¿Cuánto? -preguntó él.

-Demasiado -respondió Rachel, por no decirle que aún le seguía doliendo su marcha.

-Adiós, Rachel.

Al menos esa vez se había despedido. Rachel asintió en silencio y se metió en el coche rápidamente para ocultar las lágrimas que empezaban a resbalar por sus mejillas.

Capítulo 6

La casa de Caleb y Bobbie McBride estaba atestada de personas. Y todos parecían estar hablando al mismo tiempo.

Lucas, tendente a la soledad por naturaleza, estaba teniendo dificultades en integrarse.

Habían avisado a todos los parientes de la presencia de Lucas, de modo que lo recibieron con más curiosidad que sorpresa. Tía Bobbie se encargó de volver a presentarlo a la familia:

-Te acuerdas de mi hija Tara, ¿verdad? -le preguntó, sonriente.

Lucas asintió educadamente y se preguntó si debería darle dos besos.

-Me alegro de volver a verte, Tara --dijo por fin.

-Hola, Lucas -respondió ella, con su característica timidez-. Quiero que conozcas a mi esposo, Blake Fox.

Se trataba de un hombre rubio, con ojos azules y brillantes. Llevaba una camisa azul y unos tirantes. Emily le había dicho que era detective privado.

-Así que tú eres el hijo pródigo del que tanto me han hablado -dijo Blake mientras apretaba con fuerza la mano de Lucas.

-En realidad me suelen llamar la oveja negra de la familia.

-No, ese honor lo tengo reservado para mí -intervino una mujer rubia.

-¡Vaya!, ¡si es la reina de la belleza! -exclamó Lucas-. ¿Dónde está tu corona, Savannah?

-Bienvenido a casa -dijo Savannah, sin hacer caso al comentario de Lucas.

-Gracias.

Podía ser que, en efecto, Savannah ya no fuese la niña mimada a la que recordaba. Sin embargo, era innegable que seguía siendo tan guapa como siempre.

-Éste es mi marido, Kit Pace -prosiguió la prima.

-Christopher Pace -dijo Lucas, estrechándole la mano-, he disfrutado mucho con tus libros.

-Gracias. Me alegro de poder conocerte por fin. Me han hablado un poco de ti -comentó Kit con ironía.

-Me imagino -rió Lucas. Luego miró a una mujer que lo observaba con severidad-. Hola, Ernestine.

-Lucas, ¿por qué has vuelto a casa? - preguntó su tía sin rodeos-. Ya vimos que no viniste al funeral de tu padre la primavera pasada.

-Mamá... -terció Savannah.

-Está bien, no diré nada más -suspiró Ernestine, malhumorada-. Pero no puedo evitar pensar qué será lo que está tramando,

apareciendo de pronto después de tantos años.

-He venido por mi herencia, por supuesto -afirmó Lucas, con firmeza-. A reclamar lo que me corresponde del legado de mi padre.

Dado que el legado había tenido mucho más de escandaloso que de económico, Ernestine no supo qué decir.

Savannah se aprestó a presentarle a sus hijos gemelos, Miranda y Michael, y en seguida Bobbie se lo llevó hacia otro extremo de la estancia, donde los hijos de ésta, Trevor y Trent, lo esperaban. Trevor, casado y padre de un hijo pequeño, tenía algún tipo de cargo político en Washington. Y Trent, el más joven de los primos, estaba estudiando en la Academia de Aviación.

-Me acuerdo de ti -aseguró Trent . Tú me enseñaste a montar en bici.

-¿Sí? -Lucas frunció el ceño-. ¿Estás seguro?

-Sí Trent sonrió-. Mi padre ya se había desesperado conmigo y tú me subiste a la bici, me pusiste en lo alto de una cuesta y me ordenaste que empezase a pedalear. Me daba tanto miedo llevarte la contraria que, cuando llegué al final de la cuesta, montaba como un profesional.

Lucas recordó aquel pasaje vagamente. Era curioso: después de tanto tiempo a solas, volvía a sentirse, poco a poco, parte de una familia.

Entonces notó que una mano le daba en la cintura.

-Le he pedido una bici a Papá Noel - dijo Clay-. ¿Me enseñarás a montar a mí también, tío Lucas?

-Claro, pequeño -respondió él, conmovido-. Pero tienes que prometerme que llevarás un casco siempre que vayas en bicicleta.

-¿Hasta en los días de calor?

-Todas las veces -insistió Lucas-. Montar en bici sin casco no se lleva nada -lo provocó.

-Vale, llevaré siempre casco.

-Siempre y cuando Papá Noel te traiga una bici -le recordó Wade.

-He sido muy bueno este año -Clay sonrió triunfante.

-Bueno, ya veremos si Papá Noel está de acuerdo con eso -repuso Wade.

-Supongo que ya tendréis todos hambre, ¿verdad? -terció Bobbie, dando dos palmadas para reclamar la atención-. Pues venga, vamos a cenar.

Una vez presentado a todos, Lucas notó que lo trataban con la misma naturalidad y el mismo cariño que a los demás, como si no hiciera quince años que no se veían. Aun así, no pudo evitar pensar

en Rachel; preguntarse cómo se sentiría si ésta lo estuviese acompañando en aquella reunión familiar.

Agotada por el esfuerzo de asistir a la misa del gallo, la abuela de Rachel se había acostado nada más volver a casa, dejando sola a Rachel con gran parte de la Nochebuena por delante.

Intentó concentrarse en una película que ponían en la tele, pero ni ésta ni la novela que luego escogió lograron distraerla.

Lucas le había dicho que ya sabía dónde podía encontrarlo si quería verlo.

-No -dijo en voz alta-. No te hagas esto, Rachel.

Pero no pudo evitar imaginarse rodeada de la familia de Lucas. ¿Qué tal le estaría yendo?, ¿se estaría divirtiendo, riendo?, ¿hablarían de antiguas anécdotas?

¿Se habría acordado de ella en algún momento de la noche?

No podía seguir sentada así, pensando en Lucas como si tuviera un flechazo adolescente. Debía distraerse, por ejemplo, con lo que le había contado durante la comida.

No podía creerse que su hermano se hubiese inventado una historia tan asombrosa. Ella misma había tratado de explicarse durante años el abandono de su padre, pero nunca había llegado a imaginar que lo hubieran asesinado.

Sintió pena de Roger. Había muerto a los veintiún años, después de que lo expulsaran de la universidad y de que lo echaran de dos trabajos, por negarse a seguir las órdenes de sus superiores, y había vivido con una dieta de cerveza y amargura. Por no hablar del odio patológico que siempre les habían tenido a los McBride.

Rachel había intentado hacerle razonar en un par de ocasiones. Le había señalado que Nadine no llevaba la sangre de los McBride; que sólo era parte de la familia por haberse casado con el padre de Lucas. Y le había recordado que también Emily había sufrido mucho con la fuga de Nadine y de Al.

Pero Roger se había negado a escucharla. La única persona que había tenido alguna influencia sobre él había sido su tío Sam. Y éste, aunque se había esforzado por ser un buen tutor, odiaba a los McBride tan irracionalmente como Roger.

Había oído algo de que Sam había tenido alguna aventura con Nadine antes de que ésta se casara con el padre de Lucas, Josiah McBride. Luego, cuando finalmente se había fugado con su hermano, Al, Sam había desatado todo su rencor hacia ella y todos los McBride.

No había hablado con él desde el enfrentamiento en el Café de Cora.

Era evidente que su familia se había dividido mientras que los McBride parecían llevarse bien y estar prosperando…

Llevada por un impulso, Rachel subió al desván de la abuela. Había estado organizando las pertenencias de ésta, separando las cosas que se venderían de las que guardarían… y había encontrado varias cajas de Roger, a las que apenas había prestado atención. Ahora, en cambio, se preguntó por esa otra supuesta prueba que debía demostrar su loca teoría del asesinato.

Abatida por la muerte de su hijo, Jane Jennings había metido todas las pertenencias de Roger en cajas, sin molestarse en examinarlas. Había sellado las cajas y las había escondido en el desván, donde habían permanecido durante quince años.

Miró las cosas de su hermano y, de alguna manera, lamentó no haber tenido una mejor relación con él. Emily no había visto a Lucas durante muchísimo tiempo y seguía adorándolo; Rachel nunca había sentido algo similar por Roger.

Buceó entre un mar de camisas, zapatos, accesorios de baño… pero no encontró nada de interés en la primera caja.

La segunda contenía libros. De intriga y de ciencia ficción en su mayoría. Roger había sido un lector voraz y Rachel se preguntó si no habría perdido, en algún momento, la capacidad de distinguir la realidad de la ficción.

La tercera caja reunía los objetos que Roger había ido amontonando sobre la mesa de su habitación: su cartera, su visado, papeles del banco, el título de bachiller… Siempre había sido un chico inteligente, pero nunca había desarrollado todo su potencial.

En el fondo de la caja había un sobre sellado con algo sólido en el interior. Rachel lo abrió y se encontró con una cartera renegrida y rota.

La abrió despacio, temblorosa, y se encontró con el carné de conducir de Albert R. Jennings, su padre.

Capítulo 7

-¡Me han traído la bici! -gritó Clay, despertando a Lucas.

Éste bostezó, se mesó el pelo y vio que eran las seis y media de la mañana. El día de Navidad comenzaba temprano en las casas con niños pequeños, pensó Lucas.

Se puso una camisa, unos pantalones y se calzó. Luego se acercó al salón a ver qué más había dejado Papá Noel junto al árbol... como si él mismo no hubiese ayudado a colocar los regalos horas antes.

-¡Tío Lucas!, ¡tío Lucas! -repetía Clay-. ¡Mira lo que me han traído!

-Parece que Papá Noel te ha dejado más de un regalo -comentó Lucas, viendo la pila de paquetes que había junto al árbol.

-Papá me dijo que esperara a que todo el mundo estuviera despierto antes de abrirlos -dijo Clay-. Tú ya estás despierto, -¿verdad, tío Lucas?

Emily apareció en bata y le dio una taza de café caliente a su hermano.

-Sí, ya estoy despierto -le dijo al pequeño, tras darle las gracias a Emily por el café.

Dado que Wade también se había puesto ya en pie, Clay se abalanzó sobre los regalos, mientras Emily le hacía fotos para recoger aquellos momentos de felicidad. Lucas se sentó a tomar su café y se preguntó qué se sentiría haciendo de Papá Noel para el hijo de uno mismo... perspectiva nada probable, se dijo.

-¿Y éstos? -preguntó Clay, en referencia a unos paquetes que no se encontraban junto a su pila de regalos.

-Lee las etiquetas -dijo Lucas-. Puedes repartirlos.

Clay distribuyó los paquetes, ansioso por descubrir qué había en cada uno, aunque no fueran para él.

Emily se quedó sin aliento cuando abrió la cajita en donde estaban los pendientes de su hermano:

-¡Lucas, son preciosos! -exclamó-. Es excesivo...

-Es el primer regalo que te hago en quince años -respondió Lucas, sonriente-. Disfrútalo.

Se puso los pendientes encantada y el anillo que Wade le había regalado relució en su dedo.

Éste parecía tan contento con el carrete para su caña de pescar, como Emily con sus pendientes.

-Es fantástico. Nunca había visto un carrete tan bueno. Gracias -dijo Wade.

-Está claro que has hecho muy feliz a mi hermanita. Me alegro

de que te conociera... aunque seas un poli -añadió en broma.

-Eres un hombre realmente dulce, Lucas -dijo Emily, mirándolo a los ojos.

-¡Guau! ¡Un Rebelcom! -exclamó entonces Clay, ahorrándole a Lucas tener que responder al comentario de su hermana-. Muchas gracias, tío Lucas.

-De nada. Espero que te diviertas con él.

-¿Qué has dicho que es esto? -preguntó Emily, mirando la caja del regalo.

-Un Rebelcom -repitió Clay, enseñándole la pantalla-. Es un ordenador portátil para videojuegos. Tommy Porter tiene uno y tiene los juegos más chulos del mundo.

-Todos sin violencia y educativos -aseguró Lucas.

-Diseñado y producido por Rebel Software de los Ángeles, Califonia. -leyó Wade en la caja del juego.

-¿Rebel Software? ¿No es ésa...? -intervino Emily.

Él se encogió de hombros.

-Cuando llegué a California, contacté con un tipo que estaba interesado también en los juegos de ordenador. Estábamos en el sitio adecuado en el momento adecuado, y la verdad es que el negocio nos va muy bien.

-Todavía no has abierto tus regalos - dijo Clay.

Lucas había estado posponiendo ese momento adrede. Nunca sabía cómo comportarse cuando la gente le hacía regalos.

-Abre primero el de papá -insistió Clay.

Lucas asintió y abrió un paquete con un par de guantes de cuero negro de conducir.

-Son muy bonitos, de verdad -dijo, con una extraña sensación-. Gracias, Wade.

-Yo ayudé a elegirlos -afirmó Clay, dándose importancia-. ¿Te gustan mucho, tío Lucas?

-Mucho -aseguró éste.

-Y ahora el de mamá.

Lucas todavía no se había acostumbrado a que llamaran mamá a su hermana. Y, a juzgar por la expresión de felicidad de Emily, tampoco ella se había habituado... aunque era obvio que le gustaba mucho.

Lucas desenvolvió el paquete y encontró una caja de caoba tallada con gran esmero.

-Es preciosa, Emily. ¿La han hecho aquí?

-Sí. Es de Paul Cabot. Sus objetos de diseño y decoración cada vez son más famosos por los alrededores.

-No me extraña. El tipo es un maestro.

Lucas corrió un diminuto pestillo con el que se abría la caja. Se quedó inmóvil cuando vio lo que había en el interior.

-No te llevaste nada cuando te fuiste hace quince años -dijo Emily- . Pensé que te gustaría recuperar un par de cosas.

Allí estaba el reloj de bolsillo de oro que había pertenecido a su abuelo por parte de madre, así como una pequeña foto con un marco de plata en la que había un retrato de su madre. Parecía débil, nerviosa e infeliz y, si bien no sabía si habría sido así antes de casarse, su matrimonio con Josiah McBride no podía haber sido nada beneficioso para una mujer con tendencia a deprimirse.

Había quien decía que se había muerto de una pulmonía porque, sencillamente, no había querido seguir viviendo.

Y también había una Biblia pequeña en cuya guarda podía leerse el nombre y la fecha de nacimiento de Lucas, con la caligrafía de la madre.

-Gracias, Emily -dijo con calma, tras guardarlo todo en la caja de nuevo.

-De nada. Si quieres algo de lo que pertenecía a papá...

-No. Esto es todo lo que quiero.

Emily asintió. Se le habían humedecido los ojos.

Clay rompió el sentimentalismo del momento preguntándose en voz alta qué juguete sería el primero que estrenaría.

-Voy a preparar el desayuno -dijo Emily.

-¿Necesitas ayuda? -preguntaron Wade y Lucas a la vez.

-Vosotros quedaos con Clay. Lo tengo todo bajo control.

-¿Me enseñas cómo funciona, tío Lucas? -le preguntó Clay, que se había sentado en el regazo de éste con la consola.

Lucas miró a Wade, consultándole con la mirada si no le importaba compartir la atención de Clay en esa mañana de Navidad.

-Aprieta aquí -dijo Lucas, tras ver que el padre del niño sonreía-. Con este botón se controla la parte izquierda de la pantalla y con éste...

Clay apoyó la cabeza sobre el pecho de su futuro tío mientras escuchaba las instrucciones que éste le iba dando...

Media hora más tarde, justo cuando acababan de terminar de desayunar, sonó el teléfono.

-Yo respondo. Seguro que es alguno de nuestros primos, que llama para desearnos una feliz Navidad -dijo Emily. Pero, un segundo después, sin poder ocultar cierta curiosidad, le entregó el auricular a Lucas-. Es para ti. Ella... no ha dicho quién era.

Pero Lucas lo supo antes de oír su nombre.

-¿Lucas? Soy Rachel -saludó ésta-. Perdona que te interrumpa tan pronto en el día de Navidad, pero necesito hablar contigo.

-¿Qué pasa? -preguntó Lucas, alarmado por la tensión que intuyó en la voz de Rachel

-¿Podemos vernos?

-Sí -respondió sin vacilar-. ¿Cuándo?

-Dame media hora.

No necesitó preguntarle dónde quería que se encontraran.

-Allí estaré.

Lucas estaba esperando en la cabaña cuando apareció ella. Había extendido una manta sobre el suelo para que pudieran sentarse sobre las frías piedras sin ensuciarse. Llenó una taza de café que había llevado en un termo.

-Siéntate y tómate esto -le dijo Lucas, ofreciéndole la taza-. Tranquila.

La miraba como si le diese miedo que pudiera desmayarse en cualquier momento. Sabía que no tenía buen aspecto, tras una noche prácticamente en vela.

Tomó la taza, se sentó sobre la manta y, una vez junto a Lucas, sintió que las rodillas le temblaban. El café estaba caliente, de modo que lo bebió despacio, dejando que el calor la entonara.

-Tómate todo el tiempo que quieras - le dijo Lucas, mirándola a la-cara—. No tengo que ir a ningún sitio.

-No voy a desmayarme, Lucas -Rachel intentó sonreír-. Te lo prometo.

-¿Estás inquieta por algo?

-Sí. Pero estoy bien. Sólo quiero hablar contigo de ello.

-¿Qué ha pasado?, ¿alguien te ha dicho algo desagradable?

Por un momento, parecía el Lucas joven y ardoroso que Rachel recordaba, capaz de pegarse con quien fuera por defenderla.

-Nadie ha dicho nada. Es algo que descubrí anoche en una caja con cosas de mi hermano.

-¿El qué?

-Esto -dijo sacando un sobre del bolso. ¿Qué es?

-Ábrelo.

-¿Dónde dices que la has encontrado? - preguntó él al ver la cartera con el carné de conducir de Al Jennings.

-Estaba con las cosas de Roger. Mamá lo metió todo en cajas sin mirarlo, así que dudo que se fijase en esto -respondió Rachel. Lucas miró con atención el interior de la cartera: el carné de conducir, tarjetas de crédito, el seguro médico, fotografías descoloridas de

Roger y Rachel... y unos doscientos dólares en billetes-. Está cubierto de polvo y barro -añadió.

-Sí.

-Como si hubiera estado... enterrada.

-Como el brazalete de Nadine -convino Lucas.

-¿Crees que Roger lo encontró en el mismo sitio que el brazalete?

-Creo que es una buena suposición - dijo Lucas mientras restituía la cartera al sobre.

-Lucas...

-No te dejes llevar por la imaginación, Rachel.

-Pero, ¿por qué se habría marchado mi padre de la ciudad sin llevarse la cartera, sin dinero ni carné de conducir?

-¿Tenía coche tu padre?

-Un deportivo de dos plazas. Mi abuela decía que Al estaba atravesando una crisis existencial: se había teñido las canas del pelo, se había comprado un deportivo, había empezado a verse con Nadine...

-¿El coche desapareció también?

-Sí. Todos supusimos que se fueron en él.

-Probablemente.

-Pero, ¿por qué enterrarían la cartera de mi padre con el brazalete de tu madrastra?

-Quizá decidieron cambiarse de nombre -propuso Lucas.

-¿Y por qué dejó el dinero?

-No lo sé -confesó él tras dar un suspiro.

-A ti también te parece, que aquí pasa algo raro, ¿verdad?

-Hay ciertas cosas que no encajan -admitió, apretándole la mano afectuosamente.

-Roger te dijo que no se creía que mi padre y Nadine se hubieran marchado de la ciudad. Pensaba que los habían asesinado y enterrado en vuestras tierras.

-Ésa era su teoría.

-¿Alguna vez... miraste? ¿Miraste si podía haber alguien enterrado?

-No. Ya te he dicho que pensé que Roger estaba loco. Y luego murió y me encontré defendiéndome de una acusación de asesinato, gracias a una panda de cotillas que juraron haberme oído que amenacé con matarlo.

-¿Alguna vez lo amenazaste con matarlo? -preguntó Rachel con suavidad.

-Es probable -reconoció Lucas-. Roger y yo siempre estábamos

enfrentándonos, diciendo tonterías. Pero, Rachel, si alguna vez lo dije, nunca fue en serio.

-Ya sé que no lo mataste tú. Tenías una coartada.

-En realidad... no la tenía.

-¿Cómo que no? -preguntó Rachel, desconcertada-. Claro que tenías una coartada.

-¿Te refieres a Lizzie Carpenter?

-Sí -respondió Rachel, a su pesar.

-No me acosté con ella.

-Lucas -Rachel frunció el ceño-, pasaste la noche con ella. Lizzie se lo dijo a todo el mundo.

-Mintió.

-No, no mintió -replicó Rachel-. Ella me enseñó el amuleto que le diste.

-¿Qué amuleto? -preguntó Lucas, confundido.

-Un corazón de oro... idéntico al que me diste a mí -susurró Rachel, dolorida.

-Está bien, empecemos otra vez de cero -dijo Lucas tras unos segundos en silencio-. ¿De qué demonios estás hablando?

-Como sabes -arrancó Rachel, rehuyendo a Lucas con la mirada-, no nos dejaron enterrar el cuerpo de Roger hasta pasada una semana de su muerte, mientras investigaban si había muerto por accidente o... por otra cosa. Sólo entonces pudimos celebrar su funeral. Ya se empezaba a rumorear que tú habías tenido algo que ver con la muerte de mi hermano. Sam exigió una investigación y mi madre dijo que siempre había sabido que los McBride destruirían a nuestra familia. Yo no podía decirle a nadie que estaba saliendo contigo, porque sabía que se, pondrían histéricos y que me prohibirían que te volviera a ver.

-Por eso no te llamé durante esos primeros días. Sabía que tu familia te necesitaba y que no podías estar conmigo.

-¿Dejaste un ramo de rosas rojas en nuestra puerta el día del funeral de Roger? -le preguntó Rachel-. Estaba dirigido a mí y no tenía firma. Mi familia supuso que sería de mis compañeros de clase. Pero yo pensé que eran tuyas.

-Lo eran.

-Eran muy bonitas -agradeció Rachel - Me ayudaron a superar aquel día, porque sabía que estabas pensando en mí, aunque no pudiéramos estar juntos. Pensé que una vez que se calmara todo, cuando Packer hubiera probado que no eras responsable de la muerte de Roger, podríamos seguir saliendo, sin necesidad de vemos a escondidas. Sabía que a mi madre no le gustaría, y que a

Sam le disgustaría mucho, pero me daba igual. Yo sólo quería estar contigo.

-Pero las cosas no se calmaron -dijo Lucas-. Packer estaba convencido de que yo había empujado a Roger por el precipicio. Hizo todo lo que pudo por demostrarlo, aunque no-tenía ninguna prueba. Y Sam empezó a llamarme asesino y muchos lo creyeron, ya que nunca habían esperado nada bueno de mí. Packer me detuvo varias veces para interrogarme. Y todas las veces le dije que no tenía ninguna coartada para la noche en que murió tu hermano.

-Así sólo conseguiste aumentar sus sospechas sobre ti. Porque Lizzie Carpenter le dijo a todo el mundo dónde habías pasado esa noche en realidad -insistió Rachel, devastada aún por el recuerdo de aquel momento de decepción.

-Rachel...

-Lizzie y su madre vinieron a casa una semana después del funeral. Mientras mi madre se lamentaba con la de Lizzie, ésta y yo fuimos a la cocina a preparar un café. Lizzie habló de todo lo que se decía sobre ti, y me aseguró que sabía que tú no eras culpable de la muerte de Roger. Lo sabía, me dijo, porque habías pasado toda la noche con ella. Fue la primera vez que yo lo oí, pero ella ya se lo había contado a Packer y a otras personas -recordó Rachel-. Y luego me enseñó el amuleto... Dijo que se lo habías dado aquella noche -añadió atormentada.

-Rachel, Lizzie mintió -necesitó asegurarle Lucas-. Yo no pasé la noche con ella. Ni siquiera la vi un solo segundo.

-¿Me estás diciendo que de verdad no tenías coartada? -preguntó Rachel, mirándolo a la cara con intensidad.

-Exacto. Me había acercado a Atlanta, solo, y pasé la tarde en un bar, bebiendo whisky. No volví a casa hasta bien pasada la medianoche. Quería pensar, en todo lo que Roger me había dicho y decidir qué debía contarte a ti. Me torturaba la idea de que Roger pudiera separarnos...

-Pero, ¿por qué mintió Lizzie? ¿Le pediste que mintiese para tener una coartada?

-En absoluto. Fue todo cosa suya -contestó Lucas-. Lizzie y yo habíamos salido un par de días durante el instituto; pero nunca volví a quedar con ella después de empezar a salir contigo. Lizzie intentó que volviera con ella, no sé por qué. Me llamaba todo el tiempo, me perseguía. Estaba un poco harto de ella, la verdad.

-¿Le diste el amuleto uno de esos días que saliste con ella?

-Yo jamás le di un amuleto. Tú fuiste la única a la que... -se paró de repente. -¿Qué pasa?

-Lizzie estaba en la joyería el día que yo estaba comprándote el amuleto. Me preguntó si era un regalo para Emily y yo respondí que no, pero no le dije para quién era. Se quedó en la tienda cuando yo salí...

-¿Crees que se compró un amuleto igual para ella? -Rachel no sabía si creerse aquello; pero Lucas nunca se había dedicado a inventarse historias tan enrevesadas.

-No lo sé... pero es una posibilidad.

-Sigo sin entender por qué le contó a todo el mundo que pasaste la noche con ella. ¿Qué esperaba ganar, si no era cierto?

-Pensaría que me estaba haciendo un favor. Una tarde vino a verme y me dijo que ya se lo había contado a Packer. Había oído que yo le había dicho a Packer que no tenía coartada y me ofreció una.

-Supondría que le estarías tan agradecida que volverías a salir con ella...

-Justo. Pero yo le dije que eso no sucedería; que no necesitaba su coartada, porque no había matado a Roger. Ella se negó a retractarse, dijo que haría el ridículo si lo hiciera... y yo no supe qué hacer -reconoció Lucas-. No quería que Lizzie mintiera por mí, pero tampoco sabía cómo evitarlo. Cuando intenté explicar dónde había estado en realidad, nadie me creyó. Unos estaban seguros de que había pasado la noche con Lizzie y otros de que había matado a tu hermano. Sabía que, si alguien descubría que tú y yo salíamos juntos, habría más gente que me habría acusado de empujarlo por el precipicio.

-Así que te callaste.

-Me callé -dijo Lucas-. Ni corroboré ni negué la historia de Lizzie. Entonces vi que la gente de Honoria se iba alejando de mi familia; que no dejaban que sus hijos jugasen con mi hermana, porque no querían tener ninguna relación conmigo. Rondé tu casa intentando encontrarte a solas algún momento, pero siempre había alguien. Y tú no saliste de casa durante semanas.

-Estaba cuidando a mi madre. Estaba muy nerviosa y no dejaba que me separara de ella ni un segundo. La gente venía a nuestra casa a traernos comida y nos hablaba del escándalo... no paraban de hacer comentarios sobre Lizzie y tú; se preguntaban si ella habría dicho la verdad, o si habrías matado a Roger y la estarías usando para protegerte. Yo no quería creer nada de eso, pero estaba muy confundida. Estaba desbordada por todo lo que había ocurrido...

-Me evitaste deliberadamente, ¿verdad?

-Supongo que sí -susurró Rachel-. Las cosas que Lizzie dijo...

hablaba con tanta convicción.,, Y me dolió tanto pensar que ella y tú... Debiste de sentirte muy solo durante esas semanas... ¿Intentaste hablar con tu padre?, ¿contarle lo que había pasado?, ¿pedirle consejo? -le preguntó entonces, pensando por primera vez en lo mal que debía de haberlo pasado Lucas.

-Lo intenté. Le dije lo que Roger me había contado antes de morirse.

- ¿Le dijiste a tu padre que Roger pensaba que él era un asesino?

-Sí. Le pregunté si sabía si Roger había entrado en nuestras tierras en busca de pruebas; si había visto a Roger la noche de su muerte.

-¿Y qué dijo?

-Me dijo que me marchara de casa -la expresión de Lucas se endureció.

-¿Te echó de casa? -exclamó Rachel, asombrada.

-Sí. Me dijo que no le gustaba lo que estaba pasando y que se negaba a contestar ninguna pregunta sobre nadie de tu familia. Intenté sonsacarlo, pero insistió en que me fuera de casa.

-¿Fue la noche que te marchaste de la ciudad?

-Intenté llamarte antes -dijo Lucas, tras asentir con la cabeza-. Pensé que al menos tú me creerías; que podríamos vernos y me ayudarías a decidir qué podía hacer. Pero me colgaste el teléfono.

Rachel se acordaba de aquella llamada.

Había oído la voz de Lucas y le había entrado el pánico.

-Mi madre estaba en la misma habitación. No sabía qué decirte. Mi abuela y ella seguían hundidas por la muerte de Roger. Yo estaba afectada por haber perdido a mi hermano y me sentía traicionada por lo que Lizzie me había contado.

-¿De verdad creíste que me había acostado con ella?, ¿después de todas las cosas que te había dicho ese sábado por la tarde?, ¿después de las promesas que te hice? -preguntó Lucas, dolido.

-No sabía qué pensar. Lizzie hablaba con mucha firmeza y nadie vino a decirme que tú hubieras negado su historia. Y, Lucas, ella me enseñó su amuleto.

-Debió de descubrir, de alguna manera, que era contigo con quien estaba saliendo. Debió de querer interponerse entre nosotros... Pero no puedo entender que la creyeses.

-Tenía dieciocho años, Lucas. Acababa de perder a mi hermano y mi familia se estaba desmoronando -se defendió Rachel, poniéndose en pie-. Y Lizzie me habló con tanto detalle de aquella noche...

-¡Te había pedido que te casaras conmigo! -insistió Lucas.

-Y yo te había dicho que quería esperar a licenciarme en la

universidad antes de casarme -replicó-. Contestaste que esperarías, pero sabía que estabas impaciente porque todavía no habíamos hecho el amor.

-Yo sabía que querías esperar al momento adecuado. Y aunque sí estaba impaciente, lo comprendí. No me fui con Lizzie, ni con ninguna otra, porque no estuvieras dispuesta a tener relaciones sexuales todavía, Rachel.

-Pensé que sí -susurró ésta-. Sabía que habías salido con otras chicas antes que conmigo. Pensé que te habrías cansado de esperar.

-Te equivocaste. Y si hubieses hablado conmigo aquella noche que te llamé, te lo habría explicado todo.

-Era demasiado joven -susurró Rachel-. No sabía qué hacer, a quién creer.

-Yo no sabía que Lizzie había hablado contigo -concedió Lucas-. Y tampoco lo del amuleto. Supongo que es normal que dudaras...

-Debería haber hablado contigo -Rachel se secó las mejillas, humedecidas-. Pensé que ya habría otro momento más adelante... pero te marchaste.

-Me pareció lo mejor para todos. Para ti, para Emily... y quizá para mí también. No podía quedarme en Honoria sabiendo que era sospechoso de asesinato, preguntándome si tú también me considerabas culpable.

-Estuve muy enfadada contigo, Lucas - Rachel lo miró a los ojos con franqueza-; pero jamás creí que hubieses matado a Roger.

-Ahora sabes que no tenía coartada.

-No importa. Tú no lo mataste.

-Lo que nos devuelve a la casilla de salida --dijo Lucas, tras suspirar y mesarse el cabello-. Roger murió en ese precipicio y nadie sabe por qué.

-Y encontró el brazalete de tu madrastra y la cartera de mi padre, y tampoco sabemos qué significa eso.

-Y ahora el brazalete ha vuelto a desaparecer, y no sabemos si se trata de una coincidencia o si tiene alguna relación con la increíble teoría de Roger.

-Todo es muy desconcertante -Rachel suspiró.

Habían pasado muchas cosas en los últimos días. Muchas cosas que la habían hecho recordar el pasado nítidamente, como si no hubiesen transcurrido quince años desde entonces.

Por desgracia, también habían resurgido sus antiguos sentimientos hacia Lucas.

-¿Quieres más café? -le ofreció éste, agarrándola por la muñeca e instándola con delicadeza a qué volviese a tomar asiento.

-No. Tenemos que seguir hablando sobre lo que he encontrado. Deberíamos decidir qué hacer al respecto, si es que hacemos algo. Deberíamos...

-Primero quiero darte una cosa -Lucas se acercó a un banco de piedra de la cabaña y sacó de debajo un paquetito envuelto.

-¿Has traído algo para mí? -preguntó Rachel, sorprendida.

-Es Navidad -le recordó Lucas, esbozando una débil sonrisa-. Ábrelo.

Rachel había estado tan preocupada por el descubrimiento de la cartera de su padre, que casi se había olvidado de en qué día estaban. Desde luego, no había esperado que Lucas fuera a hacerle ningún regalo.

Desenvolvió los lazos del paquete y retiró el papel con nerviosismo. Un segundo después, los ojos se le arrasaron de lágrimas, nublando la visión del libro de poemas que Lucas le había regalado.

Siempre le había costado mantener a raya los recuerdos. Pero, ahora, en la cabaña de piedra, junto a Lucas, y con un libro de poemas de amor en las manos, ya sí que le fue imposible controlarlos.

Recordó besos hambrientos, promesas susurradas y secretos compartidos. Sueños juveniles y un amor tan fuerte que parecía estar destinado a durar eternamente.

No se dio cuenta de que había una lágrima sobre su mejilla hasta que sintió el pulgar de Lucas, secándosela con suavidad.

-No pretendía hacerte llorar -murmuró éste-. Pensé que te gustaría.

-Y me gusta -susurró Rachel, llevándose el poemario al pecho.

-Rachel...

-Tengo una vida, Lucas. Me he licenciado, tengo un trabajo y un hogar en Atlanta. Tengo amigos, objetivos... He seguido adelante. Ya no soy la misma persona que hace quince años.

-Yo tampoco.

-Cierto... -pero Rachel seguía fascinada por él. Seguía irresistible, inexplicable e innegablemente atraída hacia Lucas.

Éste le dio un beso en la mejilla y luego un segundo, en la barbilla. Le giró la cara hacia él y le rozó los labios con los suyos.

Rachel estaba cansada, confundida, emocionalmente derrotada. Se dijo que aquello no podía seguir; que debía ser precavida y distanciarse.

Sin embargo, Lucas acortó la escasa distancia que los separaba, la estrechó en un fuerte abrazo y cubrió su boca en un beso

apasionado.

Rachel le rodeó el cuello con los brazos, perdido ya cualquier recelo racional.

Ya no podía ser precavida.

Hacía frío en la cabaña. Incluso a través de la manta, el suelo de piedra se dejaba sentir bajo sus rodillas. El libro seguía en la mano derecha de Rachel, colgando tras la cabeza de Lucas.

Además de estos detalles, también era consciente de la suavidad de la chaqueta de Lucas, de la fragancia de su loción de afeitar, de su respiración entrecortada. Rachel lo almacenó todo en la memoria, segura de que luego disfrutaría recordándolo una y otra vez.

Lucas le estaba recorriendo el cuerpo con las manos, las cuales luchaban con su ropa y descubrían puntos sensibles desconocidos por ella.

-Rachel -susurró en un jadeo profundo y hambriento, cuando por fin separó su boca de los labios de ella.

Podía ser que Lucas estuviera tan extrañado como ella por seguir sintiendo algo tan fuerte; por desearse tan desesperadamente, a pesar del daño que se habían hecho el uno al otro.

Porque ella lo había herido. Ahora lo sabía. Si todo lo que Lucas le había dicho era verdad, y no tenía ningún motivo para creer lo contrario, lo había dejado solo, atrapado por las mentiras de una mujer celosa y por los cotilleos de Honoria. Y, después de que su padre lo hubiese echado de casa, ella le había colgado el teléfono.

-Lo siento -murmuró Rachel, con un nudo en la garganta-. Debería haberte dado la oportunidad de decirme lo que sucedió.

-No -Lucas la agarró por los hombros con firmeza-. No empieces a culparte ahora. Como has dicho, eras joven. Y todo tu mundo se estaba viniendo abajo. Para ser sincero, me alivia que no creyeras que era un asesino, aparte de infiel.

-Pero si hubiera sabido...

-¿Qué habrías hecho?, ¿le habrías dicho a tu madre que estabas enamorada del hombre que ella creía que había matado a su hijo?

-Yo...

-Si Packer hubiese descubierto que Lizzie había mentido, si hubiese sabido que tú y yo nos veíamos en secreto y que Roger lo había descubierto, si hubiera sabido que le dije que lo mataría antes de dejar que me apartara de ti, probablemente seguiría hoy en la cárcel.

-Si hubiese hablado contigo esa noche, cuando me llamaste, tal vez no te habrías marchado de la ciudad.

-Puede que también eso fuera positivo a la larga. No estando yo, Emily ha tenido la oportunidad de construirse un hogar aquí. Y tú te has licenciado y tienes un buen trabajo. Yo fundé una empresa en California que me va a permitir vivir desahogadamente el resto de mi vida.

-¿Quieres decir que es mejor no pensar en el pasado? -preguntó apenada-, ¿que ahora todo es diferente?

-No, no quiero decir eso -la abrazó tan fuertemente que a Rachel no le cupo duda de que la deseaba más que nunca-. Algunas cosas no han cambiado nada.

Aplastó su boca contra la de ella y la agarró por las caderas para apretarse contra su cuerpo.

Rachel se quedó sorprendida por cómo la estaba besando. Sin la inseguridad de un joven inexperto; sin el miedo a no complacerla...

Ella respondió con la pasión de una mujer adulta; una mujer hambrienta y necesitada.

Siguieron besándose y abrazándose hasta que ella le pidió más.

Lucas le quitó el abrigo y lo dejó caer sobre el suelo; pero Rachel no sintió frío, sino un calor que le abrasaba todo el cuerpo.

Ella se deshizo de la chaqueta de cuero de Lucas, pensando que tampoco él necesitaría tanta ropa para estar caliente.

Se recostó sobre la manta y la empujó consigo en el movimiento, hasta acabar los dos yaciendo sobre el suelo.

-Eres la mujer más bonita del mundo - le susurró mientras le acariciaba un mechón de pelo-. Nadie me ha hecho sentir jamás tan bien como tú.

Rachel pasó sus manos por la cara de Lucas y palpó las diferencias que aquellos quince años habían dejado en él. Su barbilla era ahora más firme y definida, y las líneas que rodeaban sus ojos y su boca sólo contribuían a aumentar su atractivo.

-Siempre fuiste el hombre más guapo de Honoria -dijo ella-. Y sigues siéndolo.

Lucas volvió a besarla, con una ternura y dulzura que le hizo un nudo en la garganta. Aquél era el Lucas del que se había enamorado hacía tanto tiempo; el Lucas al que nunca había dejado de amar.

Introdujo las manos bajo la ropa de Rachel y ésta tembló de placer.

-Lucas, ¿qué pasa con la cartera? -dijo ella, en un intento de recobrar la cordura-. ¿No deberíamos...

-Ahora mismo no podemos hacer nada respecto a la cartera -atajó Lucas, susurrando contra los labios de Rachel-. Ya nos ocuparemos de ella... luego.

Deslizó la mano hacia su trasero y la apretó contra sí para que Rachel notase la excitación que se ocultaba bajo los vaqueros de Lucas.

-No deberíamos hacer esto -se resistía ella,, sin poder dejar de besarlo. -¿Qué nos lo impide?

Rachel no podía pensar en a ninguna razón buena. Estaban allí... solos, ninguno tenía ninguna ocupación a la que atender en ese momento, eran adultos libres y, al menos ella, llevaba soñando años con ese instante.

Y era Navidad, una buena fecha para concederse un regalo que llevaba deseando muchos años.

De alguna manera, la mano derecha de Lucas se había posado sobre sus pechos, causando una miríada de sensaciones estremecedoras... Quizá fuera mejor dejar la cordura para más adelante.

Rachel lo besó apasionadamente y Lucas se deshizo de su sostén, para acceder con más comodidad a sus pezones. Ella se arqueó, sobrecogida, y rodeó la cadera de Lucas con su pierna derecha.

-Solías darme en la mano cuando hacía esto -comentó Lucas mientras sus dedos le rozaban los pechos con caricias circulares.

-Ahora te daré como no sigas -replicó Rachel, obteniendo a cambio una risa que le sonó a música celestial.

Lucas situó la boca a la altura de sus pechos y Rachel cerró los ojos, abandonándose al placer que le abrasaba el cuerpo.

No quería pensar en el pasado ni en el futuro, en brazaletes ni en carteras; Rachel sólo quería disfrutar al máximo de ese momento glorioso para cumplir un sueño largamente anhelado.

Lucas le aflojó los pantalones e introdujo la mano por la parte de atrás, hasta adueñarse de su trasero. Rachel comenzó a desabrocharle la camisa, deseosa de satisfacer su curiosidad: su pecho era firme y musculoso, cubierto de suave y negro vello que se enroscaba ahora entre los dedos de Rachel, la cual le besó la barbilla, el cuello, el pecho, el estómago... le desabotonó los pantalones...

Lucas estaba a punto de perder el control que había desarrollado durante los anteriores quince años, y eso la hacía sentirse bien, poderosa.

De pronto se giró y la tumbó. Rachel creyó que el corazón se le iba a escapar, los pechos le dolían y sentía entre sus piernas un tremendo y húmedo vacío. Lucas la miró a la cara y sus ojos azules brillaron con avidez:

-No sabes cómo he soñado con este momento -murmuró-. Te he

deseado desde la primera vez que te vi. Y nunca he dejado de desearte.

-Yo también te deseo -susurró Rachel-. Hazme el amor, Lucas.

-No estaba preparado para esto -se lamentó Lucas-. Sólo tenía intención de hablar contigo esta mañana. No puedo protegerte, Rachel.

-No te preocupes, tomo la píldora.

-¿Tienes miedo de que te contagie algo? -le preguntó.

-¿Debería tenerlo?

-No: he llevado una vida casi monacal durante estos años. Parece que lo único que he hecho ha sido trabajar y asistir a reuniones.

-Eso me suena -Rachel sonrió-. Yo casi no recuerdo mi última cita.

-He oído que es como montar en bici - le dio un beso profundo-. Una vez que se aprende... -pero Rachel acalló su broma con un nuevo beso.

Debido a la temperatura, sólo se quitaron la ropa imprescindible; pero parecía que él estuviera tocándole cada centímetro del cuerpo.

Le dio media vuelta para colocarla encima y le fue susurrando palabras cariñosas y alentadoras. Ella sólo podía repetir su nombre y, finalmente, sintió que Lucas la penetraba, profunda y potentemente.

Le apretó las caderas con las manos, echó la cabeza hacia atrás, extasiado, y exhaló un gemido de placer.

Rachel sabía que en ese momento ella era la única persona en la que Lucas estaba pensando. Lucas McBride le pertenecía.

Capítulo 8

Lucas y Rachel apuraban una última taza de café, sentados sobre la manta. No habían hablado apenas después de los gemidos y jadeos; pero ninguno tenía prisa por marcharse.

Él la rodeaba por la espalda con un brazo, manteniéndola cerca, y ella recostaba la cabeza sobre el hombro de Lucas.

-¿Qué hora es?

-Da igual.

-Lucas...

-Casi las doce -contestó, tras resignarse a mirar el reloj.

-¿Te espera Emily para comer?

-Le dije que no me esperaran. ¿Tienes que volver con tu abuela?

-Comerá con el párroco de Honoria. Le dije que me excusara. No tenía ganas de pasar el día de Navidad con un desconocido. Ella piensa que estoy pasando el día con viejos amigos.

-Podríamos quedarnos aquí todo el día

-Lucas le dio un beso en la frente. -¿Has traído comida?

Rachel sonrió.

-No.

-Te entrará hambre.

-Ya me apañaré -le rozó los labios.

Rachel recostó de nuevo la cabeza sobre el hombro de Lucas. La euforia empezaba a desvanecerse y daba paso a que la cabeza se ocupara con otros pensamientos... sobre la cartera de Al, sobre el reciente ataque a Emily, sobre su futuro con Lucas.

-No empieces a preocuparte -le dijo éste, como si le hubiera leído los pensamientos-. Fuera lo que fuera lo que ocurrió en el pasado, ya no podemos hacer nada al respecto.

-Cuando anoche vi la cartera, no pude dejar de pensar en lo que Roger te dijo. Lucas... ¿y si tenía razón? ¿Y si de verdad mataron a mi padre y a tu madrastra?

-¿Quién?, ¿mi padre?

-¿Quién si no? Roger encontró la cartera y el brazalete en vuestras tierras. Y tu padre se enfadó tanto cuando le contaste la teoría de mi hermano, que te echó de casa.

-Rachel, te aseguro que no pretendo defender a mi padre por una cuestión de lealtad; mucho menos porque le tuviera cariño. Simplemente, no lo veo tan apasionado como para matar por quedarse sin Nadine; lo más probable es que le dijera a ella lo mismo que a mí: que me marchara de casa.

-¿Eso fue lo que le dijiste a Roger?

-Sí. Yo nunca habría dejado a Emily con nuestro padre si hubiese

creído que era un asesino.

-Pero entonces no habías visto la cartera.

-Cierto -reconoció tras un segundo.

-Entonces, ¿no es posible que la teoría de Roger sea cierta?

-Sí, supongo que es posible. Aunque muy improbable.

-¿Y si Nadine mató a mi padre y se marchó de Honoria con su coche? -se le ocurrió entonces a Rachel-. Podría haber perdido el brazalete en el proceso.

-Igual de improbable. Tu padre era mucho más alto y corpulento que Nadine.

-Pero una pistola iguala mucho las fuerzas -replicó Rachel.

-¿Y habría logrado enterrarlo? Además, no me imagino a Nadine marchándose sin un centavo. Se casó con mi padre porque pensó que él podría mantenerla sin tener que trabajar. Tengo entendido que escogía a sus amantes en función de lo generosos que eran con ella: dinero, regalos...

-¿Regalos como brazaletes de oro?

-Probablemente.

-¿Crees que se lo regaló mi padre?

-Lo que sé es que mi padre no se lo regaló. Él no hacía ese tipo de cosas.

-Dices que Emily encontró el brazalete después de que te fueras de Honoria; y que lo llevaba puesto cuando robaron en su casa. ¿Sabía ella que había pertenecido a su madre?

-Supongo que sí. En el artículo del periódico ponía que se trataba de un antiguo brazalete de su madre. El autos del artículo debió de sacar esa información de la declaración de Emily a la policía.

-¿No le has preguntado al respecto? - Rachel lo miró a la cara.

-No.

-¿Por qué?

-No sabía cómo sacar el tema -confesó-. No quería aguarle la Navidad ni su boda contándole lo que Roger había dicho sobre nuestro padre. Y estaba tan contenta de que hubiese vuelto, que no quería que se pensara que sólo había regresado para enterarme de qué había ocurrido con el brazalete.

-Has vuelto porque creías que el brazalete podía ponerla en peligro y querías asegurarte de que estaba bien.

-Algo así.

-¿O quizá sólo necesitabas una excusa para volver a casa?

-No estaba buscando ninguna excusa. Podría haber vuelto en cualquier momento. Si no lo he hecho antes, ha sido porque

pensaba que era mejor para Emily. Y tenía razón. La gente no para de hacerle preguntas estúpidas desde que se ha enterado de que estoy aquí; como si he estado en la cárcel o si pertenezco a la mafia.

-¡No es posible! -exclamó Rachel con incredulidad.

—Ojalá no lo fuera. Martha Godwin hasta entró en el despacho de Wade para preguntarle que cómo permitía que su hijo estuviera cerca de un posible asesino.

-Yo me la encontré ayer -dijo Rachel, con cara de desagrado-. Me preguntó si no me molestaba que estuvieses en Honoria. Le dije que tenías tanto derecho como yo a estar aquí, y que la gente debería ser menos cotilla, sobre todo en Navidad. Menos mal que, después de eso, no siguió insistiendo.

-¿Y tú? -le preguntó Lucas-. ¿Te ofreciste voluntaria para arreglar el traslado de tu abuela al asilo para tener una excusa para volver?

-No sabía que estuvieras aquí.

-¿Habrías vuelto de haberlo sabido?

¿Lo habría hecho?, ¿si hubiese sospechado que habrían acabado haciendo el amor en la cabaña, aunque no se hubieran hecho ninguna promesa?

-Sí -contestó sin más. Pasara lo que pasara más adelante, nunca se arrepentiría de lo que había sucedido esa mañana-. ¿Qué hacemos ahora?

-¿Ahora mismo? -Lucas se hizo el despistado.

-¿Vamos a olvidamos de la cartera de mi padre?, ¿lo vamos a dejar coma un misterio sin resolver? -insistió Rachel.

-No sé me ocurre otra cosa mejor - contestó Lucas, tras callar durante unos segundos.

-¿No crees que deberíamos investigar?, ¿intentar encontrar alguna prueba?

-Rachel, hace quince años que Roger encontró el brazalete y la cartera, y veinticuatro desde que Nadine y Al desaparecieron. Y aunque hubiera algo que encontrar, estamos hablando de cincuenta acres de bosque. Nos llevaría semanas recorrerlo todo -respondió Lucas-. Puede que sea mejor dejar las cosas como están. Que yo sepa, el robo en casa de Emily no guarda ninguna relación con esto. Ella está a salvo y es feliz. Tu madre y tú habéis hecho frente al pasado a vuestra manera. Yo tengo una vida en California. ¿De qué nos serviría remover antiguos escándalos?

-Quizá encontráramos respuesta a lo que realmente sucedió.

-¿Te sentirías mejor si te enteraras de que tu padre fue asesinado?, ¿o de que Nadine y él enterraron todo lo que pudiera

revelar su identidad, para empezar una nueva vida?

-No -Rachel tembló de frío-. Supongo que nada de eso me haría sentir mejor.

-Yo tampoco lo creo -la atrajo para darle calor.

-Entonces, ¿estás diciendo que debemos olvidarlo?, ¿olvidarnos de todo?

-De todo no -respondió tras apoyar una mejilla contra el pelo enmarañado de Rachel.

-No estoy segura de que me vaya a resultar tan fácil olvidarme de lo que he descubierto. Tú has tenido quince años para pensar en lo que Roger te dijo; pero todo esto es nuevo para mí y necesito considerarlo con más calma.

-¿Y qué estás pensando hacer?, ¿pretendes examinar el bosque con lupa? Casi todos los que tenían relación con Al y Nadine están ya muertos.

-Todos menos mi madre. Y mi tío Sam.

-¿Crees que tu madre puede saber algo que no te haya comentado? - preguntó Lucas, sin prestar atención a la mención del indeseable de Sam.

-No -admitió Rachel Estoy segura de que no sabe nada más que yo... Buscaré en las otras cajas de Roger. Quizá encuentre algo más. Y tampoco he revisado las cosas de mi padre. Puede que él tuviera alguna cosa que me dé una pista de cuáles eran sus intenciones.

-Creo que pierdes el tiempo, Rachel - dijo Lucas-. Si hubiera habido algo más, Roger lo habría encontrado.

-Soy libre de perder mi tiempo, ¿no?

-Sí -contestó Lucas con frialdad.

-Será mejor que vuelvas con tu familia -dijo Rachel, poniéndose en pie-. Emily se alegrará de verte.

-Rachel, ¿qué te pasa? -le preguntó Lucas.

-Nada -intentó sonreír-. Es que no me gusta separarte de tu familia en Navidad.

-Ven conmigo a casa. Hay comida de sobra para todos.

-¿No crees que despertaríamos algún rumor en la ciudad? -preguntó, con una sonrisa más natural-. ¡Un Jennings en casa de los McBride el día de Navidad!

-¿Vienes? -insistió Lucas.

-Gracias, pero no. Creo que echaré un vistazo a las cosas de Roger mientras mi abuela siga fuera de casa.

-Pierdes el tiempo -repitió él.

-Sí -se encogió de hombros-. Gracias por el libro de poemas. Lo guardaré siempre como un tesoro -añadió.

-Te acompaño al coche.

-No -Rachel alzó una mano para detenerlo-. Estoy acostumbrada a hacer este camino sola... Sólo hazme un favor, Lucas - agregó tras darle un beso en la mejilla.

-¿El qué?

-No te vayas esta vez sin despedirte.

Capítulo 9

-Bueno, ¿qué?, ¿me vas a decir dónde has estado toda la mañana?

Lucas desvió la mirada del otro lado de la habitación, en el que se encontraban Emily y Clay, echando una partida a un juego de mesa.

-No -le respondió a Wade.

-Está claro que la llamada que recibiste por la mañana te preocupaba. Agarraste un termo con café y te largaste, diciendo que no sabías cuándo volverías. Has tardado horas en regresar y apenas has dicho tres palabras seguidas en toda la tarde. ¿Has estado con Rachel Jennings?

-Deja de actuar como un policía -le dijo Lucas-. Ahora no estás de servicio.

-Como su tío se entere de que te estás viendo con ella, se va a armar un escándalo.

-Si estuviera viéndola, ella ya es una mujer adulta. No tiene que rendir cuentas a su tío... ni a nadie -respondió.

Lucas estaba desconcertado por lo rara que había notado a Rachel poco antes de marcharse de la cabaña. ¿Acaso se arrepentía de lo que había sucedido entre ambos?

-No te gusta mostrar tus cartas, ¿eh? - insistió Wade-. No me has dicho por qué has vuelto de verdad a Honoria, ni qué esperabas encontrar en los informes de Packer. Todavía no sé lo que ocurrió entre Roger y tú hace quince años, ni sé lo que pasa ahora entre su hermana y tú.

-Ni tiene por qué interesarte -contestó Lucas.

-¿Estás seguro?

-Sí -afirmó Lucas. En el otro extremo del salón, la partida había terminado. Emily se acercó a ellos y se sentó en el brazo del asiento de su hermano-. ¿Quién ha ganado? -le preguntó él.

-¿Estás de broma? -Emily rió-. Me ha pegado una paliza. ¿De qué hablabais vosotros, que estabais tan serios?

-Tu. prometido estaba intentando sonsacarme dónde he estado esta mañana.

-Wade -Emily frunció el ceño-, eso no es asunto nuestro.

-Muy listo -murmuró Wade, mirando a Lucas.

-Da lo mismo dónde te hayas metido - prosiguió Emily, aunque no pudo evitar que sus ojos reflejaran una cierta curiosidad-. No te espiaremos.

-No espiarás tú -dijo Wade-. A mí me pagan por espiar.

-Pero no a mi hermano.

-Ya se verá -murmuró Wade.

-¿Quieres algo de beber o de comer, Lucas? -le preguntó Emily, cambiando de conversación, tras lanzarle a su prometido una mirada reprobatoria.

-No, gracias.

-¿Quieres ver cómo monto en bicicleta, tío Lucas? -intervino Clay.

-Claro, pequeño.

-Vais a conseguir que me entren celos con tantas atenciones a Lucas -comentó Wade.

-Tú también puedes venir, papá -le aseguró Clay.

-Gracias, chaval. Pero antes abrígate y ponte el casco.

-No sabes cuánto te agradezco que te hayas quedado hoy aquí, Lucas -le dijo Emily a su hermano mientras Wade y Clay salían a la calle.

-Lo he pasado muy bien -le aseguró él.

-¿No podrías replantearte lo de quedarte hasta la boda? Me parecería que me falta algo si no estás tú allí.

-Emily...

-Sólo piénsatelo, ¿de acuerdo? -atajó ella.

-Está bien -concedió Lucas.

-Al menos no has dicho que no -dijo Emily, cuya cara se iluminó con una radiante sonrisa.

-¡Vamos, tío Lucas! Ven a verme -lo llamó Clay desde la puerta.

-Será mejor que no lo hagamos esperar -Mijo Lucas, también sonriente, pasando un brazo sobre los hombros de Emily.

Rachel no encontró nada más entre las cosas de Roger. Después de pasar toda la tarde registrando el desván, no había descubierto nada que hubiera pertenecido a su padre.

-He estado echando un vistazo por el desván -le comentó a su abuela, sin mostrar especial interés, cuando ésta regresó a casa-. Es curioso: no encuentro nada de papá. ¿Sabes lo que hizo mamá con sus cosas?

-Tu tío Sam le ofreció guardarlas en el almacén que hay detrás de su casa -contestó la abuela-. Ya sabes cómo se puso tu madre cuando se quedó sola. No quería tener cerca nada de tu padre.

Rachel se lamentó por aquel contratiempo. Quería proseguir con su investigación, pero no le apetecía tener que darle ninguna explicación a Sam.

El timbre de la puerta sonó. Se trataba de dos amigas de la abuela, que habían ido a felicitarle la Navidad. Rachel se excusó en cuanto pudo y las dejó que charlaran a solas tranquilamente.

Dedicó el resto de la tarde a leer los poemas del libro que Lucas le había regalado; a revivir la mañana que había pasado a su lado... y preguntándose cómo podría conseguir las cosas de su padre sin tener que pedírselo a su tío.

Wade y Emily llevaron a Clay a un belén viviente, tradicional ya en la Primera Iglesia Baptista de Honoria.

Le preguntaron a Lucas si le apetecía unirse a ellos, pero éste se negó:

-No querrás que la gente se fije en mí, en vez de en José y María, ¿verdad?

-¿Por qué se van a fijar en ti, tío Lucas? -preguntó Clay.

-Buena pregunta, pequeño -dijo Lucas-. Era uno de los deportes favoritos de la ciudad -añadió.

-Volveremos pronto -se despidió Emily, ya saliendo de casa.

Se quedó a solas en el salón, iluminado por las luces multicolor del árbol de Navidad. Los juguetes de Clay ocupaban la moqueta que rodeaba el árbol, junto con algunos restos de papel de envolver, que Wade no había metido en la bolsa de la basura.

Parecía que había sido una mañana muy alegre; posiblemente, la más feliz de cuantas habían tenido lugar en esa casa desde hacía muchos años. Y Lucas anticipaba muchas más navidades felices; sobre todo, cuando Wade y Emily tuvieran más hijos, como seguro ocurriría.

Se dio cuenta de que le gustaría estar presente para ver a esos futuros niños... Tal como había temido, una vez que había vuelto a ver a su hermana, no quería volver a separarse de ella.

De pronto, impulsivamente, descolgó el auricular, marcó un número de la guía telefónica y se sintió aliviado al oír la voz de Rachel.

-Quería asegurarme de que estás bien -le dijo.

-Estoy bien, Lucas. Acabo de dejar a mi abuela acostada y estaba pensando en meterme pronto en la cama yo también.

-¿Estás cansada?

-Sí. Anoche no dormí muy bien, después de encontrar... bueno, ya sabes.

-Sí.

-¿Has pasado un buen día con tu familia?

-No ha estado mal. Me he tirado casi toda la tarde viendo a Clay montar en bici.

-Te has encariñado con él, ¿verdad?

-Es un chico muy simpático.

-Te van a echar de menos cuando te marches.

-Estarán ocupados empezando su nueva vida en familia. No me necesitan alrededor.

-¿Te vas... a ir mañana?

-Yo... no lo sé -contestó Lucas-. Quiero investigar un par de cosas más antes de irme.

-¿Qué cosas?

-He pensado en hablar con el hijo de los O'Brien; el responsable de la ola de robos del pasado otoño. Wade dijo que el chico admitió los otros robos, pero que juró no haber tenido nada que ver con el de Emily... Me gustaría hablar con él en persona para asegurarme.

-¿Podrás hacerlo?

-Lo haré -respondió convencido-. ¿Has mirado las cajas de tu hermano?

-Sí. No he encontrado nada de interés. Pero no he podido revisar las cosas de mi padre. Mi abuela dice que están almacenadas en casa de mi tío.

Lucas frunció el ceño. Siempre le había caído mal Sam, cuyo odio hacia los McBride siempre le había parecido rayano en la locura.

-No piensas decirle lo que estás buscando, ¿verdad?

-¿Y qué iba a decirle si no sé lo que estoy buscando? -replicó Rachel.

-Quizá sea mejor que te olvides de las cosas de tu padre de momento -dijo Lucas-. Después de todo, lo más probable es que no encuentres nada, y tu tío podría preguntarse si estás tramando algo.

-Puedo decirle que quiero ver sus cosas por motivos sentimentales. Tengo derecho a verlas.

-Cierto -concedió Lucas-. Es sólo que no soporto a tu tío; no confío en él.

-Deberías aprender a no morderte la lengua, Lucas -dijo Rachel, con ironía-. No debes reprimir tus sentimientos de esa manera.

-Supongo que no he tenido mucho tacto, tratándose de un familiar tuyo, ¿no?

-Tacto nunca ha sido una palabra que haya asociado contigo -Rachel rió.

-Bueno, ¿te vas a olvidar de momento de tu investigación? Al menos hasta que pueda ocuparme yo un poco más.

-Me lo pensaré.

Se dio cuenta de que no le había hecho ninguna promesa... y de que él no tenía derecho a exigírselas.

—Quiero volver a verte, Rachel.

-¿Cuándo?

-Mañana. Cena conmigo -respondió. Lo cual lo retendría un día más en Honoria, pensó luego.

-De acuerdo -accedió ella-. Mi abuela suele acostarse a las ocho. A partir de esa hora, podemos quedar donde quieras.

-Pasaré a recogerte -propuso Lucas, contento por tener una cita en condiciones con Rachel.

-¿Y qué pasa si alguien nos ve?

-Que nos ha visto -respondió, harto de andar escondiéndose.

-Vale. Entonces hasta mañana a las ocho.

-Muy bien... Buenas noches, Rachel.

-Buenas noches, Lucas.

Colgó el teléfono, se sentó en una silla con las manos tras la cabeza y se quedó mirando las luces del árbol de Navidad.

Rachel sabía que Lucas no quería que fuese a ver a su tío; pero, aunque estaba casi segura de que no encontraría nada, necesitaba calmar su curiosidad, viendo las cosas de su padre por sí misma.

Después de intentar convencerse de lo contrario durante toda la mañana del sábado, se acercó a casa de Sam con intención de sacar el tema a colación de manera natural, sin que despertara sospechas.

Hacía años que no visitaba la casa de su tío, pero no parecía haber cambiado mucho. Había un garaje nuevo, con tres plazas, aparté del garaje de dos plazas antiguo. Anejos a la vivienda, había también un taller y dos almacenes.

No estaba en casa.

Rachel permaneció un par de minutos en la puerta de Sam, intentando decidir qué hacer.

Aunque era consciente de que no debía, se acercó a uno de los almacenes, con intención de entrar sin la autorización de su tío. Pero ambos estaban protegidos por sendos candados.

No le iba a quedar más remedio que esperar a Sam, pensó disgustada. Se dirigió a una ventana lateral, para ver el interior, y se sobresaltó al divisar unas cajas. Entonces, al pegar la nariz al cristal, la ventana se abrió.

«No, Rachel», pensó ésta. «No vas a colarte por la ventana. No tienes derecho».

Pero sentía un impulso irresistible por descubrir lo que habría en el interior de aquellas cajas, las cuales se parecían mucho a las del desván de su abuela.

No debía hacerlo... pero ya llevaba una semana dejándose guiar por sus impulsos. ¿Qué más daba abandonarse una vez más?

Se encaramó a la ventana, entró sin dificultad y se dirigió hacia las cajas, en cuyo exterior podía leerse, con la caligrafía de su

madre, «Cosas de Al».

Rachel suspiró. ¿Cómo se habría sentido su madre al guardar las pertenencias de su marido, sabiendo que éste la había abandonado para irse con otra mujer?

Se retorció de dolor al recordar lo traicionada que ella misma se había sentido al oír que Lucas había pasado aquella noche con Lizzie Carpenter.

Ahora que sabía que Lizzie había mentido, no sabía qué sentir al respecto. Si se detenía a pensarlo mucho, acabaría obsesionada con los años que había estado separada de Lucas innecesariamente; de lo diferentes que habrían sido las cosas si hubiese hablado con él cuando Lucas la había llamado.

Las cajas estaban muy bien selladas, de modo que miró en derredor en busca de unas tijeras… pero no había. Se dirigió al garaje adjunto y, nada más trasponer el umbral, el corazón se le paralizó, al ver, bajo una sábana que cubría casi todo el vehículo, el morro de un coche deportivo naranja de dos plazas.

El coche de su padre.

Era imposible, se dijo estupefacta. Tenía que tratarse de otro coche; tenía que ser una coincidencia que su tío tuviera un deportivo naranja de dos plazas.

Avanzó a cámara lenta, como si estuviera inmersa en un sueño, y deslizó las manos por la chapa.

Entonces se acordó de que su padre acostumbraba a guardar sus gafas en la guantera.

Entró en el coche, abrió la guantera, hecha un manojo de nervios, como si fuera un ratón que entra en una ratonera, y sacó las gafas.

Un millar de preguntas rondaba su cabeza frenéticamente. ¿Le habría dejado su padre el coche a Sam? ¿Habría sido su tío cómplice de la fuga de Al y Nadine? Tal vez sólo había fingido estar tan sorprendido e indignado como todos los demás, después de que Al y Nadine desapareciesen.

Sin saber bien qué más buscaba, volvió a abrir la guantera. Lo que encontró la dejó sobrecogida.

Se trataba de un brazalete oro. Parecía antiguo. Bueno. Caro.

Se parecía muchísimo al que Lucas le había descrito; al que habían arrebatado de la muñeca de Emily.

La puerta del garaje chirrió. Fue el único aviso que Rachel tuvo de que su tío había entrado.

Éste la miró. Y luego miró al coche. Y luego al brazalete que ella sujetaba en la mano.

-Ojalá no hubieras hecho esto, Rachel -dijo Sam sombríamente-. Ojalá no lo hubieras hecho.

Capítulo 10

Parecía que todo el mundo tenía planes para la tarde del sábado. Emily estaba celebrando su despedida de soltera con sus tías, primas, amigas y compañeras del trabajo.

Bobbie y Ernestine habían prohibido la asistencia de hombres, de modo que éstos se habían quedado en casa de Emily viendo un partido de fútbol. Lucas esperó a que Caleb, sus hijos, Kit Pace y Michael se hubieran colocado frente al televisor. Entonces, se dirigió a Wade

-¿Te apetece dar un paseo con tu futuro cuñado?

-¿Por qué? -Wade examinó el rostro de Lucas.

-¿Qué te parecería si te dijera que para buscar cadáveres enterrados?

-Me parecería que no tiene ninguna gracia.

-Pues no estoy bromeando.

-Lucas y yo salimos a dar una vuelta - dijo Wade a los demás-. ¿Os importa cuidar de Clay?

-Tranquilo -respondió Trevor sin apartar la mirada del televisor-. No te preocupes.

-Está bien. Nos vamos al bosque -informó Wade.

-¿Os importa si os acompaño? -preguntó Blake Fox-. La verdad es que no me gusta mucho el fútbol.

-¿Te gusta escuchar conversaciones privadas? -Lucas frunció el ceño por la indiscreción de Blake.

-Digamos que soy un experto -respondió éste, sonriente.

-De acuerdo, ven -accedió Lucas, tras considerar que podría ser útil la perspectiva de un detective privado.

-¿Qué era eso de los cadáveres enterrados? -preguntó Blake.

Mientras caminaban hacia la cabaña de piedra, Lucas les contó toda la historia. Que su madre había muerto joven, dejando viudo a Josiah con un niño que educar; que Joshia había decidido casarse con Nadine, una de las mujeres de peor reputación de Honoria; que Nadine había tenido una aventura con Al Jennings tras el nacimiento de su hija; una aventura que había salido a la luz tras la misteriosa desaparición de Al y Nadine...

-¿Quieres que lo investigue? -se ofreció Blake-. Es posible que pueda enterarme de qué ha sido de ellos.

-Antes deja que termine.

Lucas les relató cómo, nueve años después de la desaparición de Al y de Nadine, Roger Jennings le contó su teoría y les describió el brazalete que Roger le había enseñado y tirado a la cara como prueba del supuesto asesinato, pocos días antes de su muerte, tras

caer por el precipicio.

-¿Robert Jennings desenterró el brazalete que le robaron a Emily cuando la golpearon? -preguntó Wade, vivamente interesado.

-Sí, yo mismo lo enterré antes de marcharme de Honoria. Emily debió de encontrarlo y comenzó a llevarlo.

-Creí que lo había encontrado entre las cosas de su padre, después de que muriera la pasada primavera.

-No lo creo -replicó Lucas-. Aunque no he hablado con ella al respecto.

-Y sólo por haber encontrado el brazalete, ¿concluyó Roger que habían asesinado a su padre?

-Al parecer encontró algo más. Algo que yo mismo no sabía hasta que Rachel me lo enseñó ayer -entonces les habló de la cartera y de su contenido.

-Esto se pone interesante -comentó Blake-. Dejarse el carné de conducir... puede. ¿Pero el dinero? Muy raro.

-Eso pienso yo -Lucas los guió hacia la cabaña-. Aquí es donde Al y Nadine se veían. Rachel y yo pasamos mucho tiempo aquí también.

-¿Rachel?, ¿la hermana pequeña de Roger? -preguntó Blake, concentrado.

-En efecto. Roger la sorprendió aquí conmigo mientras estaba buscando pistas de Dios sabe qué y se puso hecho una furia. Al día siguiente fue a verme.

-Y te ordenó que dejaras de verla -añadió Wade.

-Dijo que me mataría si no lo hacía.

¿Y qué respondiste?

-Le dije que yo lo mataría a él antes de dejar que se interpusiese entre Rachel y yo -confesó Lucas.

-¿Y dices que no empujaste a Roger Jennings por el precipicio? -insistió Wade.

-No lo hice. Yo no estaba aquí la noche en que él murió.

-Estabas con Lizzie Carpenter -dijo Wade, recordando los informes de Packer.

-Tampoco -negó Lucas-. Pero yo no tuve que ver con la muerte de Roger. Supongo que fue un accidente. O estaba buscando pruebas o intentaba sorprenderme de nuevo con Rachel.

-¿Y dónde estaba Rachel?

-No empieces con ésas -Lucas frunció el ceño al recordar la teoría de Wade, según la cual Rachel habría empujado a su propio hermano.

-Es una pregunta normal -replicó Wade-. Dices que Roger estaba

intentando separaros. Puede que ella estuviera dispuesta a cualquier cosa con tal de seguir contigo. Claro que entonces no sabía que te estabas viendo con otra chica al mismo tiempo; con la que pasaste la noche cuando murió Roger.

-Rachel no estaba en la ciudad esa noche -dijo Lucas—. Se había ido con su madre y con su abuela a Atlanta, de compras. Se enteraron de la muerte de Roger por unos senderistas que lo descubrieron.

-Sólo era una suposición -se defendió Wade.

-El único motivo por el que te he contado todo esto es porque hay algo que sigue preocupándome, y he pensado que deberías saberlo.

-El ataque a Emily -murmuró Wade.

-Exacto. Me parece muy extraño que el brazalete volviera a desaparecer. Cuando me enteré de los otros robos, me convencí de que había sido una coincidencia; pero después de hablar con Kevin O'Brien esta mañana...

-¿Cómo has podido...?

-He podido -lo interrumpió Lucas-. Me juró, igual que te lo juró a ti, que no había entrado en casa de Emily. Y lo creo, Wade.

-Pero tiene motivos para negarlo: es el único caso en el que hubo agresión, aparte del robo -apuntó Wade.

-Lo sé. Y estoy seguro de que se le da muy bien mentir. Pero conozco a ese tipo de adolescentes conflictivos. Lo sé porque yo era igual; sólo que nunca me aburrí tanto como para entrar a robar en una casa. Él no se llevó el brazalete de Emily.

-Y eso te preocupa. Piensas que fueron a por ella adrede, en busca del brazalete.

-Aunque alguien estuviera detrás de ese brazalete, por el motivo que fuera, se supone que Emily ya está a salvo. Sólo creía que debías enterarte de todo lo que yo sabía. Debes saber que hay otro ladrón en Honoria.

-Creo que todavía tenéis que encontrar a Al y a Nadine -intervino Blake, tras asistir al anterior diálogo en completo silencio.

-¿Por qué? -preguntó Lucas.

-Porque es la única forma de saber si la teoría de Roger era correcta o no.

-No creo que mi padre fuera capaz de matar a nadie.

-Pues Roger murió misteriosamente poco después de que decidiera que alguien había asesinado a su padre -insistió Blake-. Por otra parte, sabemos que tú tenías un motivo para matar a Roger. Igual que Rachel.

-Nosotros no... -arrancó Lucas, frustrado.

-No he dicho que lo hicierais -lo interrumpió Blake-. Sólo he dicho que teníais un motivo. Igual que tu padre tenía un motivo para matar a su infiel mujer y a su amante.

-¿Quién más podía estar interesado en matar a Nadine y a Al? -terció Wade-. Suponiendo que los mataran, claro ésta -se apresuró a añadir.

-Nadine podría haber matado a Al y haber desaparecido -murmuró Lucas, recordando la suposición de Rachel-. Aunque habría necesitado ayuda.

-O Al podría haber matado a Nadine - observó Wade.

-O quizá nadie mató a nadie -dijo Lucas, cansado-. Al y Nadine se fugaron sin dejar ni rastro y Roger tuvo un accidente.

-¿Nadie ha tenido noticias de Al y Nadine desde que. se marcharon? -preguntó Blake.

-No que yo sepa -respondió Lucas.

-¿Nadine no tenía ningún familiar?

-No los veía desde mucho antes de desaparecer. No es probable que se haya puesto en contacto con ellos.

-¿Y Al?

-Rachel me ha dicho que nunca han sabido nada de él. Y tampoco tenía otros familiares... salvo su hermano.

-Sam Jennings -dijo Wade-. Es odontólogo y odia a los McBride a muerte -le explicó a Blake.

-¿Y por qué odia a los McBride? -quiso saber el detective.

-Está loco -Lucas se encogió de hombros-. Siempre lo ha estado.

-Pero, ¿por qué?-insistió Blake.

Lucas se preguntó si podría hacerle entender el odio arraigado que los McBride y los Jennings se profesaban.

-Mi bisabuelo y el abuelo de Sam se odiaban. Nunca supe cómo empezó todo, pero se pasaron la vida peleándose y compitiendo. Inculcaron a sus hijos ese odio, de modo que el padre de Sam y mi abuelo fueron enemigos de por vida. Nuestras familias siempre han estado enfrentadas. Y tampoco ayudó demasiado que Nadine abandonara a Sam para casarse con mi padre.

-Así que Nadine dejó a Sam, se casó con tu padre y luego se fugó con el hermano de Sam.

-Sí.

-Sam debió de odiar a Nadine después de aquello.

-Supongo. Aunque Nadine era sólo McBride por matrimonio, todo lo que ocurrió contribuyó a que el odio que, sentía por nuestra familia se acrecentara.

-¿Sam ha estado casado?

-Dos veces -dijo Wade-. Y las dos veces se ha divorciado. No tiene hijos.

-¿Cómo creéis que reaccionó al enterarse de que Nadine estaba teniendo una aventura con su hermano?

-Que yo sepa, nadie se enteró de lo de Al y Nadine hasta que desaparecieron -respondió Lucas.

-Y nadie sabía lo tuyo con Rachel -repuso Blake- y, sin embargo, Roger lo descubrió.

Lucas consideró las palabras del detective. En realidad, Sam era la única persona que podía haber asesinado a Al y Nadine. Se sentiría celoso y, además, tenía un carácter muy violento.

Pensó en la conversación que había mantenido con Rachel la noche anterior y deseó que ésta le hubiera hecho caso y no se hubiese dirigido a casa de su tío.

-No sabrás dónde encontró Roger el brazalete y la cartera, ¿verdad.? -le preguntó Blake a Lucas.

-No, aunque creo que fue cerca de la cabaña.

-¿Ese sendero da al precipicio?

-Sí, hay una caída de treinta metros.

-Tú conoces esa zona. Mira tú por ahí - dijo Blake-. Yo miraré por la parte norte de la cabaña. Wade, mira tú la parte sur.

-¿Qué estamos buscando? -preguntó Lucas.

-Lo sabremos cuando lo encontremos - respondió el detective.

-Blake, hace veinticuatro años de esto. Y Packer exploró toda la zona, buscando pruebas que me incriminaran.

-Entonces es probable que estemos perdiendo el tiempo. Pero lo prefiero a ver un partido de fútbol.

-Pues a mí me gusta el fútbol -murmuró Wade, aunque ya había empezado a examinar el suelo.

Lucas suspiró y se dirigió hacia el precipicio.

Llegó a casa de Rachel justo antes de las ocho en punto. Lucas tenía la sensación de que todo el mundo lo estaba mirando; pero levantó la cabeza, desafiante, para demostrar que Rachel y él no tenían nada que ocultar.

Golpeó a la puerta con suavidad, a fin de no despertar a la abuela, y esperó a que Rachel abriera.

Ya le contaría, durante la cena, la investigación que había llevado a cabo junto con Blake y Wade... en la que todo cuanto habían encontrado había sido un sostén. La prenda, en cualquier caso, no podía llevar allí más de unos pocos meses.

No habían encontrado nada que apoyara la tesis del asesinato,

tal como Lucas había supuesto.

Seguro que Rachel se entretendría escuchando el relato de la historia... pero, ¿dónde estaba?

Volvió a llamar a la puerta, esa vez un poco más fuerte, y ésta se abrió de golpe.

-¡Por fin has vuelto! Te he estado... -la débil anciana se quedó sin palabras-. ¿Quién eres?

-Soy... un amigo de Rachel. He venido a invitarla a cenar.

-¡Eres el chico McBride! -exclamó Jenny Holder, asombrada.

-Sí... Soy Lucas McBride -dijo éste. Hacía mucho que no lo llamaban achico'.

-¿Y has venido a invitar a Rachel a cenar?

-Sí. He quedado con ella.

-Pues no está en casa.

-¿Qué quieres decir? Me dijo que la recogiera a las ocho.

-No está -repitió la abuela-. No sé dónde se habrá metido.

Lucas pensó que la anciana estaba mintiendo, o quizá Rachel se había marchado sin despedirse, para vengarse de lo ocurrido hacía quince años... Estuviera donde estuviese, la encontraría.

-Pero esperabas que fuera ella la que llamaba a la puerta -dijo Lucas, por fin.

-Estoy preocupada. La esperaba de vuelta hace tiempo. Me dijo que esta noche iba a salir, pero que antes volvería para ayudarme a acostar.

-¿Están sus cosas aquí todavía?

-Sí, por supuesto que están aquí. Rachel no se ha marchado de Honoria. Sólo salió a dar una vuelta.

-¿Cuándo fue eso?

-Hará unas cuatro horas. Dijo que sólo estaría fuera una.

-Señora Holder, ¿sabe adónde iba Rachel? -preguntó Lucas, inquieto.

-No. Sólo dijo que salía a dar una vuelta. ¿Por qué iba a cenar contigo? No sabía que conocieras a mi nieta.

-Sí, señora. Nos conocemos.

-Algunas personas de la ciudad dicen que mataste a mi nieto.

-Esas personas se equivocan.

-Aprecio mucho a tu hermana. Es una chica encantadora -dijo la abuela.

-Es el orgullo de la familia -aseguró Lucas-. Señora Holder, estoy preocupado por Rachel. Si tiene alguna idea de dónde puede estar...

—Ojalá la tuviera. Ya te digo que yo también estoy preocupada.

-¿Puede arreglárselas sola mientras yo intento encontrarla?

-Sí. Tú ve a buscarla.

-Eche el cerrojo -le ordenó Lucas-. Y espere a que llame por teléfono.

En cuanto la abuela cerró la puerta, Lucas salió corriendo hacía su coche y llamó por el móvil a Emíly. Quizá Rachel hubiera telefoneado para avisar de que se retrasaría.

-Soy Lucas -dijo cuando descolgó Emily-. ¿Ha llamado Rachel?

-No. ¿Tenía que llamar? -preguntó ella, sorprendida.

-¿Está Wade ahí?

-Sí, está...

-Necesito que me hagas un favor -la interrumpió con nerviosismo-. La abuela de Rachel está sola en su casa y necesita que alguien la acompañe. Tú conoces a sus amigos. ¿Puedes llamar a alguien?

-Por supuesto. ¿Qué es lo que...

-Luego te lo explicaré. ¿Puedes decirle a Wade que se ponga? -le pidió, ansioso por empezar la búsqueda de Rachel

-¿Dónde crees que puede haber ido? - le preguntó Wade, tras ponerle Lucas al corriente de la situación.

-La última vez que hablé con ella, estaba pensando en ir a casa de su tío a mirar las cosas de su padre que tenía en su almacén.

-¡Maldita sea! Pero tú no puedes ir a casa de Sam Jennings, Lucas. Podría dispararte nada más verte.

-Por eso te he llamado. ¿Podemos vernos?

-¿Dónde?

Lucas le indicó un cruce cercano a la casa de Sam.

-Te espero allí. Date prisa.

-Está bien... Lucas, espérame. No quiero que hables con Sam Jennings sin estar yo delante. Y recuerda que quizá él no sepa dónde está Rachel.

-Tú no tardes en llegar -Lucas colgó el teléfono y arrancó el coche.

Llegó al cruce antes que Wade y se dijo que le daría cinco minutos. Si para entonces no había llegado, actuaría por su cuenta.

Tenía verdaderos motivos para estar alarmado, pues aunque Rachel hubiese querido darle plantón, lo cual no le parecía que fuese el caso, lo que nunca habría hecho era preocupar a su abuela. No se habría marchado durante horas sin llamarla por teléfono... si es que podía llamar.

Esa posibilidad terminó de desesperarlo. Tenía que saber si se encontraba en casa de Sam...

Entonces, justo cuando se disponía a salir, divisó un coche

familiar en el que se acercaban Wade y Blake.

-Ya era hora de que llegarais -les recriminó Lucas.

-He venido tan rápidamente como he podido. Blake apareció justo cuando estaba saliendo de casa y ha querido acompañarnos. Dice que tiene la corazonada de que pasa algo raro.

-Vamos -dijo Lucas sin perder más tiempo.

-Tú aparca aquí tu coche -propuso Wade-. Iremos en el mío.

Lucas obedeció a regañadientes, poco amigo de obedecer instrucciones. Pero en esos momentos lo único importante era Rachel.

Wade arrancó y condujo el coche hasta detenerlo frente a la puerta principal. Luego, se apearon todos y Wade insistió en ir delante. Nadie contestó cuando llamó al timbre. Había un par de luces encendidas en el interior, pero las cortinas estaban corridas. No había forma de saber si había alguien dentro.

-Voy a echar un vistazo alrededor -dijo Lucas, impaciente.

-Voy contigo -se unió Blake.

-Un momento -los detuvo Wade-. No tenemos una orden. No podemos registrar la propiedad de Sam.

-Yo no soy policía.

-Lucas, eso sería allanamiento...

Pero éste no reparó en advertencias y se dirigió a la parte trasera de la casa, seguido de Blake y, finalmente, de Wade.

-¿Cómo puedo romper los cerrojos? - preguntó Lucas, al ver que no se podía entrar a los almacenes.

-Eso ni se te ocurra -se opuso Wade-. Quizá deberíamos llamar a casa de Rachel. Puede que ya haya llamado.

Pero Lucas estaba mirando a Blake, el cual avanzaba hacia el garaje.

El suelo, humedecido por las lluvias recientes, mostraba las huellas de unas llantas de coche, que habían entrado poco antes en el garaje... el cual estaba cerrado. Lucas miró a Wade y éste suspiró. Entonces, sin pedir permiso alguno, pateó la puerta del garaje, entró y dio la luz del interior.

Había tres vehículos cubiertos por sendas sábanas en sus respectivas plazas. Y una pila de cajas en una pared. En otra de las paredes, había una puerta con un candado echado.

No había nadie en el garaje; ningún rastro de Rachel.

Blake tiró de una sábana, la cual cubría una camioneta de los años cincuenta. Wade, que ya no podía resistirse, destapó un segundo vehículo, que resultó ser el deportivo naranja de dos plazas. Desde la distancia, Lucas vio que la guantera estaba abierta

y que había unas gafas de sol tiradas en el asiento del acompañante. Luego tiró de la sábana que cubría el tercer coche…

-¿Es el de Rachel? -preguntó Blake.

Lucas asintió, incapaz de hablar. ¿Qué hacía ahí el coche de Rachel? Si le había pasado algo…

En ese momento, se oyó un ruido al otro lado de la puerta del garaje. Lucas la abrió de una patada y sorprendió a Sam Jennings.

-¡Fuera de mi propiedad! -gritó éste, rojo de furia-. Davenport, aleje a este hombre de mí o prepárese a perder su cargo.

-Dime ahora mismo dónde está Rachel -le ordenó Lucas, agarrando a Sam por las solapas.

-No sé de qué estás…

-¡Éste es su coche! -lo interrumpió Lucas-. ¿Dónde está?

-¡Davenport! -pidió auxilio Sam.

-Vamos, Lucas -Wade se interpuso entre ambos-. Yo lo interrogaré.

-Como le hayas hecho daño, te mataré -dijo Lucas con frialdad.

-Seguro que la has matado, igual que mataste a su hermano -espetó Sam.

-Yo no tuve nada que ver con la muerte de Roger -replicó Lucas, sin soltarlo aún.

-Tú tuviste la culpa de que empezara a fisgar en el pasado, en cosas que no le incumbían -contestó Sam-. Y tú tienes la culpa de que Rachel haya hecho lo mismo.

-Lucas, se está poniendo morado -dijo Wade-. Suéltalo ya o tendré que arrestarte.

-Si le ha hecho algo a Rachel -Lucas se dirigió a Wade-, vas a tener que dispararme para que no lo mate.

-Creo que he oído algo -intervino Blake entonces, que estaba junto al coche de Rachel-. Venía del maletero…

-¿Dónde están las llaves, Jennings? -le preguntó Lucas, al acercarse al coche y hallarlo cerrado, después de dejar a Sam en manos de Wade.

-No tenéis una orden de registro -se defendió Sam-. No podéis hacer esto.

-No tiene las llaves en los bolsillos - dijo Wade, tras cachear a Jennings.

Lucas miró en derredor en busca de algo con que romper la luna del coche y la hizo estallar con una barra de hierro. Luego levantó los seguros de las puertas traseras. Los asientos eran de los que se doblaban y comunicaban con el maletero…

El corazón se le detuvo al verla: Rachel estaba en posición fetal,

atada y amordazada, y no se movía en absoluto..., el mundo se le vino abajo. Sabía que no podría sobrevivir sin ella...

Mientras tanto, Blake había sacado a Rachel del maletero... y ésta emitió un quejido, amortiguado por la venda que le tapaba la boca... ¡Estaba viva!

La colocaron con cuidado sobre el suelo del garaje, le desataron los pies y las manos y le quitaron su mordaza. Rachel los miró conmocionada: tenía un moretón en un ojo, prueba evidente de que no había entrado en el maletero por propia voluntad.

Por su parte, vigilado de cerca por Wade, Sam se había quedado pálido y no decía nada, consciente de que esa vez no saldría impune de sus actos.

-¿Estás bien? -le preguntó Lucas a Rachel, mirándola a los ojos.

Ella asintió mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla.

-Cuídala, Blake -dijo Lucas-. Quiero decirle un par de cosas a este canalla -añadió, dirigiéndose a Sam.

Cerró los puños con intención de pegarle una paliza; pero Rachel le pidió que se tranquilizara. Lucas, después de vacilar, se contuvo.

-Está bien. Dejaremos que la ley se ocupe de él -concedió a regañadientes...

-Gracias -susurró Rachel, aliviada.

Y Lucas colocó una mano tras su cabeza y la besó con todo su corazón, con cuidado de no rozarle la piel magullada, sin importarle lo más mínimo que no estuvieran a solas.

Capítulo 11

Lucas, desvelado aún por el miedo de haber podido perder a Rachel, tomaba un café en la cocina mientras Emily, Wade y Clay seguían durmiendo.

La amaba tanto como hacía quince años y su corazón seguía siendo tan vulnerable como el del niño de entonces.

Pero las perspectivas no eran del todo favorables: ¿cómo reaccionaría la madre de Rachel una vez que se supiera que Sam Jennings había sido arrestado?, ¿lo culparía por haber contribuido a manchar el nombre de los Jennings?

Sabía que Rachel era una mujer adulta, acostumbrada a tomar sus decisiones; pero, ¿lo elegiría a él antes que a su madre en una hipotética confrontación entre ambos?

Rachel también era consciente de lo cerca que había estado de la muerte... y de lo que Lucas le habría hecho a su tío si ella no le hubiera dicho que se calmara.

Era evidente que seguía teniendo mucho genio, aunque había aprendido a controlarlo y sólo lo empleaba para defender a la gente a la que quería.

De joven, se había enamorado de un hombre peligroso, y algunas cosas no habían cambiado después de tanto tiempo.

El domingo, la noticia de la detención de Sam se había extendido por toda la ciudad. A pesar de lo escabroso de la situación en sí, muchos, en sus cotilleos, la habían adornado con disparos y cadáveres de su invención.

Por otra parte, Lucas había pasado de ser un rastrero asesino a convertirse en un héroe que había regresado para salvar a su hermana y que había rescatado a Rachel de la muerte.

Se había sabido que Sam Jennings había sido detenido por la agresión y el secuestro frustrado de Rachel. También lo estaban, interrogando acerca del robo en la casa de Emily, así como de la desaparición de Nadine y Al, y de la muerte de Roger.

La madre de Rachel, Jane, se había puesto histérica al enterarse de que Lucas le había salvado la vida a su hija.

-¿Es que habría preferido que Sam te matase? -le preguntó. Lucas por teléfono el domingo por la tarde, tras haber hablado Rachel con su madre.

-No tanto. Pero ella no sabía que tú y yo salíamos juntos hace quince años... y no olvides que, por culpa de Sam, te ha considerado sospechoso de la muerte de Roger durante todo este tiempo.

Apenas habían tenido tiempo para hablar después de que Lucas la hubiera rescatado. Éste la había llevado al hospital para que la

atendieran tras el golpe con el que Sam la había dejado inconsciente, y luego la había dejado en casa de su abuela, para ir él a la comisaría.

-¿Hay alguna prueba que relacione a Sam con mi padre o con Roger? -prosiguió Rachel.

-Wade ha encontrado varias cartas de amor. La mayona eran de Nadine; unas anteriores al matrimonio con mi padre... y otras posteriores -respondió Lucas-. Parece que estaba jugando con los dos al mismo tiempo -añadió disgustado.

-¿Crees que Roger descubrió algo?

-Wade encontró otra carta, de Roger a Sam, en la que le contaba su teoría. En la carta decía que había encontrado el brazalete y la cartera, y que iba a seguir buscando pruebas.

-¿Dónde han encontrado esa carta?, ¿y por qué diablos no la destruyó Sam?

-Estaba escondida en una caja fuerte. Al parecer, Sam pensaba que podría utilizarla contra los McBride en algún momento. Recuerda que en ella se acusaba a mi padre, no a él.

-¿Y qué pasa con el coche de mi padre?

-No es normal que estuviera en su garaje.

-Le ha dicho a Wade que Al se lo dio antes de marcharse.

-No lo creo.

-Ni yo. Pero lo que es innegable es lo del brazalete: Wade lo reconoció de inmediato y Emily dirá que es el que le robaron -Lucas hizo tuna pausa-. Además, nosotros no habíamos reparado en una cosa:

¿En qué?

-El brazalete tenía un cierre que, al presionarlo, se abría como un relicario y dejaba ver una inscripción: «De Sam para Nadine. Siempre mía».

-Siempre mía -repitió Rachel-. Parece que Sam actuó movido por los celos.

-Quizá soportara que lo abandonase por Josiah, pero se volvió loco al enterarse de que estaba teniendo una aventura con su propio hermano.

-Lucas, ¿crees que alguna vez sabremos con seguridad lo que les pasó a mi padre y a tu madrastra?

-Es posible. Sam está muy alterado y puede que acabe confesándolo todo -Lucas se detuvo-. Lo siento, Rachel. No te merecías algo así -añadió, en alusión a la mala suerte que había corrido su familia.

-Y tú no te merecías que te acusaran de asesino -repuso ella-.

Sam ha hecho mucho daño tanto a mi familia como a la tuya. Debería pagar por ello.

-Te aseguro que lo hará.

-Lucas -Rachel, frunció el ceño. No le había gustado el tono de voz de él-. Prométeme que no intentarás tomarte la justicia por tu mano.

-Está bien, te lo prometo -accedió Lucas, rezongando-. Siempre y cuando no vuelva a molestaros, ni a ti ni a mi hermana.

-Gracias, supongo que no puedo esperar más -dijo Rachel, sonriente.

-¿Estás bien?, ¿no te duele la cabeza por el golpe? -preguntó Lucas, preocupado todavía por Rachel.

-Estoy bien -le aseguró ésta-. ¿Te veré esta noche?

-Quizá sea mejor que descanses. Además, tu abuela te necesita...

-¿Y qué harás tú mientras tanto? -preguntó Rachel, alarmada por el tono de voz que había intuido en la respuesta de Lucas.

-Cenaré con Emily, Wade y Clay... y había pensado en volverme luego a Atlanta. Hay un vuelo a medianoche y...

-¿Te marchas? -lo interrumpió Rachel, incrédula-. ¿Esta noche?

-Emily va a estar muy ocupada el resto de la semana. Yo sería un estorbo.

-Sabes de sobra que Emily quiere que estés en su boda -replicó Rachel-. ¿Por qué te marchas, Lucas?

-Es lo mejor. Toda Honoria esta hablando otra vez de los McBride. No quiero convertir la boda en un circo.

-No me lo creo. ¿De qué huyes esta vez? -insistió enfadada.

-No huyo de nada -aseguró.

-Entonces, ¿para qué me has llamado?; ¿sólo para despedirte?

-Y para asegurarme de que estabas bien -contestó Lucas-. He dejado mi teléfono y mi dirección en casa de Emily, así que podrás localizarme siempre que quieras. Esto no tiene por qué ser una despedida definitiva... a no ser que tú lo quieras.

-Eres un cobarde, Lucas -le dijo con frialdad. Y, sin dejarle replicar, colgó el auricular.

Una hora más tarde, Lucas seguía oyendo la acusación de Rachel. ¿Qué habría esperado de él? Estaba en la cabaña, mirando por una de las aberturas hacia el precipicio. En esta ocasión sí se había despedido, y hasta le había dejado su teléfono y su dirección. ¿Qué más quería Rachel de él?

-¿Escondiéndote, Lucas?

Éste frunció el ceño y se encontró a Rachel de frente, la cual acababa de entrar en la cabaña y lo miraba con cara de pocos

amigos.

-¿Cómo sabías que estaría aquí?

-No lo sabía. Pero fui a tu casa y Emily me dijo que habías salido a dar una vuelta. Supuse que habríás venido a la cabaña.

-¿Por qué has venido?

-Tengo que decirte un par de cosas. Y quiero decírtelas cara a cara.

-Rachel...

-¿Sabes lo que me hiciste hace quince años? -lo interrumpió-. Me rompiste el corazón.

-Ya te lo he dicho, Rachel. Yo no me acosté con Lizzie.

-Sí, sí que me lo has dicho. ¡Pero quince años después! ¿Por qué no me lo dijiste entonces?

-Tu no querías hablar conmigo.

-Sólo lo intentaste una vez -contestó Rachel-. Si de veras me hubieses querido, seguro que te habrías esforzado más por retenerme.

-Tú también sabías cómo localizarme - respondió a la defensiva.

-¡Lo único que yo sabía era que te habías acostado con Lizzie!, ¡eso era lo que sabía! -exclamó, exasperada.

-Podrías haber confiado en mí, en vez de pensar que yo había matado a tu hermano.

-Yo nunca pensé que hubieras tenido nada que ver con la muerte de Roger -aseguró ella, como en ocasiones anteriores.

-Rachel...

-Huiste. Decidiste que yo te había condenado como el resto de la ciudad y, en vez de tratar de convencerme de lo contrario, echaste a correr -atajó ella-. ¡Me pediste que nos casáramos, Lucas! Y yo te dije que sí. Te pedí que esperáramos hasta que yo me licenciara y tú no pusiste pegas. Dijiste que esperarías... pero te fuiste.

-Te estaba haciendo un favor, maldita sea -Lucas le agarró una mano, firme pero cuidadosamente-. Tu familia y más de la mitad de la ciudad creían que yo era un asesino. No habríamos podido seguir viéndonos siempre a escondidas. Y aunque me habría gustado llevarte conmigo, no tenía un trabajo ni una casa. Tú te merecías mucho más que todo eso.

-¿Y de qué me estás protegiendo esta vez? -contraatacó Rachel.

-Esta semana ha sido muy intensa. Sólo quería darte tiempo para pensar y decidir si querías seguir adelante conmigo. Te había dejado mi teléfono -le recordó.

-En otras palabras, habías vuelto a decidir por mí lo que más me convenía, sin hablarlo conmigo. Pues déjame que te diga que ni

entonces necesitaba que tomaras decisiones por mí, ni lo necesito ahora.

-Yo...

-Si quieres irte porque no te interesa tener una relación seria conmigo, márchate. Sobreviví antes y lo haré de nuevo, aunque me duela. Pero no me lo creo. Yo creo que quieres estar conmigo y quieres ver cómo se casa tu hermana. Creo que tienes miedo de comprometerte a largo plazo porque todas tus relaciones se cortaron de golpe: tu madre murió, tu madrastra te abandonó, tu padre te echó de casa... y yo te colgué el teléfono. Y la herida de tanto rechazo te ha convertido en un cobarde.

-Rachel... -dijo con un hilillo de voz, retorcido de dolor por oír la verdad con tanta franqueza.

-Lamento haberte herido entonces y no haber confiado en ti como debería; pero yo también sufrí mucho... Y ahora estamos aquí. El pasado no podemos cambiarlo; así que será mejor que me digas qué es lo que sientes y qué quieres hacer y...

-Te amo, Rachel -la interrumpió Lucas, incapaz de reprimir más sus sentimientos.

-¿Qué?

-Que te amo. Te amo desde que era un niño y nunca he dejado de amarte. Nunca.

Rachel cerró los ojos, como aliviada. Luego, se llevó las manos temblorosamente hacia el cuello y le señaló el amuleto.

-Me hiciste una promesa cuando me diste esto -dijo ella-. ¿Te acuerdas de cuál era?

-Sí -respondió él, sonriente:

-Dijiste que nos casaríamos cuando yo hubiera terminado la carrera y tú tuvieras un sueldo estable -recordó Rachel, con los ojos encendidos de amor-. Hace once años que me licencié y creo que tú ya tienes un buen trabajo. ¿Eres un hombre de palabra, Lucas McBride?

Seguía un poco preocupado por la celeridad con que se estaban sucediendo los acontecimientos, pero habría sido la mayor estupidez del mundo alejarse, cuando ella le había ordenado prácticamente que se quedara.

-Por supuesto -respondió.

-Te amo, Lucas -Rachel se lanzó a los brazos de él-. Te amaba con dieciocho años y he vuelto a enamorarme de ti a los treinta y tres.

-A tu familia no le va a gustar esto nada -dijo Lucas mientras la abrazaba con fuerza.

-Tendrá que acostumbrarse -afirmó con rotundidad-. Es mi elección, no la suya... Y ahora deja de hablar y bésame.

-Te has convertido en una mandona, Rachel Jennings -dijo Lucas sonriente, rozándole los labios.

-Sí, supongo que tengo que tener carácter para estar a tu altura.

-Es posible.

Y sólo entonces la besó profundamente.

Y cuando ella se apretó a Lucas para que sus cuerpos estuviesen totalmente pegados, éste perdió el control por completo.

La empujó hacia una de las paredes de la cabaña, y le desabrochó los botones de su gruesa camisa invernal. Luego, le acarició los pechos a través del sostén y Rachel sólo pudo gemir de placer, aplastando sus caderas contra la erección de Lucas.

Por su parte, éste, después de haberse pasado toda la mañana pensando que se separaría de ella, la deseaba como no recordaba haberla deseado nunca.

Las manos de Rachel estaban ocupadas, quitándole la chaqueta y desabrochándole los botones de la camisa, hasta poder sentir el calor de su pecho sin estorbos.

Cayó el sostén, se bajaron las cremalleras. Lucas introdujo las manos bajo el pantalón de Rachel y le apretó el trasero. Sus respiraciones se entrecortaron...

Entonces, consciente por un segundo de los alrededores, Lucas murmuró:

-Aquí no estarás cómoda -dijo, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no saciar su hambre en ese instante-. Deberíamos esperar. Encontrar una cama...

-La próxima vez -susurró ella-. Te deseo, Lucas. Quiero que me hagas el amor.

Rachel se agachó, introdujo la mano bajo sus calzoncillos y lo agarró entre los dedos hasta hacer que las rodillas le temblaran.

Luego Lucas la levantó y la llevó de nuevo hacia una pared.

Las flores, las velas y la cama tendrían que esperar a una próxima vez, convino Lucas. En esta ocasión sólo podía darle su amor.

Y lo cierto fue que Rachel no pareció protestar cuando él la penetró hasta el fondo. Su gemido, suave y agitado, sonó gozoso, maravillado... y quizá un poco triunfante.

Lucas supo en ese momento que por fin había encontrado su hogar.

Epílogo

-Me siento rarísimo -dijo Lucas, embutido en un esmoquin.

-¿Cuándo fue la última vez que te pusiste corbata? -le preguntó Emily con una sonrisa radiante.

-Ni idea.

-Pues estás estupendo. Así que deja de quejarte y disfruta.

Pero no era fácil. Tenía un nudo en el estómago de los nervios, mientras Emily y él esperaban en el vestíbulo de la iglesia, para recorrer el pasillo hasta el altar... donde los aguardaban Wade y Clay.

Por fin oyó la marcha nupcial, la cual anunciaba que había llegado su turno. Suspiró y deseó que todo saliera a la perfección.

-Te quiero, Lucas -le dijo Emily.

-Y yo a ti, hermanita -se agachó para darle un beso en la mejilla-. Y ahora vamos a casarte.

La novia estaba tan preciosa, que todos los ojos se dirigieron a ella.

Luego, después de dejarla junto al novio, Lucas se retiró aliviado, se sentó junto a Rachel y le apretó la mano con cariño... pensando en la boda que ellos mismos celebrarían próximamente; una boda tranquila, a la que sólo asistirían las familias de ambos.

Sam lo había confesado todo: los asesinatos de Al y Nadine, la muerte de su sobrino Roger, la cual, seguía insistiendo, había sido un accidente, y el robo en casa de Emily. La madre de Rachel se había dado cuenta de que él era inocente y de que había salvado la vida de su hija. Seguramente, no le gustaría mucho que Rachel se casara con un McBride, pero no causaría problemas en la boda.

Luego, se irían a vivir a California, donde los conocimientos de contabilidad de Rachel serían de gran ayuda para la empresa informática de Lucas.

-¿Qué? -susurró Rachel-. ¿Te alegras de haberte quedado?

Lucas miró a Emily y a Wade, mientras ambos repetían sus juramentos, y luego contempló a Rachel, emocionado.

-Sí, me alegro mucho.

Y sin reparar en los cotilleos que su acción podría provocar entre los presentes, inclinó el cuello para besar a Rachel... y sus labios se juntaron al mismo tiempo que los de su hermana y Wade.

La familia McBride había encontrado todo cuanto siempre había deseado sin salir de su pequeña ciudad natal.